

EL SALTO DE AZCOCHINGA ⁽¹⁾

Mi padre, que se había refugiado en Córdoba, á fines de 1839, me ha contado parte de esta verídica historia.

Muy recomendado á la familia de D. Narciso Lozano, con una de cuyas hijas se casó diez años después, dispuso del favor y de la consideración de mi abuelo materno que, desde la colonia, había ocupado puestos de responsabilidad en la administración pública y gozaba, como sus hermanos, D. Cayetano y D. Mariano, de grande estimación social en la vetusta capital de tierra adentro. Yo tengo un vago pero infalible recuerdo de estos tres viejos cordobeses, á dos de los cuales alcancé en la casa de mi tío Ocampo.

Mi abuelo D. Narciso era meticoloso, prolijo y urbano de trato, pequeño, magro, de ojos azules y vivos, afeitado como un viejo actor del tiempo de Máiquez, siempre vestido de negro, con pantalo-

(1) Deseosos de honrar la memoria del malogrado escritor, en este número de *La Biblioteca*, cuya aparición casi coincide con el segundo aniversario de su muerte, no hemos vacilado en reproducir el último escrito de Lucio López, — ya publicado en *La Nación* del 2 de noviembre de 1894 — dando la preferencia, sobre otros esbozos del todo inéditos, á este cuadro de costumbres, lleno de vida y colorido, en que se muestra el talento cabal del autor de *La Gran Aldea*. Á tales páginas, no basta la publicidad efímera del diario. No dudamos que las vuelvan á leer con interés y admiración los mismos que las conocían; y es el caso de repetir aquel famoso verso de Henault, atribuido á Horacio:

nes estrechos, zapatos puntiagudos, y como embutido todo él en un frac de cuello eminente, abrochado á la altura extrema de la cintura, abierto sólo para dejar adivinar apenas la tapa augusta del alzapón, en el que brillaban las cornalinas y topacios de los dijes del Directorio, de moda todavía entre nosotros. Lo veo entre los limbos de la extrema niñez en que lo conocí, y rehago su figura de cuerpo entero cada vez que admiro las siluetas de los vejetes madrileños de Villegas, ó los detalles deliciosos de los personajes en casaca de la « Vicaría » de Fortuny.

Fué en la casa colonial de los Lozano donde se hospedó mi padre ; ligado en Buenos-Aires con sus hijos José María y Pancho : el primero, un hombre de rarísimos méritos y virtudes, un evangelista ; el segundo, un original simpático, popularísimo, muerto de tuberculosis en Chile, llorado por todos los argentinos que pasaron la cordillera con él por Chilecito, despues del desastre del Quebracho.

¿Cómo definió mi abuelo al joven porteño que llegaba de Buenos Aires ; cómo se manejó mi padre para encuadrar dentro de aquel hogar en que todavía se ensalzaban las obras del Renacimiento cordobés de Sobremonte y se lamentaban las ejecuciones de Cabeza del Tigre...? Lo percibo pero no lo detallo. Mi abuelo materno, hijo de Jujuy, había sido oficial de las Arcas Reales y se mantenía testarudamente godo en sus tradiciones, en sus gustos y costumbres. Mi padre, porteño, saturado de las influencias políticas y literarias de la Francia, camarada de Tejedor, de Alberdi, de Gutiérrez, de los dos Peña, y de tantos otros modernos que declamaban á Hugo, estudiaban á Lerminier y tarareaban á Rossini, debió caer allí, aun cuando él lo niegue ahora, de una manera un tanto parecida á la del joven bonapartista de aquella preciosa crónica de la Restauración, de la familia de la Seiglière, que nos ha dejado Sandeau. Era y fué un encuentro raro ; el amor y el respeto limaron sin duda las asperezas de esa aproximación interesantísima, llena de latentes incompatibilidades, del espíritu nuevo y del viejo régimen ; el uno

deslumbrado por la prosa herética de Victor Hugo y por los himnos de los sansimonianos, el otro enfeudado al clasicismo de D. Alberto Lista y al conservadorismo ponderado del conde de Aranda y de D. Gaspar de Jovellanos.

Empero, la casa de Lozano, que es la misma que hoy ocupan los nietos de D. Cayetano en Córdoba, amplia y chata como todas sus coetáneas, se abrió de par en par ante el recién llegado. Muchos hombres jóvenes de Córdoba lo rodearon y agasajaron; entre ellos, los Díaz, los Allende, los Lucero, los Álvarez, don Carmen Soria, padre de mi amigo Cipriano, y tantos otros que nuestras bárbaras contiendas civiles han consumido, como substancia evolutiva para darnos esta patria que todavía se remodela.

Mi padre hizo letras y conspiró en Córdoba, como todos sus compañeros de entonces. Pero huía frecuentemente de la ciudad, inundada por su río desbordado, caldeada por el sol africano al que le sirve de lente, enclavada en aquel hoyo en que Sarmiento la descubrió, en un crepúsculo, siguiendo la dirección que le marcaba entre los pastos el índice del guaso baqueano que lo traía de Cuyo. Probablemente, ya había registrado todo aquel vasto monasterio, especie de Escorial indígena, mezcla informe, pero intensamente característica, de todos los estilos de las villas y ciudades de la América española, en las que se adivina la influencia de las imitaciones árabes, hasta en el blanco, frío é impávido paredón jesuítico y en la herrería abigarrada que adorna los balcones y portales de muchas viejas casas de Sevilla; — curioso maridaje del gótico español y de la fábrica morisca; monacal, seco, —ascético el uno, melancólica y tímida la otra, como abrumada por su torpe y pesado cautiverio, bastardeados ambos, peculiarmente en los pueblos del Alto Perú, en los mismos de Chile, por el artífice quichua, que ha puesto en todos estos frentes de iglesias y casas del otro siglo, algo de la ingenua y rudimentaria inspiración de aquellos tenaces y anónimos constructores.

Córdoba, en el año 39, era una agrupación de iglesias, como lo

seguirá siendo mientras el cosmopolitismo no la haga rebalsar en el Alto, con las construcciones *barrocas* y profanas que lo individualizan. En el centro, la catedral, con sus lomos de rinoceronte fabuloso y el cabildo insípido, que parece, como todos sus congéneres, la decoración obligada de la Plaza mayor, destinada á las ejecuciones capitales. Dos cuadras más lejos, la Compañía con sus torres pardas, admirable como curiosidad sudamericana, en cuyos muros la cal mordiente de Malagueño ha unido lozas, ladrillos, bloques de granito y hasta enormes piedras, lamidas y redondeadas por la corriente secular del río. Al oeste, el paseo Sobremonte con su inmenso estanque y su isla central de mampostería greco-romana, con que el viejo virrey quiso remedar, tan luego en la ciudad graduada *in utroque*, las maravillas de la corte de Versalles. Alrededor, en fin, de toda la población, el suburbio con sus habitantes pobres y sucios, sus casuchas de adobe ó de piedra, y sus techos de paja; cavadas algunas en la greda viva del cerro, como las que se suelen ver todavía en Aragón: la familia harapienta que se reproduce allí en el hacinamiento bohemio en que vive, machacando las hembras, al aire libre, en el mortero de tala, el maíz de que se alimentan, trenzando holgazanamente tientos frescos los varones, pululando los niños desnudos en la zanja ó en el matorral vecino de pitas y tunales, estiradas en el alero las láminas de charqui, parecidas á cuerpos de colosales murciélagos disecados; los atos de leña de arbustos genuinos de la tierra inculta, las cabras sueltas que triscan por doquier, devorando las míseras matas que germinan con pena, hasta las ropas lavadas tendidas sobre el cerco vivo de los cactus. Y todo aquel cuadro, saturado por el hedor característico á mugre, que se percibe al pasar, sin náusea, porque, como el dibujo y el color de ese medio animado en que hierven los seres, la ráfaga pesada que se desprende del arrabal, tiene algo del tufo que caracteriza á las aves silvestres, al que se hace luego con deleite la nariz de todo cazador de raza y la de todo artista, fino observador del detalle.

Así era, más ó menos, la ciudad que mi padre abandonaba una tarde de verano con rumbo al norte, acompañado de un guaso *lleva y trae* de la casa de Lozano, apellidado Zuasnával, y á quien he conocido todavía, ahora 25 años, como peón de campo de mis tíos Plómer. Guaso entrometido, consentido y parlero, jinete, gran conductor en el pescante de la antigua carroza del tiempo de Carlos X, con que viajaba la familia, desde San José de Flores á la Trinidad, y conocida íntimamente por todos los pantanos del trayecto.

Zuasnával conducía á mi padre, creo que á la estancia de Azcochinga (1), cerca de Jesús María, á inmediaciones de la hermosa finca de La Paz. Debían de hacer noche en una chacra vecina, y á la madrugada continuar el viaje. Quien no haya viajado en el interior, no puede formarse una idea del intenso colorido del paisaje y de las variedades de las escenas del camino. Hay cuadros que nos recuerdan los de la Biblia misma; los asnos cargando ánforas de tosca alfarería, llenas de vino, de arrope y de chicha; las tropillas de mulas con sus retobos de quesos y patay y otras menudencias empastilladas por mil guascas, y detras el arriero, laxo y medio dormido sobre la cabalgadura, conducido por el instinto de la bestias, las piernas colgantes, la ojota mal amarrada al pie. Otros cuadros traen remotas reminiscencias de los que se ven al sur de Nápoles y en la Calabria; — carros bajos, enclenques, repantigados sobre sus traseras, de ruedas macizas sin rayos, semejantes á grandes piedras de afilar, que ruedan gruñendo, y adentro, con actitud de animal religioso, ridículamente grave, un pollino, y en otros un grupo de cabras; vehículos diferentes, todos embrionarios, tirados por bueyes flacos y enanos, de astas descomunales, descendientes directos de las razas de la Mancha y Extremadura, en los tiempos de Don Quijote y de Gil Blas de Santillana; y, de cuando en cuando, la

(1) Probable adulteración de *Allko-chinga*, cueva del perro. El cambio es constante en el quichua de Santiago, debido á la pronunciación local de la *ll*. Respecto de *chinga*, y los *Comechingones* cordobeses, véase : *P. G., Ensayo histórico sobre el Tucuman*, pag. 37. (Nota de la D.).

banda inmigratoria de santiagueños, nómades y avezados, envueltos en la nube de polvo que levantan sus cabalgaduras, y turbando el silencio solemne de la comarca con los gritos cadenciosos, y melancólicos con que citan á las bestias rezagadas de su arreo.

Hicieron noche los viajeros en la finca vecina, y, á la mañana siguiente, Zuasnával con su amo prosiguieron su camino, comenzando á trepar poco á poco los mogotes que sirven de escalones á la sierra. Contaba el guaso mil historias reales y fantásticas, compuestas todas de viejas y trilladas rutinas; hacía la chismografía doméstica de la Córdoba de entonces; quiénes eran los agentes, quiénes los enemigos de los unitarios; las hablillas sociales, las rivalidades de familias, la influencia en ellas de los frailes, la historia de las Descalzas, las maravillas que confeccionaban los dedos de hadas de las monjas Teresas; las travesuras del capellan X. con la fulanita; el último sermón del padre franciscano, sobre el Santísimo Sacramento; el pleito de aguas que le ganó el doctor *** á la familia de N. N., y cómo la amita tal, de la casa donde él se crió, era de fijo la hija del prior de la Orden: todo el estrado de Córdoba, con sus rasgos lucidos y sus claroscuros picantes, parecía como movido y removido por la lengua de aquel postillón vaciado en el mismo molde de los criados gárrulas de las comedias de Lope. Y cuando saliendo del terreno humano y vivo, entraba al de los cuentos extraordinarios, era de no terminar la historia de los aparecidos, de las luces fatuas y misteriosas que él había encontrado siempre en sus viajes continuados por la sierra, en la gruta de Mallín y arriba, en la parte superior de la muralla enhiesta.

Hay, indudablemente, no sé qué misteriosa atracción que nos arrastra á indagar y escudriñar el alma de las gentes sencillas, hasta exprimirla como una esponja y enterarnos de todo lo que saben, de todo lo que piensan y analizan con su criterio primitivo; y, seguramente, Zuasnával era un *medium* propicio para conocer y tratar á los vivos y á los muertos de la Córdoba del año 40. Por ese medio pudo tal vez mi padre encontrar los elementos de su estudio sobre la

geografía incásica, revelando los lugares en que se asentaron las últimas vanguardias de los hijos del Sol, sitios marcados indeleblemente por el vocablo peruano, en el mapa argentino que los denuncia á la posteridad.

Así, indagando mi padre y charlando sin reato Zuasnával, después de seis largas horas de viaje, con las cabalgaduras sudadas y gachas, se apearon, ya casi en plena sierra, en una abra formada por molles y algarrobos, donde hacían una algarabía infernal los loros barranqueros, como si discutiesen un escándalo de familia. Zuasnával desensilló las bestias y las soltó en el soto formado por los arbustos; registró sus alforjas, sacó sus chifles, hizo fuego en un segundo soplando la yesca, hasta que surgió la llama y comenzó á lamer el tronco carcomido que le puso; calentó el agua, cargó, cebó y probó el primer mate, y como confirmando la excelencia de su obra, ofreció el segundo á su patrón que, sentado en el pasto, debía admirar en ese momento lo agreste y salvaje de aquel sitio, mientras el peón parecía querer orientarse registrando el denso monte que tenía al frente.

Haría unos minutos que Zuasnával se había ausentado, cuando se oyó un relincho y otro, al que respondieron tímidamente y parando las orejas los caballos de los viajeros. Dentro del bosque, tupido laberinto de arrayanes, de mistoles y espinillos, el peón había de fijo encontrado gente ó animales; la tarde expiraba y aquello era augurio de buen albergue para el viajero. De pronto, reapareció el guaso, en el borde del soto; con aire misterioso pero tranquilo, miró á mi padre, lo llamó entre serio y risueño y le dijo:

—Venga, patroncito; aquí le he encontrado el robo á Pancho Peralta.

— ¿Quién es Pancho Peralta?

— El cuatrero, pues, que ni los dragones de Perafán han podido agarrar, — cantó *sotto voce* el gaucho en la tonada holgazana y característica de su provincia.

Entraron ambos al monte, y á sólo veinte pasos del abra, al pie

de un algarrobo, vió mi padre un rescoldo casi extinto, y al lado dos mitades de sandía cavadas y las semillas sembrando el suelo. Siguiéron una senda angosta como camino de hormigas en la dirección de los relinchos, y á poco se encontraron con un corral formado por gruesos lazos y torzales, y dentro, una tropilla de buenos caballos. En el acto Zuasnával conoció dos de la marca de sus patrones; vaciló un momento entre cortar las barreras con su puñal, sacar sus bestias y seguir camino; consultó tal vez el caso con su propio criterio, y como renunciando á su plan, cobarde ó poco noble, tomó su resolución y frunciendo la boca gruesa y burlona que lo estereotipaba, por el extremo izquierdo del labio lanzó un silbido estridente que penetró en la selva como un tiro de honda.

Un ruido de hojas secas anunció la llegada del cuatrero, que debió hacer una aparición semejante á aquella con que Merimée nos presenta á Don José, en las primeras páginas de *Carmen*. Algo remiso, pero resuelto á todo, la cabeza descubierta, negras la barba y la abundante cabellera, negros los ojos, bronceado el cutis, un morro casi de hermosas proporciones, calzando su bota de potro, y en la mano izquierda sus riendas y su freno, apareció Peralta; observó á mi padre, reconoció á Zuasnával y echó una mirada rápida y furtiva á la tropilla cautiva en los torzales, donde su instinto silvestre le denunció que el peón lo había encontrado en falta.

— ¿Pa donde va, ño Zuasnával?

— Pa Azcochinga, pero estamos con las bestias muy viles y no quiero comprometerme á llegar esta noche.

— Le daré caballos si es por eso, amigo.

Consultó Zuasnával el caso con mi padre. Ya en la guarida del gaucho, ellos, dos y bien armados, él, aunque cuatrero, incapaz de una felonía, la noche que se anunciaba: después de una breve deliberación, se aceptó la oferta de las cabalgaduras y se resolvió pernoctar allí y esperar la aurora para seguir viaje.

Era Peralta un gaucho audaz, que abigeaba de profesión y peleaba por necesidad. Nunca, según se abonaba por la mejor fama pú-

blica de la tierra, mató á nadie á mansalva, ni violó ni asaltó familia alguna. Especie de *outlaw*, hacía el cambio de animales robados entre Córdoba y la Punta; robaba en Córdoba y vendía en San Luis; robaba en San Luis para vender en Córdoba. Siempre bien montado, como de costumbre en nuestro país, la partida no le daba caza, y sise la daba, como reza la trillada leyenda, hacía frente y peleaba á la partida. Con el instinto animal de los pájaros, viviendo en la naturaleza, fuera siempre de poblado, alzado contra toda ley y autoridad, acababa de hacer una batida por el norte de Córdoba y ya tenía listo su arreo y estaba en franquía. Habló largamente con Zuasnával alrededor del fogón, mientras asaban ambos para mi padre una lonja de charque; y debió de ser interesante la plática y prudente el consejo, porque después de la breve cena que se hizo, volvió Peralta trayendo del cabestro dos de los caballos de su tropilla, los ató cerca de los que montaban mi padre y su peón, se metió al monte de nuevo, deshizo y envolvió sus lazos, llenó sus alforjas, ensilló su caballo, y montando en él, estrechó la mano á Zuasnával, dió respetuosamente las buenas noches á mi padre, y se alejó arreando su tropilla por entre la selva con la fría tranquilidad de su raza, sin temor, sin apuro, con la confianza resuelta del que no se expone.

Zuasnával contó esa noche que Peralta abandonaba su parada momentánea porque su instinto le decía que no estaba seguro en ella; había devuelto los dos caballos robados de los patrones del peón, y éste debió contarle seguramente que las policías de Perafán lo buscaban, con grueso y aguerrido pelotón de gendarmes y con orden terminante del gobernador de tomarlo y darle el golpe de gracia.

Era Perafán una especie de coronel de milicias, algo como un preboste ó comisario de policía de campaña, que sentaba su campamento en un sitio de la Punilla, según creo, denominado el Sexto. Mimado, pensionado y socorrido por todos los vecindarios rurales, de grado y por fuerza, era un poco señor de horca y cuchillo, y cocinaba la ley con sus intereses sin merecer por esto una mala reputación.

Hay una salada anécdota de mi tío don Cayetano Lozano, sobre Perafán y su campamento del Sexto. El comisario había llegado de una corrida, á ese punto, trayendo prisionera á una gavilla de gauchos cuatreros. La gente estaba cansada y hambrienta. Perafán despachó un propio á la estancia de mi tío á pedir una res.—« ¡ Señor, le dijeron, del Sexto piden una vaca!—Caray ! con el Sexto, repuso mi tío, aludiendo á los mandamientos, hasta hoy el sexto estaba por la negativa, ahora resulta que está por la afirmativa!»

Una noche de estío se pasa bien á campo, entre los arbustos de las sierras cordobesas;—las estrellas relumbran como intensos focos eléctricos, el cielo azul de añil parece más profundo que el de las pampas de Buenos Aires, donde casi siempre lo empañan los vapores del gran río;—los *tucos*, luciérnagas enormes, pasan errantes de un punto al otro, alumbrando sus propias nupcias en el éter, como las almas del infierno de Boito; los loros rezongan todavía, apretados en filas los unos contra los otros, en los brazos secos de los talas, donde se recogen para descansar de sus camorras;—se oye á lo lejos el caer perenne del agua de los manantiales, el aire está perfumado por la esencia de las flores parásitas y el húmedo efluvio de los helechos; la selva calienta su propia vida, y dentro de ella, la naturaleza hace sus evoluciones y transformaciones eternas, y todas sus voces se unen y se funden como los acordes de una orquesta lejana y misteriosa.

Los viajeros fueron despertados á la mañana siguiente por el ruido de un tropel de caballos, cuyos ginetes los sujetaron en el mismo espacio en que dormían. Era la gente de Perafán, prevista por Peralta, anunciada seguramente por Zuasnával.

—Alabanzas á Dios !

—Por siempre.

—¿ Dónde está Peralta ?

—Yo no sé, su merced. Anoche lo encontramos aquí, pero al ratito ensilló y siguió viaje.

—¿ Para dónde ?

—Y qué sé yo!..

—¿Lleva muchos caballos?

—Llevará, pues!...

Perafán se acercó á mi padre. Sin duda el matrero le había caído en gracia por el panegírico de Zuasnával. La idealización de los bándidos estaba de moda entonces en todo el mundo: —dramatizados por Byron, por Hugo, por Dumas, por Mérimée, más tarde por Sarmiento entre nosotros, la musa literaria de la época los amparaba contra la prosa administrativa de la autoridad, que ponía sus cabezas á precio y los declaraba fuera de la ley. Perafán no sacó, pues, de mi padre mayores informaciones, y entre resentido y taimado, dió orden á su gente de seguir marcha y se internó con ella en el bosque por donde, la noche antes, había desaparecido el cuatrero.

Cuando Zuasnával lo supuso lejos, alargó las piernas, estiró los brazos, bostezó abriendo la enorme boca que le daba á la cara una mueca de careta, y se desperezó con toda la franca brutalidad del guaso.

—Esta vez trae caballos hábiles don Perafán; la otra vez traía una tropa de viles. ¿Quién sabe como le irá á Peralta? tarareó Zuasnával en cordobés, mientras ensillaba las bestias y embozalaba las del día anterior para llevarlas de tiro.

Peralta no había podido salir del monte aquella noche, contra lo que creían Zuasnával y mi padre, porque á poco andar, según después se supo, sintió ruido en la pampa por donde tenía que asomar para vadear el río de Azcochinga y huir al oeste.

Cuando los viajeros se pusieron en marcha, antes de salir del bosque, ya pudieron oír la gritería de los guasos y las voces de Perafán que anunciaban que la res perseguida había sido denunciada por el rastro, y á poco debieron distinguirla corriendo á escape en su caballo moro que volaba por el descampado como valorando el precioso equipaje que llevaba. La tropa de Perafán, abriéndose en semicírculo, trató de flanquear y encerrar al fugitivo y rendirlo en

el borde extremo del río, que corre perpendicular, de una altura de cincuenta varas, bien medidas, conocida entonces por la Barranca de los loros.

El gaucho había tenido que abandonar su arreo, y toda su estrategia porfiaba por buscar el único paso vadeable del río, confiado en las patas de su bruto, con el cual parecía formar una sola sombra fugitiva. Mas, si bien el caballo de Peralta no era para ser alcanzado por los de la partida de Perafán, éste, que conocía su oficio, había conseguido encerrarlo por todos lados, lo había escopeteado varias veces poniéndolo en la extremidad de entregarse ó de rodar al profundo y bárbaro precipicio, hondísimo boquerón, donde el vértigo atrae al más osado.

Entonces pudo verse un cuadro soberbio, una especie de juicio de Dios: el gaucho resuelto á jugar su vida, sus perseguidores empeñados en ganársela. Peralta intenta romper el aro en que le estrechaban cada vez más los policianos del Sexto; pero en vano, y como resignado, se juega á su destino y alzando el cuerpo en los estribos, suelto el rendaje, despapado el bruto, con el hocico al viento, arremete al frente de la abrupta orilla, se deshace del poncho, lo envuelve en la cabeza del caballo, cegándolo con él, clávale con saña por última vez la espuela en los hijares, y jinete y corcel, como el hipógrifo de Orlando, vuelan un instante por el espacio para caer con estruendo en el hondo remanso, el caballo abajo, despernado y deshecho, el jinete arriba é ileso, nadando fácilmente con una mano y con la otra golpeando la boca á sus perseguidores que se detienen atónitos, como petrificados en la altura, mientras el fugitivo se escurre como un lagarto entre las breñas de la orilla opuesta...

LUCIO V. LÓPEZ.

Noviembre de 1894.

FILOSOFÍA

DE LAS

REVOLUCIONES MEXICANAS ⁽¹⁾

Es siempre muy difícil que el mundo exterior comprenda bien y aprecie debidamente la verdadera situación de un país, especialmente cuando éste se encuentra en un estado anormal, es decir, pasando por un período de serios trastornos; pero la dificultad es todavía mayor tratándose de México, porque sus condiciones peculiares hacen al país tan diferente de los demás que, á veces, ni aún mexicanos ilustrados pueden comprender la verdadera situación de su patria, si no han hecho un estudio especial de los asuntos que con esa situación se relacionan. Así me explico la impresión general que prevalece en el mundo exterior de que, porque México se ha visto perturbado por una larga serie de guerras civiles que duraron

(1) La *Biblioteca*, lo repetimos, es una tribuna libre, abierta á todas las opiniones honradas y expresadas correctamente, — aunque, como en el caso presente, contradigan las de su director. Se va á escuchar la de un alto funcionario mexicano, sobre las cosas de su país; y por cierto que no incurriremos en la descortesía de interrumpir á nuestro distinguido huésped con notas rectificativas; la única que nos hemos permitido, se refiere á un error material, comprobado por documentos oficiales. Por lo demás, la presente exposición se encuentra parcialmente combatida en otro lugar de este mismo número, en apuntes tomados *de visu* y muy anteriores al trabajo del señor licenciado Romero.

más de medio siglo, los mexicanos estamos, por constitución, dispuestos siempre á la guerra y la emprendemos sin ninguna causa ó razón plausible. Es enteramente errónea esa idea, y espero que unas cuantas observaciones harán comprender la filosofía de nuestras guerras civiles.

Clases privile-
giadas.

En el tiempo de la dominación española en México, que duró exactamente tres siglos, de 1521 á 1821, había tres clases privilegiadas dominantes, pues al pueblo se le tenía en nada. La primera era la del clero, que había acumulado grandes fortunas, adquiridas ya por legados que obtenía de moribundos ó ya por otros medios, y poseía directamente ó por hipotecas más de dos terceras partes de los bienes raíces en el país, absorbiendo así los principales intereses monetarios. El poder del clero dependía no sólo de esa inmensa riqueza, sino también de la influencia religiosa que ejercía, y de que era la única clase educada, pues aunque poco, sabía siempre más que las otras clases que se mantenían en la más completa ignorancia; y su completa disciplina contribuía, además, materialmente, á su poderosa influencia. Tan grande era su poder durante la dominación española, que cuando un virrey, queriendo hacer prevalecer su autoridad sobre un arzobispo recalcitrante de la ciudad de México, le mandó aprehender para enviarlo á España: aunque logró que se le aprehendiera, tuvo que ordenar su regreso inmediato á la capital, porque en el momento en que se supo que el arzobispo estaba en camino para Veracruz, el pueblo se rebeló tan seriamente que se hizo necesaria esa orden. El Arzobispo regresó triunfante y el Virrey tuvo que abandonar el país.

La segunda clase privilegiada la constituían los españoles de nacimiento, que habían formado una especie de aristocracia, teniendo títulos de nobleza algunos de ellos, y eran los únicos que desempeñaban empleos de confianza, de responsabilidad y remunerativos en el país, y habían monopolizado los principales negocios de comercio, siendo también una clase rica. Tan celosos eran de los mexicanos

por nacimiento, que ni aun á los hijos de españoles nacidos en México de madre mexicana, se les consideraba bajo el mismo pie que los españoles; se les llamaba « criollos », no tenían derechos ni posición alguna y no podían desempeñar empleos públicos de importancia. Vinieron á México muy pocas mujeres españolas: los hombres llegaban por lo general cuando eran muy jóvenes; crecían en el país y se casaban con mexicanas, muy raras veces con indias de raza pura y casi siempre con hijas nacidas en México de españoles y madres mexicanas, de cuya unión resultaban los criollos.

La tercera clase era la del ejército, y, aunque comparativamente pequeña, constituía un elemento importante en el país. Los mexicanos nativos quedaban ordinariamente en los puestos inferiores y en muy pocos casos se les admitía entre los oficiales de alta graduación.

Esas tres clases eran decididamente adictas á la dominación española, porque bajo ella prosperaban y tenían toda la riqueza y el poder que deseaban, en tanto que un cambio hubiera puesto en peligro su posición y bienestar. El alto clero era, por supuesto, cordialmente leal á España, y solamente unos cuantos miembros del clero bajo, mexicanos de nacimiento—pues la única carrera abierta á los naturales era la de la Iglesia—y que tenían sentimientos patrióticos, podían apreciar el estado de cosas y anhelaban un cambio.

Eran tan grandes la oposición que el clero hacía á la independencia y la alarma con que contemplaba el movimiento, que, apenas se declaró la insurrección, todos los obispos excomulgaron á los jefes de ella; la inquisición entabló procedimientos en su contra y algunos miembros del alto clero tomaron las armas contra la causa de la independencia. El obispo de Oaxaca, olvidando las enseñanzas del fundador de su religión, organizó su clerecía en un regimiento para pelear contra los insurgentes; pero el marcial prelado no tuvo ocasión de verse en ningún conflicto armado, porque huyó de la ciudad cuando Morelos se acercó á ella.

Oposición de las clases privilegiadas á la independencia.

Tanto descuidaron los españoles el interés de sus colonias, que no permitían á los mexicanos que cultivaran los mismos frutos que aquellos tenían en su patria, como, uvas, aceitunas, etc., y esta es la razón por qué aún ahora no se producen en México en la cantidad que sería posible esos frutos, que apenas comenzábamos á cultivar cuando se consumó la independencia.

El ejemplo de los Estados-Unidos y aun el de España— donde el pueblo se rebeló contra el gobierno establecido por Napoleón en 1808, bajo su hermano José Bonaparte, á pesar de que tenía la sanción del Rey Fernando VII, quien había abdicado en favor del Emperador francés, — no pudo menos que influir en las colonias españolas en América, y casi todas ellas proclamaron su independencia en 1810.

El 15 de septiembre de ese año, proclamó la de México, en Dolores, población de indios del Estado de Guanajuato, Miguel Hidalgo y Costilla, anciano cura del lugar, auxiliado por Allende, Aldama y Abasolo, tres oficiales subalternos de la milicia mexicana, nacidos en México. Contra su empresa se organizaron desde luego todas las clases principales de México. Hidalgo juntó un gran número de indios y campesinos con dos ó tres regimientos de la milicia que se pusieron á sus órdenes. Para atraer hacia su causa el entusiasmo popular, tuvo que ponerla bajo el patrocinio de la Virgen de Guadalupe, que se suponía preternaturalmente aparecida doscientos años antes á un indio humilde, cerca de la ciudad de México, y era altamente venerada en el país. Aunque su gente estaba desorganizada, sin armas ni municiones y sin disciplina, tomó algunas poblaciones muy importantes, como Querétaro, Guanajuato, Toluca y Valladolid (hoy Morelia); avanzó algo y, con mejor dirección militar, hubiera podido lograr mucho más, aprovechando el entusiasmo popular por la independencia y la sorpresa y desconcierto de los españoles; pero prevalecieron á poco la organización y disciplina del ejército español, que derrotó á Hidalgo; éste fué capturado en

Proclamación de
la independencia.

camino para los Estados-Unidos, degradado por el alto clero y fusilado en Chihuahua el 31 de julio de 1811.

Á Hidalgo sucedió otro sacerdote, José María Morelos, indio de raza pura, dotado del genio de un guerrero, quien organizó un gobierno, convocó un Congreso que expidió una constitución, derrotó á los españoles en varias batallas, y, en 1812, sostuvo por algunos meses, contra grandes ventajas, el famoso sitio de Cuautla, cerca de la ciudad de México. Morelos peleó contra los españoles desde 1810 hasta 1815, en que fué derrotado; lograda su captura, fué degradado y fusilado. Morelos como jefe.

La tendencia de la revolución mexicana y de sus jefes se demuestra por el hecho de que Hidalgo promulgara el 6 de diciembre de 1810, á los tres meses escasos de proclamada la independendencia, un decreto por el que se abolía la esclavitud en México; del propio modo, nuestro primer Congreso, reunido en Chilpancingo en 1813, y que el 22 de octubre de 1814 expidió en Apatzingan una Constitución, decretó también la abolición de la esclavitud. Naturalmente, no pudo ponerse en vigor este decreto, sino en los pocos lugares ocupados por los insurgentes; pero cuando se consumó la independendencia, uno de los actos iniciales del primer Congreso mexicano, reunido en la ciudad de México para adoptar una Constitución, fué expedir, el 13 de julio de 1824, un decreto por el que se abolió la esclavitud; y entonces fué efectivamente abolida. Puede decirse que todo mexicano nace con sentimientos decididos en contra de la esclavitud; y por eso no podíamos comprender cómo los Estados-Unidos la hubieran adoptado y procurado conservarla, y hasta extenderla á costa de una terrible guerra civil que puso en peligro la existencia del país y comprometió la gran influencia que está llamado á ejercer en los destinos de la humanidad, — especialmente cuando su misma Declaración de Independendencia contiene el principio de que todos los hombres nacen libres é iguales, siendo la esclavitud una contradicción de ese gran principio. Pero, afortunadamente, la esclavitud

ha sido abolida aquí, como lo fué en México hace más de setenta años, y de esa manera ha desaparecido enteramente la mancha que por algún tiempo empañó el buen nombre de este país.

Al desaparecer Morelos de los campos de batalla, casi acabó la guerra por la independencia. Quedaban unos cuantos jefes, entre los que se hacían notables Vicente Guerrero, Nicolás Bravo, Guadalupe Victoria y otros hombres generosos y patriotas que mantuvieron la lucha hasta su fin, favorecidos por las condiciones topográficas y el clima de la sección meridional de México, que por ser muy montañosa y enfermiza, impedía el avance hacia allá de las tropas españolas. Á principios de 1817, el general Mina, patriota español de ideas liberales y pensamientos elevados, imitando lo que el general Lafayette había hecho en los Estados-Unidos, fué á México con alguna gente á pelear por la independencia; desde luego, se le unieron muchos mexicanos, y por algún tiempo fué la suya una brillante marcha triunfal; pero á poco fué derrotado, capturado y fusilado, porque los españoles no daban cuartel, considerando á los insurgentes como rebeldes, á los que no alcanzaban los derechos de una guerra civilizada.

Hablando del general Bravo, es digno de mencionarse un incidente que demuestra la generosidad de los mexicanos y el temple de los hombres que acometieron la lucha por la independencia. El general Bravo había sido despachado por Morelos á la provincia de Veracruz; y en San Agustín del Palmar atacó un destacamento de soldados españoles que acababan de desembarcar, llegados de España, é iban escoltando un convoy militar, y los derrotó, haciendo cosa de trescientos prisioneros. Conforme á las reglas de la guerra que prevalecían en ese tiempo, todos los prisioneros era fusilados sin distinción y sin misericordia. Los españoles habían inaugurado ese bárbaro sistema y los mexicanos creyeron que debían seguirlo, por vía de represalia. Con todo, Bravo no fusiló esos hombres; pero en la noche del día en que los capturó, recibió la noticia de que su padre, que luchaba también prominentemente

por la independencia, había caído en poder de los españoles y sido pasado por las armas en la propia ciudad de México; venían á la vez, órdenes terminantes de Morelos para que fusilara á todos los españoles prisioneros. Bravo era un hombre generoso, y aunque con el sentimiento profundo de la muerte de su padre, vaciló sobre lo que debía de hacer; decidió, al fin, después de una noche de insomnio, no solamente perdonar á sus prisioneros, sino ponerlos en libertad incondicional. Para apreciar debidamente semejante acto de generosidad, tienen que tomarse en consideración las condiciones de la época y la excitación de ambos partidos durante tan terrible lucha. Sólo debemos agregar que los prisioneros, conmovidos profundamente por ese acto de magnanimidad, se unieron á las fuerzas de Bravo.

Tal era el estado de cosas en 1820, cuando los españoles restablecieron en Madrid la Constitución liberal adoptada por las Cortes en 1812, después de la huída de España del rey Fernando VII, quien dejó á los franceses en posesión del país. Aquel hecho alarmó grandemente al elemento español conservador de México, el cual, temiendo que los principios liberales quedaran definitivamente implantados en la madre patria y de allí se extendieran á México, consideró que sería preferible, para los que constituían aquel elemento, proclamar su independencia de España y establecer una monarquía católica, llamando al trono á un monarca español, para no verse expuestos á los cambios, para ellos peligrosos, que podrían resultar de las ideas liberales que empezaban á infiltrarse en España. Se acercaron, pues, á Iturbide que, aunque nacido en Méjico, había sido uno de los jefes más activos del ejército español y el que había tenido mejor éxito contra la insurrección. Iturbide, que era un buen soldado y hombre ambicioso, aceptó aquel plan; y cuando el virrey le dió el mando del ejército que se enviaba á vencer á los jefes revolucionarios del Sur, tomó todas las fuerzas disponibles y cuanto dinero pudo darle el virrey y se unió á Guerrero y á los otros jefes

Consumación de
la independencia.

revolucionarios, proclamando, en 24 de febrero de 1821, el que se llamó « Plan de Iguala » y era una transacción entre la revolución y sus adversarios, puesto que consumaba la independencia, pero establecía una monarquía enteramente católica, con un príncipe español en el trono, y prohibía el ejercicio de cualquier otra religión. Todos los demás jefes del ejército español, en otras secciones del país, aceptaron á poco dicho plan, y así pudo consumarse casi sin lucha ya la independencia de México. El virrey O'Donojú, que llegaba en esos días á reemplazar al virrey Ruiz de Apodaca, aceptó el plan de Iguala y firmó un tratado en Córdoba, el 24 de agosto del mismo año; pero el gobierno español no aprobó ese tratado, y entonces Iturbide fué coronado emperador de México, en mayo de 1822. No permaneció en el poder, sin embargo, más que diez meses, pues el general Santa-Anna encabezó en México la primera revolución contra el Imperio, y éste tuvo que rendirse abdicando Iturbide en marzo de 1823.

Por lo referido, se ve que el movimiento por la independencia, que en otras de las colonias españolas partió de las clases altas, en México procedió desde el origen de las bajas, teniendo á las altas en contra suya, por lo cual el primer movimiento resultó malogrado. Pero, tan pronto como las clases altas tuvieron interés en que México se independizara de la dominación española, su influencia tanto pesó en la balanza, que la independencia quedó consumada.

Sin embargo, los mexicanos patriotas que durante diez años habían peleado por la independencia, por el progreso material y por los principios liberales, no podían quedar satisfechos con el éxito que lograban los que habían sido sus enemigos, y menos con el establecimiento de un imperio. Consideraban que así se privaba al país, y se les privaba á ellos, de los frutos de su victoria, y se rebelaron contra Iturbide, inaugurando una revolución que al fin derrocó al imperio, y obligó á Iturbide á huir del país después de un reinado de diez meses. Cuando volvió, llamado por sus partidarios, fué

Organización de partidos y principio de las guerras civiles.

aprehendido y fusilado en Padilla, el 19 de julio de 1824. En seguida se renovaron las antiguas hostilidades entre los dos partidos: el liberal que había sido el promotor de la independencia y del ansiado progreso, y el conservador que intentaba mantener el *statu quo* y contrariaba todo cambio. Siendo tan opuestas las ideas que representaban, no es extraño que durara tanto tiempo el conflicto entre esos dos partidos.

La facilidad con que, por las defecciones de su ejército, se derrocó al gobierno español en México, vino á ser un mal ejemplo para la disciplina militar, que se siguió en los movimientos militares subsecuentes contra las autoridades constituidas. Uno de los peores efectos de una revolución triunfante, es el de sancionar el principio de que la fuerza brutal ha de prevalecer, y da alientos á la ambición personal de soldados afortunados y sin escrúpulos.

Para derrocar á un gobierno, bastaba inducir al general en jefe de las fuerzas nacionales, á que se uniera á los rebeldes; y era tan grande la tentación del ascenso y del poder, que pocos podían resistirla: produciéndose así, con gran detrimento para el país, la desmoralización completa del antiguo ejército mexicano y la caída de varios gobiernos regularmente constituidos.

En un artículo respecto de México, publicado recientemente por persona distinguida de este país (1), se dice que la forma de gobierno mexicano cambió diez veces, de 1821 á 1868; que más de cincuenta personas se han sucedido como presidentes, dictadores ó emperadores, y que hubo más de trescientas revoluciones que abortaron ó tuvieron éxito. No he tenido tiempo de verificar esa manifestación, pero no me parece exagerada, y, dándola por exacta, corroboraría solamente las ideas que acabo de expresar sobre el asunto, esto es, que el estado de desmoralización del ejército facilitaba las revoluciones, que las ha habido en gran número y que el ejército

(1) El señor Walter Clark, magistrado de la Suprema Corte de la Carolina del Norte: THE LAND OF THE NOONDAY SUN. — *Mexico in Midwinter*; publicado en *La Arena*, correspondiente á febrero de 1896.

mismo las originó en algunos casos. Pero es también claro que esas revoluciones envolvían muy á menudo, si no siempre, algunos motivos ó principios políticos; y que, aunque muchas de ellas fueron meros motines de cuartel, otras fueron levantamientos populares, aunque á veces encubiertos bajo la forma de pronunciamientos militares.

Establecimiento
de la república.

Después de la caída de Iturbide, se convocó un Congreso de la nación en que predominó el partido liberal, y ese Congreso expidió, el 31 de enero de 1824, las bases preliminares de una Constitución federal; el 4 de octubre del mismo año, se adoptó finalmente y se promulgó esa Constitución, en la que se tomó por modelo y casi se copió literalmente la de los Estados-Unidos. Acaso fué un error imitar fielmente las instituciones de este país, porque una constitución debe adaptarse á las condiciones de la nación que la expide. Aquí, en la sección septentrional de este continente, había á fines del siglo pasado trece colonias, independientes entre sí, que hicieron la guerra á Inglaterra, consumaron su independencia y establecieron una federación de estados infantiles, con la misma falta de vigor que se ha notado en una simple confederación. Resolvieron, por lo mismo, consolidarse en una nación fuerte, bajo el nombre de los Estados Unidos de América. El sistema federal de gobierno fué la única solución de los problemas que se presentaron entonces al pueblo de este país, y la consecuencia natural é inevitable del estado de cosas que existía antes de adoptar la Constitución. México era una sola nación, sujeta á las mismas autoridades y leyes y con un solo jefe; y al adoptar el sistema federal republicano, esa nación tuvo que ser dividida artificialmente en diferentes secciones que se llamaron Estados, que hasta entonces no habían existido separadamente, ni tenían historia individual ó experiencia del gobierno propio. No es de extrañarse, pues, que la Constitución adoptada produjera trastornos al ponerse en práctica; y en este hecho se ve, fácilmente, una de las causas de nuestras prolongadas

guerras civiles. No fuimos nosotros los únicos que sufrieron esos trastornos, pues casi todas las demás naciones de este continente, siguiendo nuestro ejemplo, intentaron adaptar el sistema federal republicano á un estado de cosas para el cual no era adecuado.

Sólo el Brasil se vió libre de este período de disturbios y experimentos, porque estableció un imperio, en cuyo trono puso á un vástago de la casa reinante de Portugal, no adoptando la forma de gobierno republicano federal sino hasta casi un siglo después, cuando el pueblo había adquirido algunas ideas de gobierno propio y cierta aptitud para ponerlas en ejecución. Probablemente por eso ha sufrido menos conmociones civiles que cualquier otro país de nuestro origen en este hemisferio.

Por ese tiempo comenzaron á establecerse en México las logias masónicas, siendo la primera la del rito escocés, de la que formaron parte los elementos conservadores del país; pero, desgraciadamente, esa logia se convirtió á poco en una organización política y desempeñó papel muy prominente en los disturbios públicos de ese período. El partido liberal se dividió en dos ramas: los liberales radicales, que estaban en favor de un gobierno modelado sobre el de los Estados Unidos, esto es, una confederación de Estados con poderes limitados para el gobierno federal; y los liberales moderados, que favorecían una república centralizada con un gobierno fuerte. Esta rama del partido liberal, unida á los monarquistas y á los amigos de los Borbones, había entrado en la Logia del rito escocés y se llamaban «Escoseses». Los liberales, á su vez, para pelear con armas iguales, organizaron otra logia y se llamaron «Yorkinos». Por algunos años, los partidos políticos se designaron en México por los nombres «Escoseses» y «Yorkinos», que equivalían á conservadores y liberales. El señor Poinsett, primer Ministro que los Estados-Unidos enviaron á México, fué acusado en esta época de haber instigado el establecimiento de las logias; pero parece que, aunque deseaba el triunfo de los «Yorkinos», no fué el promotor de esa logia.

La constitución
federal de 1824.

Nuestra constitución de 1824 fué una victoria decidida del partido liberal, pero estuvo muy lejos de ser definitiva, pues el partido conservador, aunque entonces derrotado, era realmente el más fuerte de los dos durante los primeros años de México independiente. La victoria de los liberales no duró mucho tiempo, porque el partido conservador logró inducir á algunos de los muchos jefes militares mexicanos á que se sublevaran contra el gobierno, inaugurando una serie de revoluciones que terminó en 1834 con el desconocimiento de la Constitución de 1824, lo que dió pretexto á los colonos de Texas para rebelarse contra México. Santa-Anna y el partido conservador sostenían que la forma de gobierno federal no era la que mejor se adaptaba al país, y que se necesitaba un gobierno central fuerte.

El general Santa-Anna.

La influencia de los jefes militares aumentó considerablemente en ese período, haciéndoles desempeñar papel muy importante en los negocios públicos. El ejemplo más notable es el del General Santa-Anna. Hombre activo, astuto, valiente, agradable y atractivo, pero al mismo tiempo ambicioso, egoísta y sin principios, que se ponía del lado de todos los partidos y á todos engañaba, fué un jefe militar afortunado en la guerra irregular de guerrillas, aunque sin las aptitudes de un verdadero soldado. Peleó del lado del ejército español contra la causa de la independencia hasta 1821, en cuya fecha se pasó á Iturbide, al unirse éste con los jefes independientes; en 1822. se rebeló contra Iturbide, proclamando una república federal, y en 1834 abolió la Constitución federal de 1824, y estableció una dictadura militar, que reasumió en otras tres ocasiones. De 1822 á 1855, tuvo de hecho los destinos de México en sus manos, habiendo sido Presidente cinco veces; pero nunca hizo nada en favor del país, si se exceptúa su disposición para tomar parte en nuestras guerras extranjeras; pero aun su intervención en éstas fué á menudo desastrosa para México. Comenzó su carrera política como liberal radical y la terminó siendo el jefe más reaccionario del

partido conservador. En su campaña contra los texanos, se dejó sorprender en San Jacinto, en 1836, por un puñado de hombres, aunque todas las ventajas estaban de su parte; y, siendo Presidente de México, cometió la indignidad de ofrecer que reconocería la independencia de Texas, á condición de que se le pusiera en libertad, si bien con el propósito de eludir ese arreglo. Demostró su incompetencia militar en las batallas contra los ejércitos de los Estados Unidos, al mando del General Taylor en la Angostura, y del General Scott en Cerro Gordo y el valle de México, en las que si hubiéramos tenido mejores generales, pudimos haber asegurado la victoria, pues teníamos la ventaja del número y del terreno. Aunque el resultado final tenía que ser adverso para nosotros en las condiciones que entonces existían, pudimos ciertamente haber hecho mayor resistencia, si hubiéramos tenido un hombre más apto á la cabeza de nuestro ejército. Santa-Anna solía desanimarse con la mayor facilidad, y más de una vez huyó del país y abandonó un poder que podía haber conservado más tiempo, demostrando así que carecía de firmeza de propósitos. Pero este ejemplo no prueba, como pudiera creerlo un observador superficial, que la lucha fuera simplemente de ambiciones personales entre jefes militares sin escrúpulos, pues lo que realmente pasaba, era que los partidos políticos se valían de esos jefes como más les convenía, dividiendo, naturalmente, con ellos el poder y aun sometiéndose á algunos de sus caprichos.

Cuando el partido conservador asumió el poder, derogó la Constitución de 1824, y el 23 de octubre de 1835 expidió las bases para una nueva Constitución que fué al fin promulgada el 29 de diciembre de 1836, con el título de «Leyes Constitucionales». Por ella, se abolieron el sistema de gobierno federal y varias de las disposiciones liberales de la Constitución de 1824. El partido clerical, sin embargo, no consideró bastante conservadoras las leyes constitucionales, y el 13 de junio de 1843 se expidieron las llamadas «Bases orgánicas», que venían á ser una Constitución más conservadora aún.

Constituciones
de 1835 y 1843.

Como el partido clerical era tan rico y fuerte y tenía tanta influencia en el país, le era muy fácil provocar una guerra civil de tal magnitud que el partido liberal no pudiera sofocarla; pero, á medida que el tiempo pasaba, este último partido, representante verdadero del elemento patriótico, se hacía más fuerte por la instrucción y por el contacto con otras naciones; á ello contribuía también, materialmente, la desmoralización del clero y su conducta antipatriótica durante nuestras guerras extranjeras, — pues, además de las civiles, tuvimos, en 1828, una guerra contra España que había mandado una expedición á las órdenes del General Barradas, para reconquistar á México; una guerra con Francia, en 1838; en 1846 y 1847 la guerra con los Estados Unidos, y de 1861 á 1867 la de la intervención francesa. El partido liberal pudo, por lo mismo, sin dificultad, inaugurar á su vez una contra-revolución, que en el transcurso del tiempo llegó á triunfar y lo restituyó en el poder. Esto explica por qué el período de nuestras guerras civiles duró tanto tiempo y por qué hemos tenido tantas constituciones.

Restablecimiento de la constitución de 1824.

Por fin, el 18 de mayo de 1847 se restableció la constitución federal de 1824 con algunas reformas, y el partido liberal volvió al poder, conservándolo hasta 1853, en que Santa-Anna regresó á México, llamado por una revolución triunfante del partido conservador, y estableció una dictadura ultra-reaccionaria. Pero los liberales se rebelaron contra él en 1854, proclamando el plan de Ayutla, y, en 1855, Santa-Anna huyó del país, porque el clero, con cuyos intereses administraba el gobierno, rehusó darle el dinero necesario para continuar la guerra. Entonces se estableció un gobierno federal bajo la administración del general Álvarez, primero, y del general Comonfort después. El general Álvarez nombró ministro de Justicia á Don Benito Juárez, quien expidió el 23 de noviembre de 1855 la primera ley contra el clero de esa época, por la que se le privaba de los privilegios civiles que entonces gozaba. Durante la dominación española, y después de la independencia hasta aquella fecha, el

clero tuvo tribunales especiales, compuestos de clérigos, para juzgar á los de su clase por los delitos que cometían; este privilegio le aseguraba la más completa inmunidad, poniéndole fuera del alcance de las leyes del país; y aunque los liberales lo consideraban como un atentado, no pudieron cambiar este estado de cosas, si bien lo procuraron en 1833, sino en 1855, por medio de la Ley-Juárez. El ejército gozaba de un privilegio semejante, del que Juárez le privó también, restringiendo la jurisdicción de los tribunales respectivos á los delitos de carácter militar.

Juarez ha sido un hombre superior. Indio de raza pura, nació en Guelateo, pueblo habitado exclusivamente por indios y en el que sólo un hombre, — el cura de la parroquia, — hablaba español y sabía leer y escribir. Tanto deseaba Juárez aprender este idioma y adquirir alguna instrucción, que ofreció al sacerdote emplearse en su servicio doméstico á condición de que le enseñara. El sacerdote le encontró tan inteligente que le mandó á la ciudad vecina de Oaxaca, para que fuera educado. De tan humildes comienzos, se levantó hasta ser un abogado prominente y uno de los primeros hombres de estado. Fué, en diversas épocas, Secretario de Gobierno de su propio Estado, Diputado y Senador á la Legislatura y varias veces Gobernador del mismo, Diputado al Congreso Federal, Ministro de Justicia y de Gobernación, Presidente de la República. Eran rasgos principales de su carácter: su profunda convicción en los principios liberales, su clara inteligencia, su notable buen sentido, su gran valor moral, su integridad y honradez intachables, su gran patriotismo, su firmeza de propósitos y su apego al gobierno civil. En tiempo de guerra, cuando los destinos del país dependían á menudo del resultado de una batalla, muchos otros, en su lugar, se hubieran puesto á la cabeza de un ejército: él, de propósito, se abstenía de ejercer funciones militares, dejándolas á aquellos de sus colaboradores que habían demostrado talento para la guerra, y dando así sanción pública á su gobierno puramente civil. Pero su va-

Juárez como jefe.

lor personal era tan grande como el de cualquier otro hombre: más de una vez le ví arrostrar con perfecta calma y casi con indiferencia, aunque sin alarde, una muerte cercana y que parecía inminente. Estoy seguro de que consideraba la muerte en el servicio de la patria como la mejor para un patriota, la más digna de conquistar de esa manera la inmortalidad de su nombre; y así me explico que nunca temiera la muerte, si había de cogerle en el cumplimiento de un deber patriótico (1).

Á la Ley-Juarez siguió la Ley-Lerdo, por la que se previno que ninguna corporación — y esto comprendía solamente al clero, que

(1) La opinión de Mr. Seward respecto de Juárez demuestra la impresión que este indio causó en el anglo-sajón. Cuando Mr. Seward llegó á México, durante su viaje al derredor del mundo, fué cordialmente acogido en mi país, y en un discurso notable que pronunció en Puebla, dijo que Juárez era el hombre más grande que había conocido en su vida. Se tomó nota de ese discurso por medio de la estenografía; y cuando Mr. Thomas H. Nelson, de Terre Haute (Indiana), quien á la sazón era Ministro de los Estados Unidos en México, se fijó en aquella frase, creyó que en el entusiasmo del momento Mr. Seward había ido más lejos de lo que se propuso y hubiera dicho después de madura reflexión: en esta creencia, preguntó á Mr. Seward: « Gobernador, ¿ está usted dispuesto á sostener lo que dijo en su discurso, respecto de ser Juárez el hombre más grande que ha conocido usted? recuerde usted que ha sido el igual y el contemporáneo de Webster, Clay, Calhoun y otros muy distinguidos hombres de nuestro país y que coloca usted á Juárez sobre todos ellos ». Mr. Seward contestó: « Lo que dije acerca de Juárez, lo dije después de madura consideración y estoy dispuesto á sostener mi opinión. »

He sometido esta manifestación al General Nelson y su respuesta, que traduzco en seguida, demuestra que la encontré exacta.

Terre Haute, Indiana, septiembre 30 de 1895.

Á su Excelencia Matías Romero, etc., etc., etc.

Washington, D. C.

Mi estimado señor Romero:

Hubiera acusado recibo antes de la carta de usted, si no hubiera estado ausente de mi casa.

El señor Seward habló á menudo de Juárez en términos de elogio entusiasta, durante su visita á México, tanto en conversaciones privadas como en discursos en público. En su discurso pronunciado en el banquete de Puebla, pagó especialmente un alto y elocuente tributo á la habilidad, patriotismo y cualidades de hombre de Estado y del

era la única corporación existente en México — podía poseer bienes raíces, y que los que poseían entonces las corporaciones debían adjudicarse á los arrendatarios por el valor correspondiente á la renta que pagaban, calculada como rédito al seis por ciento anual, quedando el arrendatario como dueño de la finca y reteniendo la corporación una hipoteca por cantidad igual al valor fijado, conforme á aquella base. Esas dos leyes dieron motivo á otras tantas insurrecciones promovidas por el clero y sofocadas por el presidente Comonfort.

Nuestra Constitución federal de 5 de febrero de 1857, vigente ahora, había sido expedida durante la administración de Comonfort, siendo éste elegido, conforme á ella, Presidente constitucional por un período de cuatro años que comenzó el 1º de diciembre de 1857. En dicha fecha prestó juramento de sostener la Constitución, sin embargo de lo cual se rebeló contra ella el día 17 del mismo mes! Á pesar de su juramento y de que había sofocado dos insurrecciones clericales en contra de su gobierno, se prestó al fin á convertirse en instrumento del clero, encabezando un levantamiento contra la constitución promulgada por él y á la que debía su elevación. No olvidemos que más tarde reconoció su error y murió en el servicio de su patria. Después de la promulgación de la ley que se conoce por su nombre, Juárez había sido por algún tiempo Gobernador del Estado de Oaxaca, y antes de que acabara su período fué elegido Presidente de la Suprema Corte de Justicia y, como tal, vice-presidente de la República; funcionaba como Ministro de Gobernación al tiempo de la sublevación de Comonfort. Sustituyó á éste en la presidencia y

Constitución federal de 1857.

Presidente, colocándole al nivel de los hombres más ilustres del siglo. Si puedo encontrarlas tendré gusto en mandar á usted una copia de ese discurso y algunas manifestaciones mías hechas en discursos en público, respecto de la opinión del señor Seward, sobre el elevado carácter y los servicios públicos de aquel verdadero grande hombre.

Con recuerdos para la señora Romero, quedo como siempre de usted.

THOMAS H. NELSON.

procuró contener la corriente de la rebelión reaccionaria. Casi todo el ejército regular del país que había en la ciudad de México estaba en favor del partido conservador, y, por lo mismo, esa ciudad cayó en poder de los enemigos de Juárez, quien tuvo que huir de ella, yéndose al interior, donde estableció su gobierno, primero en Querétaro y después en Guanajuato y Guadalajara. Por fin, se embarcó en Manzanillo, puerto mexicano en el Pacífico, para Panamá y Nueva Orleans, y de aquí para Veracruz, puerto en el golfo de México, donde permaneció por más de dos años. Veracruz fué el baluarte del partido liberal, pues siendo una plaza fuerte por naturaleza y por sus buenas fortificaciones, y estando además protegido por su mal clima y la fiebre amarilla que allí reina, era el mejor lugar que Juárez podía elegir para establecer su gobierno, sin contar con que la mayoría de sus habitantes eran liberales por estar en contacto más frecuente con extranjeros. En Veracruz, pues, permaneció Juárez desde marzo de 1858 hasta enero de 1861, en cuyo tiempo estuvieron en poder del partido conservador las principales ciudades del país. El ejército liberal, aunque frecuentemente derrotado, nunca fué destruido porque el pueblo estaba de su parte, y constantemente recibía numerosos reclutas, lo que facilitaba á los jefes liberales reorganizar sus fuerzas después de cada derrota y estar pronto en aptitud de hacer de nuevo frente al enemigo: viéndose al fin premiados su valor y perseverancia con la victoria obtenida el 23 de diciembre de 1860, en la batalla decisiva de Calpulalpan.

Las leyes y la guerra de Reforma.

Durante la lucha terrible á la que llamamos guerra de Reforma, Juárez expidió en Veracruz, el 12 y 23 de julio de 1859, nuestras leyes de Reforma, cuyo objeto fué destruir el poder político que el clero había tenido hasta entonces. Fueron declarados propiedad nacional los bienes del clero y enajenados por el gobierno á los censatarios por un precio nominal, pagadero, en parte, en títulos ó créditos de la deuda nacional, que se vendían entonces á muy bajo precio, cosa de un cinco por ciento de su valor nominal; se despojó al cle-

ro de todos los derechos políticos, es decir, que se le inhabilitó para todo puesto público; se suprimieron los conventos, tanto de religiosos como de monjas; se redujo considerablemente el número de templos que había en el país; se proclamó completa independencia entre el Estado y la Iglesia; se estableció el registro civil de nacimientos, matrimonios y defunciones, quitando al clero toda ingerencia en esos asuntos que hasta entonces le habían estado exclusivamente encomendados; se prohibieron las demostraciones religiosas fuera de los templos, lo mismo que el tocar de las campanas; se redujo á dos ó tres al año el número de días festivos, que entonces era casi una cuarta parte de los del año y contribuían á mantener al pueblo en la ociosidad; se prohibió á los sacerdotes el uso de sus hábitos fuera de la iglesia, y se adoptaron otras muchas medidas represivas contra el clero, con el objeto de destruir su poder político y de quitarle los medios de producir otra sublevación contra el gobierno.

Es digno de hacerse notar el hecho de que muchos de los jefes liberales eran abogados que, instigados por el patriotismo y por el deseo de que triunfara la causa liberal, y aunque no tenían educación militar, se pusieron á la cabeza de nuestros ejércitos en las prolongadas guerras civiles. Algunos llegaron á distinguirse como soldados, lo que también pasó en los Estados Unidos. De suerte que puede decirse con toda exactitud que el éxito final de la causa liberal en México, se debió en gran manera á los jurisconsultos de la nación, y así lo demuestra el extraordinario odio con que les veía el clero, que designaba despreciativamente como «abogados» á los jefes liberales.

Después de la batalla de Calpulalpam, en la que fué derrotado el general Miramón, último presidente del partido conservador, Juárez salió de Veracruz y estableció su gobierno en la ciudad de México, donde reunió al Congreso y convocó una elección en 1861, en la que fué electo Presidente en su primer período constitucional. Las leyes de Reforma se pusieron en vigor cuando Juárez ocupó la ciudad de México y su gobierno se extendió á todo el país.

El partido conservador no se dió por vencido, sino que, muy al contrario, inició en 1861 con redoblado vigor una nueva insurrección, cuyo objeto principal fué oponerse á la ejecución de las leyes de reforma. Aunque esta sublevación no llegó á asumir carácter serio, pues los insurgentes no lograron tomar plazas importantes ni pudieron derrotar á las fuerzas del gobierno, sí tuvo éxito en cuanto que mantuvo la perturbación en el país, con gran inseguridad de vidas y propiedades.

Cuando se convencieron los jefes del partido conservador de que el liberal se había hecho tan fuerte que ya no podían encontrar en el país fuerza bastante para vencerlo, fueron á Europa y comenzaron á intrigar con las cortes europeas, á fin de lograr la intervención extranjera en México. La guerra civil que desgraciadamente se había declarado en los Estados-Unidos por esa época, facilitó á los jefes clericales mexicanos el éxito de sus gestiones por obtener la intervención europea, pues el Emperador de los franceses parecía convencido de que habían de triunfar los confederados, y muy dispuesto á aprovechar la oportunidad que le ofrecía el partido clerical mexicano de establecerse en México, para ayudar de una manera eficaz á la división permanente de los Estados-Unidos. Soñaba, además, con el establecimiento en América de un imperio francés cuyos límites llegaran al Pacífico. Por su influencia llegó á celebrarse una alianza entre Francia, Inglaterra y España, convenida en un tratado que se firmó en Londres el 1º de octubre de 1861, y se decidió Maximiliano á ir á México. Inglaterra y España se retiraron de la alianza antes de comenzar la guerra; el 5 de mayo de 1862 fué derrotado en Puebla el primer ejército de Napoleón, que estaba á las órdenes del general Lorencez; pero reforzado considerablemente, logró ocupar Puebla y la ciudad de México en 1863, comenzando así la intervención francesa; sus detalles son muy conocidos en la Argentina, y no es necesario, por lo mismo, decir más acerca de ella.

Al restablecerse la paz en los Estados-Unidos, después de la vic-

La intervención francesa y el imperio de Maximiliano.

toria del Norte, Napoleón comprendió naturalmente que no podía continuar por un período indefinido la ocupación de México, y que tenía que prescindir de sus planes y retirar su ejército del país. Por nuestros propios esfuerzos y sin auxilio del extranjero, hubiéramos nosotros arrojado al fin de México al ejército francés, aunque habríamos necesitado más tiempo, pues Napoleón pudo haber prolongado por uno ó dos años la permanencia en el país de dicho ejército; pero, con el apoyo de los Estados- Unidos, que fué un gran servicio prestado á México, el ejército se retiró más pronto. Maximiliano sabía, á su vez, que no podía permanecer en México después de la retirada de los franceses y resolvió abandonar el país, al saber que el ejército francés se retiraba, ó cuando se convenciera de que había de ser infructuosa la misión que su mujer había llevado á Europa (donde la sobrecogió una espantosa calamidad), de procurar que se revocara la orden de retirada de aquel ejército. Pero, desgraciadamente, era un soñador sin fuerza de carácter, y de ningún modo el hombre de la situación; sus resoluciones no eran firmes y, por lo mismo, los jefes del partido clerical pudieron fácilmente persuadirle de que debía volver á la ciudad de México, cuando ya había salido de ella en camino para su patria, en octubre de 1866, y llegado hasta Orizaba, á dos tercios del camino entre México y Veracruz. En este puerto, le esperaba, listo para conducirlo á su país nativo, el « Novara », navío de guerra austriaco que le había llevado á México en 1864, y que, por súplica suya, le había enviado el Emperador de Austria, después de haberle generosamente restablecido en sus derechos como archiduque de Austria y heredero eventual al trono, á los que había renunciado al partir para México. Maximiliano abandonó la capital á principios de febrero de 1869, yendo á la ciudad de Querétaro, donde al fin fué capturado, y, después de juzgado, se le ejecutó el 19 de junio siguiente.

En julio de ese año, fué restablecido en la ciudad de México el gobierno de Juárez, y á poco tuvo lugar una elección presidencial en

Restablecimiento de la república.

la que recibió el voto casi unánime del pueblo para otro período, de 1867 á 1871.

El patriotismo y la firmeza de Juárez fueron muy notables. Hubo un tiempo, durante la intervención francesa, en que muchos parecieron desesperar de la suerte de México, sentimiento que no era enteramente infundado, si se tiene en cuenta que el país estaba invadido por un ejército francés muy numeroso, de 60.000 á 80.000 hombres (1). Además, Napoleón y Maximiliano habían concertado que éste tuviera un cuerpo auxiliar austriaco, otro de húngaros y otro de belgas — pues la princesa Carlota, esposa de Maximiliano, era hija del último rey de Bélgica y hermana del actual. Tenía también un contingente de la colonia francesa de Argel y el mando de las tropas del partido clerical, que estaban de su lado y se formaban de casi todo nuestro antiguo ejército, y, por último, contaba con todo el elemento aristocrático. Unidos todos estos elementos, resultaban tan poderosos, que no es de extrañar que muchos de nuestros hombres públicos tuvieran á veces poca fe en el éxito. Pero Juárez no desesperó ni por un momento; estaba completamente seguro del triunfo final y dispuesto á sacrificar su vida por la causa de su patria.

Guerras civiles
de 1868 á 1875.

Era natural que después de los trastornos consiguientes á una guerra civil, que había durado tantos años, el país quedara en un estado de desmoralización, y que una vez obtenido el triunfo completo sobre la intervención francesa y el llamado imperio, hubiera algunos levantamientos encabezados por jefes liberales descontentos, que, aunque no eran de carácter serio y fueron sofocados fácilmente por el presidente Juárez, mantenían al país en inestabilidad y contribuían á fortalecer la opinión de que éramos incapaces de conservar la paz.

(1) En junio de 1864, el cuerpo de ocupación alcanzó su mayor efectivo que fué de 32.302 hombres bajo las armas, repartidos en todo el país é incluyendo los servicios administrativos. (*Nota de la Dirección*).

El presidente Juárez murió el 18 de julio de 1872, y el presidente Lerdo de Tejada, que le sucedió, permaneció en el poder, primero como vice-presidente y después como presidente constitucional elegido por el pueblo, hasta el mes de noviembre de 1876, en que asumió la presidencia el general Díaz. Entre los muchos servicios distinguidos que el general Díaz ha prestado á México, el principal, tal vez, es el de haber restablecido la paz absoluta en el país, en los diferentes períodos que ha desempeñado el poder ejecutivo; ha establecido firmemente la legalidad y el orden y promovido empeñosamente el desarrollo material, que es siempre la mejor garantía de la conservación de la paz. Mayor espacio del que debo ocupar con este artículo se necesitaría, para dar una idea completa de los grandes servicios que el general Díaz ha prestado á México.

Por esta ligera sinopsis, se verá que han desaparecido ya las causas que provocaron las guerras civiles en México, y que éstas fueron una contienda por establecer la supremacía entre las fuerzas vitales del país, entre las viejas ideas y la nuevas : contienda que ha tardado para resolverse en otros países mayor número de años que en México, y en algunos hasta siglos. Pero ha quedado ya resuelto nuestro problema político : el partido conservador, completamente destruido como organización política, no puede ya causar ningún trastorno serio y, por lo mismo, faltan los elementos para una guerra civil.

Las condiciones de México durante la dominación española, después de la independencia y, más ó menos, hasta la promulgación de las leyes de Reforma en 1859, eran muy semejantes á las que existieron en los países europeos en tiempo del feudalismo. El clero, sus agentes y partidarios eran, de hecho, los señores feudales mexicanos, y su poder é influencia en el país tan grandes como los de los barones europeos, pues no sólo monopolizaban la riqueza y la instrucción del país, sino que ejercían también grande influencia espiritual ó religiosa sobre la inteligencia del pueblo. La posición de los *barones* mexicanos era, si acaso, más fuerte, porque en lugar de estar

Desaparición de las causas de las revoluciones.

en antagonismo con el Rey ó el gobierno, como á menudo lo estaban los barones europeos, había entre ellos y el poder temporal una especie de alianza para sostenerse y protegerse mutuamente. Cuando se tiene en cuenta el largo tiempo que los reyes europeos necesitaron para someter á los barones; todos los esfuerzos que el pueblo tuvo que hacer para llegar á ese resultado, y cuán dilatadas y sangrientas fueron las guerras que hubo necesidad de librar para alcanzarlo, — lo que no se logró enteramente sino hasta la Revolución francesa, no puede menos que sorprender que México y los otros países americanos en condiciones semejantes, hubieran podido destruir su feudalismo en un lapso de tiempo comparativamente tan corto.

Desde hace casi veinte años, México ha tenido completa paz y gozado de sus ventajas. Las personas que tomaron parte en las revoluciones anteriores han muerto ó desaparecido, ó tienen ahora interés en que se conserve el orden, porque están medrando á la sombra del desarrollo del país: y estoy seguro de que, aún en el caso de que faltara la dirección del general Díaz, se mantendría la tranquilidad en México, porque son muy fuertes los intereses que están en su favor. Los ferrocarriles y el telégrafo son, además, grandes preservadores de la paz: no hace mucho tiempo, cuando había una sublevación, tenían que pasarse meses enteros para que las fuerzas del gobierno llegaran adonde estaban los insurrectos, quienes en ese tiempo podían organizarse y fortificarse y aun avanzar considerablemente sin encontrar al enemigo; pero ahora el gobierno puede mandar inmediatamente sus tropas á sofocar una insurrección.

La paz en México está hoy tan asegurada y la vida y la propiedad tan protegidas, como pueden estarlo en cualquiera otra parte. Así parece entenderlo la opinión pública y demostrarlo el hecho de que el capital, y especialmente el extranjero, que es siempre tan tímido y cauteloso, se está invirtiendo ahora libremente en empresas mexicanas.

M. ROMERO.

Washington, D. C., octubre 15 de 1896.

SARMIENTO EN PARIS

Salgo del taller de Rodin; la figura de Sarmiento va tomando vida y forma. El soberbio viejo, que fué uno de los raros cultos individuales de mi vida, me llena el espíritu; su memoria suscita la de tantos otros seres queridos que la ola nos ha arrebatado, sin darles tiempo, como á él, de cumplir la misión que sus cerebros luminosos y sus almas levantadas les marcaban en la tierra... Decididamente, es bueno que por algún tiempo deje de andar entre tumbas; bastan para echar sombras persistentes sobre mi alma los diarios de la patria, que día á día me traen la noticia de que uno más ha entrado al reposo eterno. Es el lado negro de la espera del turno.

De vuelta, me echo á vagar por las calles de este París que entra á su vida normal, pasado el síncope, y de nuevo Sarmiento surge en mi memoria, como si su personalidad absorbente saltara de la tumba para imponerse á los vivos, como en tiempo de la acción, por el vituperio ó el entusiasmo, por el cariño ó el odio.

Y pienso que hace cincuenta años, justo medio siglo, él también recorrió estas calles, allá en el mes de octubre de 1846. Tenía ya más de treinta años, había publicado el *Facundo*, y hecho la campaña periodística de Chile, que, por el vigor, la originalidad y la luz intensa que proyectó, no sólo sobre las cuestiones de su tiem-

po, sino sobre el porvenir y la ruta de salvación del mundo americano, no tiene rival en los fastos de ningún país. Al fin pudo realizar un sueño de su vida, y en 1845 se embarcó en Valparaíso para Europa, á completar sus estudios sobre educación popular y sobre todo, para ver, con los ojos de su cuerpo, lo que los ojos de su espíritu habían admirado, la tradición, el arte, la cultura de este viejo mundo.

Vosotros, los que tenéis en vuestras bibliotecas sin vida los ocho ó diez tomos publicados de las obras de Sarmiento, haced un esfuerzo sobre vuestro horror de la letra de molde y abrid, por cinco minutos, el volumen de Viajes. Y vosotros, jóvenes, los que os quejáis dolientes de que no hay atmósfera intelectual en nuestro país, hacedla revivir, volviendo á las fuentes puras é incomparables del pasado. Leed esos libros admirables, escritos hace más de medio siglo y que, como las telas de los grandes maestros, conservan en sus líneas y en su color una frescura jamás igualada en el correr de los tiempos. Declaro que no conozco, en prosa castellana, ni aun en los grandes modelos del género, páginas comparables á algunas de las de Sarmiento en sus *Viajes*, al retrato de don Domingo de Oro, en sus *Recuerdos de Provincia*, ó á esa armonía profunda con que el genio del escritor acaricia la memoria de la madre. Leed, leed esos libros, jóvenes, y veréis con qué orgullo sentiréis el alma de vuestra raza palpitar en sus páginas, Son libros genuinamente nuestros, que no han podido ser escritos en otra parte y que constituyen, hoy por hoy, la nota más clara y luminosa para ayudarnos á comprender la gestación caótica de nuestra nacionalidad. No os hablo de moral, no os hablo de patriotismo, no os hablo de que esa lectura pueda determinaros á ser pequeños Sarmientos, en lo que, por otra parte, no perderíais nada ni vosotros ni el país: os hablo de arte, os hablo de la única manera posible de resucitar entre nosotros esa atmósfera intelectual por la que lloráis; os invito á entrar á esos libros, como empujo á todos los jóvenes argentinos que hay en París, á ir al Louvre, al Colegio de Francia ó á la Facultad de

letras, para que se den cuenta que hay otras cosas en el mundo que el oficio de abogado, la chicana política, la operación de bolsa ó el casamiento ventajoso...

I

Sarmiento se embarca, pues, sobre la *Enriqueta*, uno de esos barcos de vela que fueron el martirio de nuestros padres y que deben haber sacado de quicio y arrancado á su compostura colonial, hasta á las personas más graves de nuestra revolución; sólo concibo, después de diez días de calma chicha y treinta de frejoles secos, igual, solemne, acompasado, abrochado y manteniendo su actitud con dignidad, por si los pescados le miran, á don Bernardino Rivadavia...

Sarmiento descubre, al pasar, la isla de Robinson, que describe en páginas inimitables, dobla el cabo de Hornos y, por fin, en medio de una tormenta deshecha, entra en aguas del Río de la Plata y desembarca en Montevideo. La descripción de lo que allí ve, hecha con un brío y un calor incomparable, salpicada de retratos que en tres líneas dibujan una página para la posteridad, es lo único que tenemos de real, de vívido, sobre esos días de honor de nuestra historia. Un libro sobre el Sitio, hecho, no al frío resplandor de los documentos oficiales, sino iluminado por la vibración del recuerdo, con toda la pasión viril y generosa de la causa que se defendía, eso es lo que Lucio V. López, poco antes de morir, pedía á su padre, nuestro ilustre historiador, eso es lo que todos nosotros hemos pedido y pedimos al general Mitre, en vez de la triste labor de notario de aldea á que ha dedicado sus últimos años de vigor intelectual.

Sarmiento pasa rápidamente por Montevideo, pero su sensación es tan fuerte y tan intensa, que creo difícilmente que ningún libro del futuro nos dé, con igual verdad, la impresión real del cuadro. Hoy que nuestro país ha entrado definitivamente en la ruta banal

de la marcha de las sociedades modernas, para las que los problemas vitales de hace cincuenta años se han convertido en axiomas de archivo, que no se discuten, ese sitio de Montevideo, con sus antecedentes y sus consecuencias, toma cierto carácter de novela romántica que nadie lee ya, que se recuerda en uno que otro texto de literatura, pero cuyo estudio, como el de los poemas clásicos, tiene poca ó ninguna utilidad á los ojos de los que sólo ven, como signos positivos de la grandeza de un pueblo, sus estadísticas de aduana y el kilometraje de sus caminos de hierro. Ese escepticismo, esa sonrisa despreciativa para el recuerdo de los días de mayor sufrimiento y de mayor pureza moral de nuestro pueblo, han permitido, han sugerido ya la publicación de libros, cuya buena fe no salva que sean una injuria para la memoria de los que dieron ó su vida ó su juventud y su felicidad en holocausto á su país.

Los que hemos nacido en los últimos años de ese asedio inmortal, bajo la bandera y en las cuadras casi de esa legión argentina que el plomo enemigo acabó por reducir á un puñado de hombres, hemos oído á nuestras madres, á las viejas servidoras de la familia, durante los años de la infancia, las narraciones heroicas de aquellos días. ¡Qué desprecio por la vida! ¡Qué connaturalización con aquella atmósfera de fuego, dentro de la que se jugaba el porvenir de un pueblo, y más de cerca, no ya la existencia, sino el honor de madres, hijas, mujeres y hermanas!... Podéis sonreír del épico momento, escépticos satisfechos que gozáis hoy, en la plena obesidad de vuestra atrofia moral, de la fortuna territorial amasada por vuestros padres á favor del acatamiento y la adulación del bárbaro sangriento que los nuestros combatían! Podéis sonreír, que nadie ni nada borraré de nuestro corazón ni de nuestro nombre el sello de nobleza de ese abolengo...

Sarmiento venía de Chile, á donde los últimos rebotes de la ola de barbarie que asolaba al pueblo argentino le habían arrojado por sobre los Andes. Su acción intelectual de Chile, la volvía á encontrar en Montevideo, pero candente y desesperada, como el ja-

dear de los pechos en la trinchera perenne. ¿Cómo aquel apretón de manos que dió entonces á Mitre, á Gutiérrez, á Mármol, á Alsina, á Cané, no hizo sagrados, para la vida entera, á esos hombres entre sí? ¿Cómo, más tarde, la política pudo dividirlos y arrojarlos á campos opuestos? ...

Al pisar la cubierta del barco que le llevaba á Río de Janeiro, en rumbo á Europa, Sarmiento debió sacudir su poderosa cabeza, como para disipar el mal sueño y preparar su espíritu á la esperanza. La bahía de Río, la estupenda aparición de la región tropical le inspiran páginas, entre otras aquella en que pinta la esclavatura y el canto de caridad con que los miserables se sostienen y se alientan en su faena, como quisiera que de tiempo en tiempo se escribieran en nuestra lengua. ¡Qué variedad de tonos en esa paleta admirable! Todos los que en nuestra tierra leéis, conocéis el estilo general de Sarmiento, ese ímpetu un tanto desordenado, aquel atropellarse de las ideas, que se quitan el sitio unas á otras para llegar primero, aquellas indicaciones bien vagas á veces, que nos obligaban, á Del Valle y á mí, á ir metiendo en las frases los verbos ausentes. Todos recordáis el látigo iracundo de la polémica, el apóstrofe que aplastaba á un hombre ó á una camarilla para toda la siega, como también el movimiento majestuoso de su verbo, cuando, en vuelo soberano, postrándose ante la bandera, su espíritu invocaba la bendición divina sobre su pueblo. Pues bien, leed la página sobre la poesía, que le inspira su encuentro con Mármol y la lectura que el poeta proscrito le hace de sus cantos del *Peregrino* y veréis la inagotable fecundidad de esa paleta, de la que el artista arranca, al pasar y sin esfuerzo, todos los tonos, todos los colores para reflejar el mar y los cielos, la tierra y el alma.

Allí se topa también con el *pardejón* Rivera, el teniente de Artigas, el teniente de los portugueses, el teniente de Lavalleja, el teniente de todas las causas, buenas y malas, por las que se derramaba sangre en las orillas del Uruguay. ¡Qué delicioso tipo de imbécil, guarango, soez y bruto, de gaucho pretencioso! Nada comparable á

aquella comida en la que, delante del ministro francés y otras personas cultas, Rivera cuenta, muy suelto de cuerpo, que don Pedro I del Brasil le quiso casar con su hija doña María da Gloria, pero que él se había resistido. Sarmiento le toma el pelo en el acto y deplora que haya desdeñado de ese modo la corona de Portugal. ¡D. Frutos I, rey de los Algarbes!... Allí en mi juventud, con Ricardo Gutiérrez, que acaba de terminar su misión de luz y caridad sobre la tierra, estuvimos á punto de persuadir á uno de nuestros compatriotas, otra cuerda que Rivera, pero también tipo genuino del país, que la impresión que había producido, en un teatro, á una reina, entonces joven, le abría el acceso á un trono de Europa, pequeño, pero confortable...

II

Al fin pisa Sarmiento tierra de Europa, remonta el Sena y por Rouen, gana París.

La carta que de allí escribe es dirigida á don Antonino Aberastain, aquel mártir del Pocito, una de las últimas víctimas de la barbarie argentina. Siendo yo niño aún, recuerdo haber visto á mi padre, con las lágrimas en los ojos y presa de una indignación profunda, dictar uno de sus artículos más elocuentes, con aquella manera á martillazos, furibundo á veces, que hacía perder la cabeza á sus escribientes, salvo á Florencio Madero, su amanuense habitual, á quien quería como á un hijo y que aguantaba el chubasco socarronamente, con la cabeza agachada, para hacer disipar la tormenta un momento después, con una de sus salidas peculiares. — « ¡Pobre *Buey!* repetía mi padre á la noticia de la catástrofe: ¡el hombre más puro y más sano que he conocido! » Ese apodo había sido dado á Aberastain en el colegio (se había educado en Buenos-Aires) por su corpulencia obesa, pesada y la indiferencia tranquila con que

miraba todo. Algunos años más tarde, entraba yo al Colegio Nacional y tenía por condiscípulo en mi clase al hijo del mártir; era idéntico al retrato que de su padre había oído al mío, y pronto el apodo paterno le distinguió entre nosotros. Pedro Goyena, que empezaba, á los veinte años, á dictarnos una clase de filosofía, descubrió en el *Buey* una inteligencia de una claridad extraordinaria, pero de una lentitud curiosa para ponerse en movimiento. El joven Aberastain fué una de las primeras víctimas del cólera entre nosotros. Cuando tuve el honor de ser compañero de Sarmiento en el Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires, le hablé un día de mi joven condiscípulo, tan prematuramente arrebatado á la vida; su fisonomía se cubrió de una tristeza profunda y sin duda pensando en el amigo de los días amargos, pensaba también en su hijo único y querido, que había dado su vida á la patria, privándole á él del bastón de su vejez...

La primera impresión de París que Sarmiento comunica á Aberastain, es característica; como el joven que llega á Edimburgo ó á Verona, cree ver por todas partes á María Estuardo ó á Romeo y Julieta, la generación de Sarmiento sólo veía á París á través de los *Misterios* de Eugenio Sue. La influencia del romanticismo francés había penetrado y conquistado los espíritus americanos, con más fuerza, ayudada por la imaginación, que treinta años antes los enciclopedistas. Á mis ojos, esa influencia no pudo ser más perjudicial para el porvenir de las letras argentinas. La lucha constante y la excitación intelectual que traía, habían producido un núcleo de escritores que, librados tal vez á su propia inspiración, habrían reflejado en sus libros el ambiente, el color, el sabor de nuestra tierra y habrían dejado una base incommovible á nuestra literatura nacional. Pero Byron, Hugo, Lamartine, en la poesía; Dumás, Hugo, Sue, Féval, en el teatro y la novela, se apoderaron de tal manera de la inteligencia argentina, que, desdeñando, ó pasando al lado sin verla, la fuente viva y fecunda del suelo y la sociedad natal, los jóvenes que manejaban una pluma se limitaban á copiar los poe-

mas y reflejar el ideal de los románticos en voga, como los poetas de la revolución habían imitado, en sus odas de pesado vuelo, el modelo de los poetas españoles de la decadencia. Echeverría (salvo en algunos y no muchos momentos de la *Cautiva*), Mármol, Gutiérrez, Domínguez (los de Rivera Indarte no eran versos, ni cosa que se les pareciera) seguían el movimiento de la lira francesa. Mitre traducía el *Ruy Blas* de Hugo, que cincuenta años más tarde publicaba con su valor habitual; V. F. López, lleno de Walter Scott, escribía la *Novia del Hereje*, en vez de dar forma á los cuadros de la Revolución, que concebía ya bajo el molde de la novela; mi padre, á quien la naturaleza había dotado de un gusto artístico exquisito y de un estilo de una galanura inimitable, doblemente impregnado por el romanticismo francés y el *wertherismo* italiano, á lo Ugo Fóscolo, fúnebre y sentimental, escribía su *bluette* de *Esther*, ó imitaba, en la *Noche de boda*, las más románticas concepciones de la época. Sólo dos hombres escaparon á esa influencia y, conservando su personalidad propia, buscaron en el suelo patrio la fuente de su inspiración: Sarmiento, por ímpetu interno y porque vivía, respiraba y soñaba dentro de un ideal exclusivamente americano, y Ascasubi, porque ignoraba la existencia del movimiento intelectual europeo; sintiendo como un gaucho y sabiendo hablar como él, nos dejó en sus cantos, en forma imperecedera, la nota moral de las masas argentinas de entonces...

¿Pero qué queréis? En Chile, en Montevideo, en Buenos-Aires mismo, allá en los últimos rincones donde se leía aún, el Churriador, la Lechuza, Rodolfo y Flor de María eran tan populares como un momento lo fueron en Francia los héroes de Madame Cottin ó en Inglaterra Lovelace y Clarisse Harlowe. Por eso Sarmiento, frescamente desembarcado en París, da noticia de Tortillard, Brazo-Rojo y la Rigoleta, sintiendo que, por los barrios donde Rodolfo daba aquellos puñetazos fenomenales, se haya «abierto por medio de la *Cité*, una magnífica calle que atraviesa desde el Palacio de Justicia hasta la plaza de Nuestra Señora, iluminada de gas y bordada

de estas tiendas de París, envueltas en cristales como gasas transparentes, graciosas y coquetas como una novia».

Luego se echa á vagar, á *flâner*, como él dice, deteniéndose extasiado ante esta palabra que ninguna otra lengua posee y que tan bien expresa ese dulce abandono del cuerpo y del espíritu, flotando entre los mil atractivos que lo solicitan al pasar. «Ando lelo; páreceme que no camino, que no voy, sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los boulevares». Siento consignar éste detalle, ¡ó jóvenes *snobs* de todas nacionalidades, inclusa y especialmente la nuestra, que llegáis á París como si hubiérais visto la luz en la ciudad ideal de todas las perfecciones y encontráis todo común, vulgar, chato y despreciable! Siento daros ese mal rato: Sarmiento se quedaba «con un palmo de boca, contemplando la Maison Dorée, el Café Cardinal ó los Baños Chinescos». ¿Pero es un mal rato, en verdad, para los *snobs*, esa reminiscencia? Para ellos, Sarmiento no figura, acaso, entre esas cosas vulgares, chatas é indignas de atención? Por mi parte, tengo mi juicio hecho bien pronto, á favor de esa piedra de toque invariable: joven argentino que, llegado á París, le juega indiferencia, no se admira de nada y hasta mete *pullitas* compadres al compañero que, como Sarmiento, se queda lelo: imbécil. Puede más tarde acabar su carrera, ocupar puestos públicos, defender pleitos, hacer discursos ú otros excesos: nada, imbécil, acabado imbécil!

Sarmiento, vagando en las calles, se pierde á cada momento y es de ver la admiración profunda que le causa la hospitalaria cultura del pueblo francés, la solícita atención con que el primer viajante le pone en el buen camino, le acompaña si es necesario, corre atrás él si de nuevo toma una calle que no va— y todo dentro de esas fórmulas exquisitas de: *Ayez la complaisance... Soyez assez bon...* que son la menuda moneda de la urbanidad de esta gente. Hoy mismo pasa el mismo fenómeno, y en todo tiempo los viajeros que han recorrido la Francia han consignado igual impresión. Pero á la verdad, fuera de que en Alemania ó en Inglaterra cualquier pa-

sante os pone en el buen camino (sólo entre nosotros se suele encontrar al *chusco* que endereza al extranjero camino del Once, cuando quiere ir al Retiro) ¿esa hospitalidad, en Francia, se encuentra también de puertas adentro? Sarmiento mismo, si la hubiera buscado ¿habría encontrado en París una acogida del género de la que recibió en Gotinga, en aquel sereno centro intelectual, perdido en el fondo de la Alemania y al que no parecían llegar las brisas del mundo? Cuando un inglés os recibe en su casa, véis en su cara, sentís en la atmósfera de su hogar, que aquel *accueil* es sincero, completo y sin límites. Un francés os recibe sonriendo, os presenta sonriendo á su familia, que sonrío toda, os da muy bien de comer, en un comedor abrigado, os brinda buenos vinos y malos cigarros y os despide sonriendo siempre, hasta la vista. Para volver, necesitáis una nueva invitación, que reanude, por así decir, la relación. Algunos prefieren el sistema inglés, los que creen que la humanidad puede ser sincera en algunos momentos y aman verla bajo ese aspecto; otros, que creen saber á qué atenerse, piensan que todo lo que debe y puede exigirse á los hombres es la cultura externa, y se dan por satisfechos con la sonrisa francesa, que no exige en cambio sino otro pliegue de labios y que pone á todo el mundo cómodo. Entre nosotros, el problema se ha resuelto por lo hondo: no se abre la puerta, no se recibe á nadie: la señora no está!

III

Haciendo Sarmiento la enumeración de todos los atractivos que ofrece París para el pensador, el literato, el petimetre, el gastrónomo, el artista, etc., habla de un tal Leverrier, que «anda persiguiendo en los espacios celestes y llamando á todos los astrónomos que se aposten en tales ó cuales lugares que él señala, para cojerlo al paso á un planeta que él dice que hay en el cielo, porque debe ha-

berlo, por requerirlo así una demostración de las matemáticas ». Neptuno estaba, en efecto, en el punto del cielo fijado por la genial penetración de Leverrier y encuentro admirable esa robusta fe en la ciencia y la razón, por parte de un joven americano, como Sarmiento, sobre el que no hace mella la burlona incredulidad del París de entonces.

Otra de las miradas penetrantes de Sarmiento, en ese momento, atraviesa el caos de la situación social y política de la Europa. « En medio de la gendarmería de las ideas dominantes, — escribe — oficiales, moderadas, ve usted moverse figuras nuevas, desconocidas, pensamientos que tienen el aspecto de bandidos, escapados al *bagne*, al presidio en que los han confundido con los criminales de hecho, ellos que no son más que revolucionarios ». Más tarde, en Italia, su visión se completará y poco le faltará para predecir el trastorno profundo que, un año después, iba á sacudir la Europa entera y abrir las puertas, por decir así, á las verdaderas corrientes modernas. La revolución de 1848 estalló en París y repercutió en Berlín, Viena, la Europa entera, cuando Sarmiento estaba ya de regreso en Chile. Esa noticia debe haberle producido el mayor júbilo de su vida, porque había regresado de Europa con la convicción de que mientras imperaran como ideas dirigentes los residuos de la Santa-Alianza ó el impuro y estrecho burguesismo de Luis Felipe, no habría esperanza de regeneración para el mundo americano.

Al pasar, Sarmiento da cuenta de que también ha desaparecido, como las tabernas de la Cité, otra fisonomía del pensamiento francés, el eclecticismo que « ha muerto de muerte natural, como todas las cosas caducas que no están fundadas en la verdad ». Para Sarmiento, que veía las cosas de arriba y que no iba á buscar en los programas universitarios cuál era la corriente de ideas imperante, el eclecticismo, la pomada de M. Cousin, había realmente muerto. Sin embargo, en esos meses, Jacques y Simon trabajaban en el mármol que debía ser, hasta poco antes del 70, el libro clásico de la enseñanza filosófica. Si en vez de perder su tiempo en visitas inú-

tiles y empresas inspiradas por el más puro patriotismo, algún amigo hubiera llevado á Sarmiento á la bohardilla donde trabajaba Augusto Comte ¡qué admirable retrato tendríamos del ilustre pensador y con qué claridad Sarmiento habría valorado la influencia de su doctrina sobre el desenvolvimiento de la ciencia! ¡Cómo habría reído también, dentro de su barba, él, profundamente liberal, pero profundamente práctico también, si Comte le hubiera comunicado su visión de una sociedad organizada sobre los principios de su política! Después de la tiranía bestial de un Rosas, nada ha de testado más Sarmiento en su vida que el *jacobinismo* en todas sus formas...

Pero hélo ya hecho un parisiense; un amigo, que no debía de ser lerdo, le da de entrada una lección de vida práctica, de gran valor para él. «No bien hubimos llegado, dice, llevóme á los *Frères Provençaux*, donde cenamos ambos por 60 francos; al día siguiente, por 30, almorzamos en el café de París; en un restaurant comimos por 10, en un pasaje, al día siguiente, fuimos á almorzar por 3 y á comer por 32 sueldos al *Passage Choiseul*; últimamente á una abominable pocilga, detrás de la Magdalena, decorada con el nombre de *Hotel Inglés*, donde se sirve carne cruda de procedencia más que sospechosa, porotos duros y cerveza infame, todo por un franco, para regalo de los que quieren salvar el honor de la bolsa, afectando anglomanía. Había, pues, en tres días, recorrido los siete escalones de la vida parisiense y conocido el camino que va de la opulencia á la escasez, haciéndome mi mentor este curso para precaverme de todo accidente. *Là-dessus*, podía permanecer tranquilo; en una crisis financiera, conocía ya el camino del *soi-disant Hotel Inglés*».

He quedado pensativo después de este párrafo. ¡Cómo sería aquel Hotel Inglés, para haber hecho esa impresión sobre un estómago como el de Sarmiento! Para darse una idea de la indiferencia absoluta con que acometió — y eso hasta en su vejez — cualquier plato que se le ponía por delante, y de la conciencia de su valor en esas

refriegas, no puedo resistir á la tentación de transcribir este delicioso cuadro. Sarmiento viaja en Africa y es agasajado por un jefe árabe bajo la tienda. En una postura incómoda, que él trampea un poco, á pesar de su origen árabe, levantando una rodilla á la altura de la cara, espera á pie firme la *diffa*, el banquete obligado. Pero oigámosle :

« La *diffa* se anunció al fin ; precedíala un plato de madera lleno de tortas fritas, colocadas simétricamente para dar lugar y apoyo á una docena de huevos durísimos que formaban una pirámide hacia el centro. Un árabe se lavó sólo la punta de los dedos en una sucia y abollada vasija de cobre, en la cual se nos sirvió en seguida agua para beber, más tarde leche de oveja, y luego agua de nuevo. A cada ronda que la malhadada vasija hacía, seguíanla mis ojos de mano en mano para llevar cuenta de los puntos del borde donde los árabes ponían sus labios. ¡ Esfuerzo inútil ! Al fin descubrí una abolladura inaccesible que me reservé desde entonces para mi uso personal. El árabe que se había lavado dos dedos lo suficiente para alcanzarse á discernir de lejos la costa firme que descubría la parte *virgen* de la mano, me descascaró dos huevos que engullí casi enteros, á fin de que pasase cuanto antes aquel cáliz de mi boca.

« Tenga Vd. paciencia, mi querido amigo, ya ve que cumplo con la promesa que á petición suya le hice de describirle las costumbres árabes. Las tortillas fritas vinieron en seguida, y aunque crasas y espirituosas en fuerza de lo rancio de la mantequilla, yo sostuve como un héroe mi posición, sin pestañear, sin titubear un momento, sin echar mano siquiera de uno de tantos subterfugios y engaños de que en iguales casos se habría servido un gastrónomo vulgar. Más hice todavía. Habiéndome revelado algunos que aquel lago fangoso que se divisaba en el fondo del plato y que yo había respetado, tomándolo por sebuno depósito de la fritanga, era miel de abejas, descendí hasta él con los pedazos de las tortillas, alzando una buena porción en cada revuelco. Hasta aquí todo marchaba en el mejor orden ; pero aún faltaba lo más peliagudo de la empresa,

y nada se había hecho, si no lograba hacer pasar el *cuscussú*, verdadero *quis vel quid*, para estómagos europeos, de la regalada gastronomía del desierto. Es el *cuscussú* una arenilla confeccionada á mano, hecha con harina frita sin sal y anegada después en leche. Confieso que cuando se presentó el enorme plato que lo contenía, el cuerpo me temblaba de piés á cabeza, no obstante que nunca he tenido miedo á manjar ninguno ; un sudor helado corría por mis sienes, y el estómago, no que el corazón, me latía cual gime el niño á quien el pedagogo manda al rincón. Lo peor del caso era que yo debía principiar, como el héroe de la fiesta, sin lo cual nadie era osado de hundir su cuchara de palo en la movable arena farinácea. Repentinamente, como el que al bañarse en el mar se precipita de cabeza después de haber vacilado largo tiempo, presintiendo la impresión del frio, yo enterré mi cuchara hasta el mango, y sacándola llena de *cuscussú* y leche la sepulté en la boca. Lo que pasó dentro de mí en ese momento resiste á toda descripción. Cuando abrí los ojos, me pareció hallarme en un mundo nuevo ; todos mis tendones contraídos por el sublime esfuerzo de voluntad que acababa de hacer, se fueron estirando poco á poco, y dispersándose con la alegría de soldados que abandonan la formación después de disipada la alarma, hija de alguna noticia falsa. De todo ello he concluido que, ó el *cuscussú* no es abominablemente ingrato ; ó que Dios es grande y sus obras maravillosas ; ó en fin, que no se ha inventado todavía el potaje que me ha de hacer volver la cara. »

IV

Un momento, Sarmiento se había halagado con la idea de que la fuerza de la oposición contra el ministerio Guizot, encabezada por M. Thiers y uno de cuyos tópicos más formidable de ataque era la cuestión del Río de la Plata, empujaría al Gobierno francés á

tomar una actitud enérgica no sólo en nombre de la civilización y la humanidad, sino también de la dignidad de la Francia. Para dar una idea de la indiferencia pública respecto á los asuntos argentinos, indiferencia que reflejaba con mayor vigor aún en las esferas del Gobierno, Sarmiento recuerda el folletín, que era el corte periodístico literario á la moda, que acababa de escribir León Gozlan, anunciando el establecimiento de una casa donde todos los agitados de la política, de las artes, de las letras y de la finanza, encontrarían, tarifadas, las horas de sueño necesarias para reparar sus insomnios caseros. Por el momento, la receta era hacer leer, en voz alta y entre bostezos, por un empleado de la casa « noticias del Río... de... ¡aah!... la... Plata! el Ge... ne... ral ¡aah! Madari... aga ha derro...ta...do ...!» El remedio era infalible y todo el mundo dormía á los cinco minutos. «Ese es el lugar que en la opinión pública ocupan nuestros asuntos del Río de la Plata » agrega Sarmiento.

Ya don Florencio Varela, á pesar de la acogida personalmente simpática que recibió de altas notabilidades francesas, había hecho la misma triste experiencia, y antes que él, Rivadavia y don Valentín Gómez, como después de todos ellos cuantos han tenido por su desgracia que ocuparse de las relaciones de nuestro país con esta Francia fantástica, que ardía de entusiasmo por los griegos sometidos á la dominación, en el fondo mansa, de los turcos, y consideraba á Rosas como un gobierno conservador, estable y progresista. Lamartine, recuerda Sarmiento, preguntaba á Varela qué idioma hablábamos y un periodista pedía al mismo Sarmiento pormenores sobre nuestras luchas con los mahometanos. Medio siglo más tarde, un ministro de negocios extranjeros de una monarquía europea, me preguntaba á mí, si era cierto que la República Argentina pensaba, con el Salvador, Guatemala, Honduras, etc., formar un solo Estado... Hay que habituarse á estas cosas, trabajar en silencio y orden, hasta que nuestro país se levante tan alto sobre la línea del horizonte, que la distancia, como á los cuerpos celestes, no impida verlo y admirarlo. Si no me es permitido llevar, como Sarmiento,

pedras ciclópeas para la fundación, llevemos cada uno nuestro grano de arena; nuestros hijos harán el resto, como nosotros hemos tratado de completar honradamente la obra de nuestros padres...

Sarmiento no se desanima, como no se desanimó jamás, por ese estado de la opinión y emprende su patriótica cruzada. Su primer choque es con M. Dessage, jefe del departamento político del ministerio del Interior y brazo derecho de M. Guizot. Sarmiento le explica: « Entre nosotros hay dos partidos, los hombres civilizados y las masas semibárbaras. — El partido *moderado*, me corrige M. Dessage, ésto es, el partido moderado que apoya á Luis Felipe, el mismo que apoya á Rosas. — No, señor, son campesinos que llamamos gauchos. — ¡Ah! los propietarios, la *petite propriété*, la burguesía... — Los hombres que aman las instituciones, continúo... — La oposición, me rectifica el ojo y el oído de M. Guizot, la oposición francesa y la oposición á Rosas de esos que pretenden instituciones! Me esfuerzo en hacerle entender algo, pero imposible! Es griego para él todo lo que le hablo. En resumen, para ellos: Rosas igual Luis Felipe. La mazorca = el partido moderado. — Los gauchos = la *petite propriété*. — Los unitarios = la oposición. — Paz, Varela, etc. = Thiers, Rollín, Odilon — Barrot ».

La conversación con M. Guizot es premeditadamente banal por parte de éste, que afecta creer que Sarmiento, viniendo de Chile, donde ha pasado seis años, no está interiorizado de los asuntos del Río de la Plata.

La entrevista con el vicealmirante Mackau, ministro de marina, es uno de los buenos trozos de la narración. Mackau es un imbécil acabado, de espeso cerebro al que no penetran las ideas ni á martillo. Cuando no entiende, sonrío afablemente, lo que hace que pase la vida sonriendo. Sarmiento, más cómodo que con M. Guizot, le espeta un discurso en tres partes, soberbio, admirable, el mejor que haya pronunciado jamás, según él, y de pronto se aper-

cibe que el ruido de sus palabras llega al oído del almirante como un « vago auvergnat » que no ha escuchado ni comprendido. El rencor de Sarmiento es formidable, y cuando más tarde ve á Mackau ocupar su asiento en la Cámara, en el banco de los ministros ¡ le llamaba molusco !

Sarmiento va á buscar la opinión de los americanos mismos, residentes en París y en todas partes encuentra « igual incapacidad de juzgar ». « San Martín es el ariete desmontado ya, que sirvió á la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo noble se exalta y ofusca. Sarratea, el compañero de orgía de Jorge IV, antes de ser rey de Inglaterra, viejo escéptico, Voltaire que no ha escrito, hoy todavía en París mismo modelo de finura, de gracia noble y de sencillez artística en el vestir, tiene, con más talento y menos despilfarro, la gastada conciencia de Olañeta. Rosales, el hombre más amable, el cortesano de la monarquía, todo bondad para nosotros, ha sido educado en este punto por Sarratea, su Mephistópheles, el cual lo lanza á las confidencias con Luis Felipe, á quien pone miedo con la indignación de la América ».

En fin, ve á M. Thiers. Este le escucha con atención, le pregunta por Varela, se muestra satisfecho de sus datos, del nuevo aspecto de la cuestión que le presenta, mucha agua bendita, mucho jarabe de pico, pero en el fondo, el egoísmo feroz del orador y del político, que no ve sinó temas de discursos y argumentos de oposición, en la agonía de un pueblo entero que perece bajo la bota de un bárbaro. Á la despedida, como un obsequio singular, Thiers comunica á Sarmiento, bajo la mayor reserva, que en la próxima sesión de la Cámara, á la que le invita á asistir, va á hablar *tres horas*. Me represento al petulante marsellés regocijándose ya del efecto que va á producir sobre el espíritu de ese joven americano, á quien ha descubierto ilustración y talento y que se va á convertir, de regreso á su lejana patria, en trompeta de su fama.

Y Sarmiento va á la Cámara, contempla el curioso espectáculo, sobre todo para un sudamericano de entonces, de esas sesiones tumultuosas, vacías y teatrales. Desde entonces me parece que el régimen parlamentario está condenado á sus ojos. Treinta años más tarde, redactaba yo *El Nacional* de Buenos-Aires y no era, por cierto, tierno para la administración de Avellaneda. Sarmiento, como era natural, era siempre el primero en la casa y los artículos que se le ocurría escribir, venían directamente al Gerente, que los entregaba á la composición, sin darme aviso, de acuerdo conmigo, sino en las cosas en que era necesario mechar de verbos el artículo ó apuntalar una que otra frase que había quedado en el aire. No recuerdo á propósito de qué incidente en el que el Ministerio había hecho un triste papel en el Congreso, y tomando como base los estudios sobre la Inglaterra en el siglo XVIII, de M. de Rémusat, escribí un artículo convencido, entusiasta y, á mi juicio, irrefutable, sobre las ventajas del régimen parlamentario y la necesidad de reformar nuestra constitución en ese sentido. Al día siguiente, al mismo tiempo que recibía cuatro líneas cariñosas y aprobatorias del doctor Vicente F. López, llegó á mis manos... mi propio diario, *El Nacional*. En el sitio de honor, que era el que se reservaba siempre á todo lo que Sarmiento escribía, porque el estilo bastaba para fijarlo, se registraba la filípica más furibunda que redactor del *Nacional* hubiera recibido hasta entonces. Iluso, ignorante, atrevido, propagador de malas ideas ¡qué no me decía Sarmiento! Tuve un momento de indignación ante esa falta de atención, de consideración para con un hombre que desde que había empezado á pensar por sí mismo, había sido un partidario decidido y ardiente de Sarmiento. Tomé el diario y me fuí derechamente á su casa, dispuesto á decirle todo lo que tenía adentro y poner las cosas en su lugar. Me recibió con su cordialidad un tanto uniforme para todo el mundo, y antes de darme tiempo de tomar una actitud trágica y comenzar mi dolencia, tomó la palabra, como siempre, y debutó por esta frase: «¿Ha visto V. un artículo preconizando el sistema par-

lamentario en el *Nacional* de ayer?— Ni una palabra del autor; y en el fondo, no sé si sabía que era ó no mío, ni le importaba un bledo. De ahí partió para una carga á fondo contra su *cauchemar*, tan completa, tan enérgica y tan decisiva, que mis convicciones tambalearon y ante aquella elocuencia, aquel saber y aquella experiencia, en vez de formular las recriminaciones proyectadas, incliné la cabeza, hice la venia y salí.

Después he visto el régimen parlamentario en acción, como todos los que han inventado los hombres para gobernar las sociedades; lo que he visto en Francia y especialmente en España, país cuyas condiciones políticas y electorales se acercan más á las nuestras, no ha sido por cierto de naturaleza á confirmar las opiniones de Sarmiento. Ningún sistema es bueno cuando no encarna la tradición de un pueblo, sus costumbres y sus ideas. Por eso el gobierno parlamentario es una maravilla en Inglaterra y un absurdo en España. Por eso pienso que, hoy por hoy, el mejor régimen político para la Rusia, es la autocracia. Nadie me podrá quitar de la cabeza que es una inspiración de insano dar derechos electorales á los negros de Dakar ó á ciertos blancos del otro lado del agua...

En el recinto, Sarmiento ve á « M. Mauguin, centro izquierdo, á Berryer, centro derecho, en la izquierda á Barrot, Arago, Cormenin, Ledru-Rollin. Lamartine, el *vizconde*, que tenía su asiento en la extrema derecha, va caminando hacia la izquierda, como Beaumont y Duvergier de Hauranne; Emilio de Girardin está en el *beau milieu* del centro, es ministerial ». La descripción del discurso de Thiers, á pesar de la admiración que la facundia y la habilidad le causan, revela en Sarmiento la triste impresión que le produce la inanidad de esas paradas oratorias. El aplomo doctrinario, el soberbio desdén de M. Guizot, la autoridad pedante de sus maneras de *magister*, la falta de honestidad que en el fondo hace ver la defensa de hechos turbios, de verdaderos atentados á la moral pública, la obediencia servil de aquella masa de elegidos del sufragio restringido, pero

cuidadosamente escogido, todo hace comprender á Sarmiento que aquel régimen está condenado y sus días contados. Esa monarquía de Julio, que muchos conservadores en Francia consideran hoy mismo como la época edénica de la libertad política, fué uno de los sistemas más corrompidos y corruptores de la historia francesa. Entre otros detalles, Sarmiento recuerda aquella donación á Luis Felipe del corte de los bosques, que á razón de un corte por siglo debía producir cuatro millones de francos anuales y al que, por una talla devastadora, el rey ciudadano hizo producir setenta y cinco millones el primer año!...

V

La narración de la visita de Sarmiento á San Martín, es floja, ó mejor dicho, la entrevista misma no responde á nuestra expectativa. Se adivina que ha debido ser incómoda, poco cordial, á pesar de la deuda de gratitud que el ilustre guerrero tenía para con el escritor que había reivindicado en el corazón de Chile el puesto de honor que correspondía á San Martín. Podemos hoy hablar, con la reverencia que debemos á nuestros mayores, sobre todo á hombres como el vencedor de Maipo, con la verdad que la justicia de la historia impone. Debía ser necesario todo el respeto y toda la gratitud inteligente de los hombres como Varela, Sarmiento y otros argentinos ilustres que visitaban á San Martín en su retiro, para rendirle ese homenaje. El envío de la espada de los Andes, símbolo vivo de la más pura de nuestras glorias, al tirano brutal que condenaba ante los ojos del mundo el esfuerzo por la independencia, debió herir mortalmente el alma de los patriotas que hacía quince años, en el destierro, en la prisión, en el martirio, sostenían la causa de la libertad. Es esa una triste página en la historia del gran emancipador, tan triste como el abandono frío que hizo de su patria agonizante, para ir á buscar en los campos de batalla, con

un ejército que consideraba suyo á la manera de un *condottiere* italiano, la gloria militar que ambicionaba. No, no es posible sostener que la adhesión de San Martín á Rosas venía de su americanismo exaltado y de su temor ó su odio al extranjero. El extranjero, para él, había sido el español, el *godo*, y precisamente la única legión de extranjeros que combatía por Rosas era el cuerpo de 600 españoles que, á las órdenes de Oribe, estrechaba el sitio de Montevideo. Lo que había en el fondo era un odio, sí, pero contra los hombres del congreso de 1826, contra los *unitarios*, que al pasar San Martín delante de Buenos-Aires, no pudieron olvidar que á su desobediencia y al indiferentismo con que miró las angustias de su patria, bajo pretexto de no manchar sus laureles en las luchas civiles, debimos los horrores del año XX. Los unitarios pudieron equivocarse y la historia empieza ya á juzgar severamente los errores de los más preclaros de entre ellos; pero la pureza de intención de los que elevaron á Rivadavia á la presidencia, será siempre un título de respeto para todas las generaciones de argentinos.

Nada encuentro más digno de veneración que la figura y la acción de los hombres civiles de la lucha por la independencia, nada más noble y grande que el valor, la perseverancia inteligente, la serena tenacidad de Pueyrredón. ¿La vida de campaña, la batalla, la victoria, la entrada triunfal en las ciudades conquistadas, no es acaso un sueño vivido para un militar? ¡Para ellos, á quienes el mundo dió todo lo que el hombre puede aspirar sobre la tierra, las estatuas, las tumbas regias, los honores póstumos! ¡Para el patriota abnegado que luchó, con el santo amor de la patria en el alma, en medio de la acechanza, del odio, de la división y de la discordia, sacando de la miseria recursos para armar ejércitos, con la Europa entera coaligada contra su país, con Artigas en las selvas, los portugueses en Montevideo y Morillo en el horizonte, para él, para Pueyrredón, el olvido y la ingratitud nacional! ¡No sé donde está su tumba!

Fuera de las páginas consagradas á su acción colosal en los trabajos históricos de López y Mitre, no hay un libro en nuestra literatura sobre el Directorio de Pueyrredón. Y sin embargo, ¿qué vida más preciosa y qué tema más simpático puede encontrar la pluma de un escritor argentino? Las estatuas han empezado á levantarse sobre nuestro suelo, símbolos vivos de la gratitud nacional. No sé que exista ni un busto de Pueyrredón. Nuestros partidos de campaña, nuestros departamentos lejanos, van recibiendo el nombre de los hombres secundarios de la revolución ó las luchas civiles. Á Pueyrredón también se le asignó el suyo, pero como si fuera por un propósito premeditado ó de olvido, nadie llama al partido Pueyrredón, sino Mar del Plata. Por fin, en la misma ciudad de Buenos Aires, donde existe una plaza *Lorea*, pero no un habitante que pueda decir quién fué ese ciudadano así glorificado, donde dos de las calles principales se llaman de *Buen Orden* y la *Piedad*, existe sólo una callejuela, creo que es la más corta de todas, para conmemorar la memoria del gran Director Supremo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata.

Hago un llamado á la juventud argentina y le entrego esa obra de reparación. Si ella estudia esa vida, su entusiasmo por aquella nobleza de alma, esa altura y esa distinción intelectual, ese valor moral incomparable, lo llevará á realizar lo que nosotros debimos hacer y no hemos hecho, y pronto la soberbia figura de Pueyrredón se levantará en una de nuestras plazas, para orgullo de nuestros ojos.

VI

«Al despedirme de mi buen amigo el señor Montt, refiere Sarmiento, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza: la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del Gobierno de Chile y el *Facundo*; tengo fe en este libro.

Llego, pues, á París y pruebo la segunda llave. ¡Nada! Ni para atrás, ni para adelante; no hace á ningún ojo. La desgracia había querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho de Valparaíso. Tenía yo uno, pero ¿cómo deshacerme de él? Cómo darlo á todos los diarios; á todas las revistas á un tiempo? Yo quería decir á cada escritor que encontraba: *anch'io!* Pero mi libro estaba en mal español y el español es una lengua desconocida en París, donde creen los sabios que sólo se hablaba en tiempo de Lope de Vega ó Calderón; después ha degenerado en dialecto inmanejable para las ideas; tengo, pues, que gastar cien francos para que algún orientalista me traduzca alguna parte. »

Aquí empieza para Sarmiento la azarosa tribulación del autor novel que con su manuscrito debajo del brazo se presenta á los dispensadores de la gloria. Por consejo de un amigo, ve á M. Buloz, el *tuerto* director de la *Revista de Ambos Mundos* y de la Ópera Cómica, el hombre sobre quien se ejercitaba con más furia la acerba crítica de los escritores franceses, pero cuya perseverancia creó la revista tipo, que durante tan largos años ha mantenido su incontrastable autoridad sobre el mundo civilizado, hasta que, muerto el cíclope, y refractaria á la penetración de las nuevas corrientes que debían refrescar y vivificar su sangre, vió crecer á su lado émulas que en otro tiempo habría despreciado y que le toman una buena parte de su sitio al sol.

Nuestro pobre americano, consciente del valor de su trabajo, vuelve todas las semanas á conocer el destino que le espera. ¡Nada! No se ha leído aún: hasta el otro jueves. Sarmiento persiste, porque quiere conocer á los hombres de letras y desea ser introducido por su *Facundo*, para que le traten de igual á igual. Por fin, un día, día radiante para él, «las puertas de la redacción se me abren de par en par. ¡Qué transformación! M. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce y respetuosamente, el otro que no mira, pero que pestañea y agasaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, me introduce, me presenta á cuatro redactores que esperan

para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del manuscrito . . . (una reverencia) . . . el americano . . . (una reverencia), el estadista, el historiador . . . me saludan, me hacen reverencias. Se habla del libro. Hay un redactor encargado del *Compte-rendu* de los libros españoles, que quiere ver la obra entera para estudiar el asunto. M. Buloz me suplica que me encargue de la redacción de los artículos sobre la América. La *Revista* ha faltado á su título de *Ambos Mundos*, por falta de hombres competentes; podemos arreglarnos. Desgraciadamente, el artículo sobre mi libro no puede aparecer sino en dos meses. Están tomadas las columnas para muchos más; pero se hará un alteración».

Contento con esa recepción y esa esperanza (el artículo de la *Revista* apareció (1) cuando Sarmiento estaba en Barcelona, donde tanto por cartas de introducción como por el éxito de su trabajo,

(1) He tenido la curiosidad de leer el artículo que la *Revista de Ambos Mundos* dedicó al *Facundo*. Está en el número del 15 de noviembre de 1846, bajo el título *De l'Américanisme et des républiques du Sud — La société argentine. Quiroga et Rosas*. Luego el título completo del libro de Sarmiento y el de un folleto, *Cuestiones americanas*, del mismo. Es un buen trabajo de M. Charles de Mazade, un análisis completo de *Civilización y Barbarie*. Se ve que el crítico ha aprendido el asunto en el libro que analiza y que ha leído con conciencia — Las *Cuestiones americanas* le han ayudado mucho para darse cuenta del estado de los países del Plata, que á la verdad no debía ser muy fácil de entender para un francés de 1846. Hablando de Montevideo, dice M. de Mazade: «se ha comparado Montevideo á Coblenz; Coblenz si se quiere, pero es allí que se refugió la inteligencia argentina». Sobre el libro, escribe: «obra nueva y llena de atractivo, instructiva como la historia, interesante como una novela, brillante de imágenes y de color».

«El libro del Sr. Sarmiento, agrega, es una de las obras excepcionales de la nueva América, en el que brilla alguna originalidad; es un estudio hecho sobre lo vivo, enérgico, profundo, de todos los fenómenos de la sociedad americana y particularmente de la sociedad argentina. El esplendor del estilo está á la altura del vigor del pensamiento».

«El *americanismo*, dice más adelante, representa la holgazanería, la indisciplina, la pereza, la puerilidad salvaje, todas las inclinaciones estacionarias, todas las pasiones hostiles á la civilización, la ignorancia, la degeneración física de las razas, así como su corrupción moral... Obligando á las potencias europeas á emplear las armas contra él, el *americanismo* ha puesto en claro un hecho que resume las relaciones de ambos mundos: es que la Europa se verá fatalmente empujada á hacer la conquista material de la América, si no hace pacíficamente su conquista moral.»

El segundo término del vaticinio se va cumpliendo, pero ¡cuán lentamente!

M. de Lesseps, el futuro hombre de Suez, cónsul de Francia entonces, le recibió muy cordialmente), animado ya, pues, Sarmiento ve á algunas notabilidades de las letras, á Ledru-Rollin, en casa de San Martín, de quien es vecino, á Jules Janín, en su escritorio, saliendo encantado de su trato familiar. Penetra en el salón de madame Tastu, « donde puede entrar la mano muy adentro en las llagas de la Francia ». Allí ve á Cormenin, á Tissot, el diarista formidable que tanto contribuyó á dar en tierra con los Borbones. Por fin, sus estudios sobre educación primaria le ponen en contacto con sabios y hombres profesionales.

Sarmiento, que viene de un mundo semi-bárbaro aún, donde los restos de aquella civilidad estrecha y acompasada de la colonia se han refugiado en un núcleo social bien restringido, mientras la masa del pueblo, sumida en la anarquía parece retrogradar al salvajismo, queda encantado ante la cultura de ese pueblo francés, que lleva de frente los más arduos trabajos de la inteligencia, las más delicadas creaciones del arte, sin decaer un punto en su virilidad ni en la energía con que defiende su patrimonio histórico...

Los bailes públicos de París, mucho más en voga entonces que medio siglo más tarde, pues la democracia ha penetrado hasta ellos y hoy se confunden allí no sólo todas las clases sociales, sino también todos los gremios, entretenían á Sarmiento lo que no es decible. Se asoma á ellos, dice, de vez en cuando, « para curarme del mal de la patria, que me incomoda. No tengo ni gusto ni dinero para engolfarme en las gustosas frivolidades cuyo goce envidio á otros. ¡ Ah! si tuviera cuarenta mil pesos nada más ¡ qué año me daba en París! ¡ Qué página luminosa ponía en mis recuerdos para la vejez! Pero soy *sage* y me contento con mirar, en lugar de *pilquinear*, como hacen otros ».

¿ Cómo es eso? ¿ No *pilquineamos* porque no nos gusta ó porque no tenemos cuarenta mil pesos? Tengo para mí que la segunda razón ha de haber influido más que la primera en la *sagesse* de Sarmiento, á estar á la complacencia con que describe el baile del

Ranelagh, donde ha visto á Balzac, Jorge Sand y otras notabilidades literarias; el *Chateau-Rouge*, como iluminación, le fascina; *Mabille*, que ostenta las bailarinas más afamadas, la *Chaumière*, el edén del barrio latino, y á estar también al estilo inflamado con que describe las proezas coreográficas de la *Rigolette*, precursora ancestral de *Grille d'Égout* y la *Goulue*.

El *Hipódromo* le inspira una brillante descripción. En fin, va á todas partes, mira, observa, se mueve y va haciendo piel nueva dentro de esta atmósfera, sin acción para aquellos que han nacido refractarios á todo progreso interno, pero incomparable para acelerar el desenvolvimiento de todo germen de luz que brille vacilante en el fondo de una conciencia humana.

Sarmiento se pone en camino para España y en las duras é implacables páginas que consagra á la madre patria, y cuyo estudio sale de este cuadro, parece dar la pauta á Buckle para su inexorable juicio. La Italia le atrae en seguida « para educarme y poder hablar de bellas artes ». Promete volver á París después de estas correrías, pero sus cartas de viaje no mencionan una nueva permanencia en la capital francesa. Del otro lado del mar le esperan los Estados Unidos, cuya admirable naturaleza describe con la misma pluma que trazó en el *Facundo* el cuadro inmortal de nuestra tierra. En aquel mundo nuevo desaparece el viajero de espíritu curioso; cuando Sarmiento abandone la patria de Washington, será el hombre de Estado llamado á tan altos destinos...

Bajo la impresión de mi respeto profundo por la memoria de ese hombre extraordinario y del afecto que siempre me inspiró, he querido recorrer de nuevo los sitios que él visitó en París. En el andar vertiginoso de nuestro siglo, cincuenta años son un espacio enorme. Todo ha cambiado en la faz del mundo, incluso la patria que Sarmiento amó con toda su alma y á la que consagró, con admirable esfuerzo de cerebro y corazón, su larga y soberbia vida...

MIGUEL CANÉ.

Paris, octubre, 1896.

INACCIÓN Y EJERCICIO

I

La República Argentina se preocupa mucho del cultivo de la inteligencia de sus habitantes. Los palacios que más hermocean su capital, y las principales ciudades de las provincias, son monumentos levantados por ella á la instrucción primaria. Están llenos de niños que van á adquirir las primeras nociones del saber humano; á que se les encienda en la frente la luz que ha de disipar las nieblas naturales de la ignorancia.

Al ver la obra realizada en esta clase de instrucción, se siente deseo de evocar con gratitud las sombras de Sarmiento y de Zorrilla, que descansan en la eternidad; de estrechar la mano á Carlos Guido Spano, á José María Gutiérrez y á sus inteligentes colaboradores, por lo que hicieron ya y continúan haciendo en favor de la educación primaria nacional.

La instrucción secundaria, aunque no tan lujosamente instalada, cuenta con numerosos Colegios nacionales, con los colegios incorporados á ellos, y los institutos libres, que también están repletos de jóvenes que profundizan los conocimientos adquiridos en las escuelas. En estos colegios el cultivo de la inteligencia empieza á for-

zarse demasiado. El cerebro de los jóvenes, incompletamente desarrollado, es casi torturado para saturarlo con el vasto saber que exigen los tremendos programas de los cursos secundarios. Se estudia mucho en los Colegios nacionales, y tanto, que en el último mes del año los alumnos presentan todos los signos del sistema nervioso muy fatigado, y á veces enfermo, por los esfuerzos intelectuales exagerados, las vigiliias, los insomnios, y las emociones profundamente depresivas de los exámenes anuales, que suelen ser excesiva y hasta cruelmente rigurosos.

La instrucción superior tiene dos grandes universidades: la de Buenos Aires y la de Córdoba, con sus Facultades bien organizadas, con cátedras numerosas. Allí los jóvenes tienen generalmente que estudiar más que en los Colegios nacionales, y mucho más que si siguieran los cursos de las universidades más afamadas de la Europa y la América. En las universidades extranjeras el estudio de muchas materias especiales es voluntario y facultativo; en las nuestras, por el contrario, es obligatorio; hay que saberlo todo.

Las escuelas normales de profesores y de maestros, las escuelas de comercio, etc., muy concurridas también, son instituciones de la mayor utilidad, donde se hace trabajar mucho al cerebro, para ponerlo en condiciones de dirigir la enseñanza de las nuevas generaciones, ó de tomar parte en el mundo de los negocios y la fortuna.

Los éxitos notables obtenidos en el ejercicio de las profesiones científicas y literarias, así como la vasta enseñanza de las escuelas, los colegios y las universidades; las frecuentes sesiones de las sociedades que se ocupan de letras y de ciencias; todo lo que se imprime, y que se lee, demuestran que se ejercita bastante, si no en demasía, las facultades intelectuales de los argentinos.

Esta observación no daría lugar á ninguna crítica, y hasta podría ser motivo de nuestro legítimo orgullo, si este afán de perfeccionar el pensamiento y el cerebro fuese acompañado de algun conato oficial para perfeccionar también las otras funciones y los otros

órganos del cuerpo. Mas no sucede así; para estas funciones y estos órganos, aunque sean esenciales á la vida y á la conservación del alto puesto que el hombre y la humanidad ocupan en nuestro mundo, no hay palacios suntuosos, ni Consejos superiores, ni cátedras, ni signo alguno de preocupación administrativa. La deficiente gimnasia que se hace en las escuelas, la creación de los institutos gímnicos que nunca pasaron de una inspiración bien intencionada, los ejercicios doctrinales de la guardia nacional, y la salida á campaña de los jóvenes de veinte años, no contradicen esta desconsoladora afirmación. ¡Si ni siquiera se fomenta la hermosa institución del Club de Gimnasia y Esgrima, que tanto lo merece!

Pues qué ¿el cuerpo humano está formado sólo por la cabeza? ¿El tronco y los miembros son partes poco importantes? ¿En el interior del pecho no late acaso el corazón, cuyo ritmo normal debe ser objeto de solícita atención para evitar la irregularidad de sus movimientos, los excesos de sus latidos, ó sus desfallecimientos? ¿No se encuentran allí los pulmones, que necesitan expandirse ampliamente, para llenarse del oxígeno que ha de llevar sus propiedades vivificantes y tónicas á todos los elementos celulares del cuerpo, á las células delicadísimas de ese mismo cerebro, que se hace funcionar tanto en las universidades, en los colegios y en las capas superiores de las sociedades modernas?

Merece también alguna consideración la voluminosa masa muscular donde reside el vigor y la fuerza, y entre esa masa, la parte que tiene más especialmente á su cargo la habilidad y la destreza. La admirable musculatura de la mano humana, y sobre todo la del dedo pulgar, que caracteriza tan bien ese maravilloso instrumento natural, debe ser cuidada, fortalecida y adiestrada para que conserve las perfecciones de su organización. No debe olvidarse que á ella, casi á la par del cerebro, la humanidad le debe sus más grandes progresos.

Sin una mano hábil, con sólo pensar, no se pintan esos cuadros que reflejan en la tela las bellezas de la naturaleza, ni se arrebatan á

los auditorios con las vibraciones armoniosas de los instrumentos de la música, ni se dan al mármol y al bronce las formas inmortalizadas por los escultores. El pensamiento sólo no basta para arrancar á la tierra sus riquezas inagotables, para construir, y poner en movimiento esas máquinas ingeniosas que nos alimentan y nos abrigan, que nos transportan á todas partes en la tierra y en los mares, y muy pronto nos darán el dominio de los aires; que llevan al mismo pensamiento, con velocidades de relámpago, hasta los confines del mundo civilizado.

Cuando se reflexiona en todas las ventajas que habían de obtenerse con un impulso vigoroso que se diera á la educación física, la indiferencia oficial, á este respecto, duele más. Naturalmente que habría que moderar proporcionalmente los impulsos exagerados que se ha dado á la educación intelectual, porque las fuerzas de la máquina humana no son ilimitadas, y no podría exigírsele, á un mismo tiempo, sin inutilizarla, un trabajo intelectual y físico cuya suma total fuera superior á su capacidad.

La preocupación exclusiva de cultivar la inteligencia no es un error argentino; es un error de la humanidad civilizada, que no festeja más triunfos que los de la inteligencia; que permanece indiferente ante la grandeza de los triunfos de la fuerza humana. La *fuerza bruta* sólo merece el desprecio de los que viven de la inteligencia, tiranizados de todas maneras por los productos numerosos y variados de la imprenta.

El cultivo insistente y exclusivo de la inteligencia es tan poco razonable como lo sería la preocupación exclusiva de querer digerir bien, de perfeccionar el modo de respirar, de hacer circular la sangre más ó menos ligero, ó de ejercitar sólo los músculos. Los defectuosos procedimientos de nuestra educación oficial pueden ser gravemente perjudiciales para la salud y la felicidad de los individuos, para la estabilidad social; y debilitándose nuestra raza, lo que lógicamente sucedería al fin, hasta podrían llegar á poner en peligro la autonomía y la independencia de los que habitan este hermoso

pedazo de la América, que está limitado por las fronteras de la patria. ¡Que no suceda jamás!

Es tiempo ya de meditar en este abandono casi total de la educación física en la República Argentina. Que se piense en ello, en los Consejos superiores de la instrucción pública, en el ministerio correspondiente, y en el Congreso de la Nación, que es de donde pueden salir las reformas más poderosas. Mas no debe esperarse todo de las autoridades; es necesario que éstas encuentren en las costumbres y en las aspiraciones sociales la base de esas reformas tan urgentemente reclamadas por el patriotismo y por la higiene.

El pueblo argentino, como la mayor parte de los pueblos muy civilizados, no muestra mucha afición por los ejercicios de fuerza. Es realmente una lástima que no imite al fuerte y robusto pueblo inglés, cuyo excelente método de educación no ha sido igualado aún por el de ningún otro país de la tierra.

Los colegios y las universidades inglesas no se detienen ante el costo de las instalaciones de los juegos en que, solas ó combinadas, tienen que intervenir la agilidad, la destreza y la fuerza. En cuanto á los jóvenes, educados de esa manera, no pierden jamás la afición por los ejercicios físicos, adquirida desde la infancia, juntamente con el conocimiento de las primeras letras. Y cuando ya son hombres y emigran de su país, suele llamar la atención verles llevar, entre las prendas más apreciadas de su equipaje, los elementos transportables de sus juegos varoniles.

Hagamos constar con viva satisfacción que, en estos últimos tiempos, la patinación entre las señoritas, y el ciclismo entre los hombres, se han propagado mucho; que parece que la afición por esos excelentes ejercicios no cunde como una moda pasajera, y que si ella sigue en las mismas proporciones, no se han de hacer esperar sus efectos benéficos sobre el vigor, la fuerza y la salud de una parte numerosa de la sociedad argentina.

Para demostrar mejor la importancia de los ejercicios físicos, estudiaremos las consecuencias antagónicas de la inacción y del tra-

bajo muscular, en dos capítulos. Resultarán dos cuadros dibujados rápidamente, ya que no es posible abusar de la hospitalidad amablemente acordada á los redactores de esta Revista.

El primer cuadro será sombrío, sin luz. Destinado á la vida sedentaria y á la inmovilidad, ha de verse resaltantes, con tintes oscuros, sus peores consecuencias: los grandes sufrimientos de las personas que por no poner suficientemente sus músculos en acción, han perdido la salud y están para perder la vida; sus tristezas infinitas cuando llegan á descubrir en su cuerpo los signos inequívocos de la mala nutrición, de la decadencia física, de la vejez prematura; su profunda humillación cuando descubren en su fuero interno debilidades y flaquezas increíbles, la incapacidad de ponerse al frente de cualquier empresa que requiera iniciativa, energía y fuerza de voluntad.

En este cuadro ha de verse quiénes son los que se dirigen á este estado de decadencia física y moral, y los rumbos que siguen para caer en él. En primer término, figurarán las víctimas de muchas clases de dolores, los que viven con el médico á la cabecera de la cama, engullendo á hora fija los productos variados de la farmacia, sufriendo en sus carnes doloridas la acción quemante de los cáusticos, de los metales enrojecidos por el fuego ó la electricidad. En seguida aparecerán los que se lo pasan en estado de digestión permanente, engordando, durmiéndose, soñando con placeres que la sensibilidad embotada de sus nervios no les permite disfrutar; é indiferentes á todo lo bello y lo bueno, que la niebla espesa de su egoísmo apenas les deja vislumbrar. Luego llegará el turno á los que están siempre aburridos, sumergidos en honda tristeza, haciendo sentir su acción maléfica á los demás; los que nunca salen de la penumbra de los descontentos, desde la cual, su extraño vicio de la refracción les hace ver, con más agrandados contornos, lo malo y lo feo de las acciones ajenas. Estos últimos se quejan de todos y de todo; de los que los mandan, como de aquellos que tienen la desgracia de obedecerles; del país y sus instituciones; del frío y del

calor; de la seca y la lluvia; del sol demasiado fuerte y de los nubarrones que encapotan el cielo. Son las víctimas de los recuerdos del pasado, de las incertidumbres del presente y de los males que podrían amenazarles en el porvenir. Serán dignos de lástima, sin duda; pero más lo son los que tienen que alternar con ellos, en la casa, en la calle y en la sociedad.

Al segundo cuadro, por el contrario, destinado á los efectos benéficos de los ejercicios físicos no le ha de faltar la luz, porque ha de ser iluminado por la franca alegría de las personas que dedican una parte del día, aunque sea corta, á esos ejercicios higiénicos y saludables. El dolor raras veces clava su aguijón en sus carnes sanas, y no hay peligro de que lleguen á entristecerse por haberse notado algún signo revelador de la decadencia física; difícilmente lo presentará su cuerpo, bien desarrollado y fuerte, porque la grande actividad de sus funciones orgánicas ahuyenta hasta la decadencia que es natural y propia de los progresos avanzados de la edad. En este cuadro tendrá su colocación la gente muy sana del cuerpo y del espíritu; los que no se quejan nunca porque saben resistir las molestias y los sufrimientos; los que se sienten capaces de muchas generosidades y sacrificios. Á pesar de su buena vista, los que figuran aquí, poco ven los defectos de los demás, y por consiguiente pueden mirar al prójimo sin tener el ceño adusto y fruncido. Después de haber descansado de sus ejercicios están en la mejor aptitud para trabajar, y hasta para detenerse á admirar las bellezas de la naturaleza, las del arte y del ingenio. Su ánimo está en una disposición tal que los errores de los que gobiernan no los impresionan demasiado, y que se les importa muy poco de muchas cosas que podrían molestarlos, incluso las vicisitudes atmosféricas.

II

Se podría asustar á mucha gente, á la que no hace bastante ejercicio, mostrándole, reunidos en pocas páginas, los serios y graves peligros de la inacción.

Empecemos por uno de los peligros que alarman menos, como son las perturbaciones de la digestión, cuya causa principal es la falta de energía de las contracciones musculares del estómago y los intestinos.

Las leyes de la mecánica gastro-intestinal cesan de cumplirse por la ausencia de la fuerza necesaria para repartir convenientemente el movimiento progresivo en ese gran aparato de la vida vegetativa. De ahí resulta la pesadez molesta del estómago, el apetito irregular y caprichoso, los flatos importunos, los cólicos, las nauseas, las regurgitaciones repugnantes, y la irregularidad, ó la ausencia de las evacuaciones espontáneas terminales de la digestión.

Estos desórdenes de la motilidad visceral serían tal vez soportables si no repercutieran en tantos órganos, situados fuera del área digestiva; en el cerebro, asiento de las hermosas facultades del espíritu; en la médula espinal con sus fibras trasmisoras de la sensibilidad y del movimiento, y sus centros de recepción impresiva y reflexión motriz; en los nervios periféricos; en los órganos de los sentidos; en las glándulas con sus millones de cavidades tapizadas de epitelios, en los pulmones y en el corazón.

Del cerebro, impotente para el trabajo intelectual, sólo salen pensamientos tristes, ó malos pensamientos inspirados por la irascibilidad bien conocida de los dispépticos. De la médula espinal, se diría que su principal misión es la de transmitir impresiones molestas y dolorosas, movimientos malhumorados y bruscos. De los nervios, que sólo sirvieran para ostentar la impotencia de las parálisis ó hacer sentir el dolor agudo de las neuralgias. Á los órganos

de los sentidos incumbe hacer percibir la luz intensa que lastima, el ruido que incomoda, la aspereza, ó las puntas del objeto que se toca, los olores y los sabores más desagradables. Los productos de las secreciones, en donde pululan los micro-organismos que los transforman en substancias acres, irritantes y tóxicas, obstruyen los orificios de las glándulas, interrumpiendo su labor invisible. Se tienen accesos de tos, y de sofocación. En fin, una lista interminable de molestias, de sufrimientos y de dolores, que se distribuyen por todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, que tienen por asiento todos los órganos y perturban todas las funciones fisiológicas de la nutrición, de la vida de relación, y hasta las que presiden á la conservación de la especie.

El peligro de engordar es otra consecuencia de la inacción, que no asusta mucho.

Por cierto que á los gordos de la actualidad los tendrá sin gran cuidado el profundo desprecio que los antiguos griegos y romanos tenían por los gordos de su tiempo. Es posible que á muchos gordos contemporáneos, y que han pisado ya los umbrales de la edad madura, no les parezca mal tener las formas redondeadas, el cutis tenso, sin las arrugas que avenjentan el rostro de los compañeros de su infancia; que les guste comer mucho y bien, y estarse largas horas del día cómoda y tranquilamente recostados, disfrutando de los placeres de la ociosidad, que seguramente los tiene. Pero cuando la gordura aumenta y la regularidad de las formas desaparece por los abultamientos de la cara, del cuello y del abdomen; cuando los placeres de la mesa son ahuyentados por el temor de las indigestiones, y los de la quietud por las pesadillas y el insomnio; cuando se empieza á sentir la invasión de esa pereza invencible, de esa pesadez abrumadora que hace mirar con horror cualquier trabajo, los viajes y hasta los más agradables paseos; cuando el ejercicio de la profesión es un suplicio, porque cualquier esfuerzo da sensaciones de ahogo, que se explican por el aumento en la sangre y en los tejidos de los productos excesivos de la combustión de la grasa, y también por la acu-

mulación de esta en los mediastinos, donde disputa el espacio á los pulmones y al corazón ; por último, cuando los ruidos de los oídos ensordecen, aturden y hasta dan vértigos. Entonces la gordura empieza á asustar, pero no tanto como debiera, pues ya es tan funesta como las peores enfermedades. Funesta por sí sola, ó ayudada por éstas, pues la obesidad no permite que el organismo despliegue sus resistencias naturales contra las causas mórbidas que lo asedian, ni siquiera ante las que producen las enfermedades menos devastadoras de la especie humana.

Los obesos tienen poca salud, y su vida está de diversos modos amenazada. No es necesario detenerse á consultar las cifras de las estadísticas modernas para afirmarlo. La observación secular ha demostrado hace tiempo que pocos gordos llegan á una edad avanzada.

Los reumatismos crónicos y la gota ocupan un peldaño más alto en la escala de los temores que inspiran los peligros de la inacción.

Estas enfermedades hacen crugir las articulaciones, las hinchan y las deforman. La destrucción de las superficies articulares limita sus movimientos, y la anquilosis, que suele ser una terminación feliz, las inmoviliza para siempre. Durante los ataques de ciertas formas del reumatismo y de la gota los dolores son agudos, intolerables y terribles.

¡ Quién sabe si los que se encuentran en cama lanzando ayes lastimeros se consolarán, como el gran médico Sydenham, al pensar que muchos hombres ilustres han muerto de la gota, y que ésta hiere especialmente á los hombres de talento! Los efectos benéficos de esta idea consoladora podrán sentirse tal vez en los intervalos de los ataques, una vez que todos sus rastros hayan desaparecido; pero no mientras el dolor se siente fuerte, compresivo y desgarrador; ni tampoco cuando después de los ataques, en los períodos de calma, se tiene que vivir sentado, en un sillón, ó caminar cojeando, encorvados y encogidos, con andadura de inválidos.

Las lesiones irreparables de las articulaciones, los dolores que

vuelven con frecuencia, la extremada sensibilidad á las variaciones atmosféricas amargan la vida de los gotosos y los reumáticos, pero no la acortan. Esta fúnebre tarea está reservada á las complicaciones viscerales, especialmente las del cerebro, de los riñones y del corazón.

No es posible pensar en las afecciones dolorosas, dependientes de la inactividad muscular, sin que se presente á la imaginación el cuadro imponente del ataque de las afecciones calculosas.

Poco importa que el punto de partida sea el riñón, ó el hígado. El elemento esencial dominante, es siempre el mismo: un dolor atroz, terebrante y desgarrador que se exacerba á medida que el cálculo avanza en las vías estrechas que distiende y desgarrá á su paso. Hay fenómenos de oclusión y de estrangulación de tal intensidad, acompañados de tanta agitación y ansiedad, de tanta prostración orgánica, que se siente la proximidad de la muerte, á la cual no se teme en verdad; más bien se desea, se llama á gritos para que venga de una vez, más pronto que la morfina y el cloroformo, á poner término al espantoso, al horrible dolor.

¡ Feliz el enfermo si su ataque no se repite! ¡ Feliz él, si avisado á tiempo por la expulsión de la primera piedra, puede cambiar su sistema de vida sedentario por otro de suficiente actividad, que mantenga sus escreciones en estado de fluidez! Tendrá entonces probabilidades de librarse de la fatal tendencia á la formación de los cálculos, de que se alojen en los órganos y se agranden, hasta el punto que sólo en los procedimientos de la cirujía pueda cifrar la última esperanza.

Hace muy poco tiempo que la experimentación ha demostrado el papel importante que desempeñan el sistema nervioso, el hígado y el páncreas en la glicogenia animal; pero no está equivocada la observación clínica de un siglo al atribuir principalmente á la vida sedentaria la producción de numerosos casos de esa curiosa enfermedad que se llama *diabetes*. Desgraciadamente, no puede atribuirse siempre esta enfermedad á ese factor de la mala nutrición

orgánica. Hay casos que escapan á su influencia causal; pero los más, los que escapan á esa influencia, pueden ser evitados, ó domados, por el poderoso modificador higiénico constituido por el ejercicio corporal.

Sin pecar de minuciosos, podemos agregar á la lista de los males causados por la falta de ejercicio algunas formas de la jaqueca y del asma.

La primera, la jaqueca, con su dolor violento en las inmediaciones de una de las órbitas, que aumenta de hora en hora, que se exaspera á cada latido del corazón, á cada acceso de tos, á propósito del menor esfuerzo, de la más leve inclinación de la cabeza, que obliga á los enfermos á buscar el alivio en el silencio y la obscuridad de los rincones más apartados de la casa.

La segunda, el asma, que se anuncia por una sensación de vacío, de falta de aire, de ahogo y de sofocación. Es inútil que, en su desesperación, el enfermo se precipite á abrir, de par en par, las puertas y las ventanas de su habitación. El aire entrará á la pieza á torrentes, mas no á los pulmones, á pesar de los esfuerzos violentos de la inspiración; y el aire que llegue á penetrar á viva fuerza, saldrá difícilmente del pecho, aunque se pongan en juego todos los músculos auxiliares de la respiración. Esta situación angustiosa se pinta en la cara del enfermo con el tinte azul de la piel y las mucosas, surcadas por las vetas negras de las venas superficiales; y se prolongará hasta que la sed de aire sea menos imperiosa, ó se extinga, lo que marca el fin del ataque.

El asma ó la jaqueca repetirán esos ataques con más ó menos frecuencia; dejarán, en pos de sí, leves ó muy graves consecuencias; pero no se puede desconocer que, aun en las mejores circunstancias, una y otra hacen pasar á sus víctimas por muy tristes momentos.

Pero es tiempo ya de terminar esta revista patológica y de confiar toda esta gente enferma á sus médicos para que defiendan su vida, y busquen su salud en los recursos combinados de la medicina, de

la farmacia y de la higiene. Apresuremos el momento de dirigir la vista á otra parte, hacia las personas á quienes la falta de ejercicio no ha causado tantos estragos en su organismo. ¡Pero cuán difícil será abandonar del todo los dominios de la patología! Los desórdenes de la nutrición, que observaremos aquí, conducen tan rápidamente á aquellos tristes dominios, que al fin no se sabe bien si todas las personas examinadas están sanas, ó si la revista patológica ha de continuar por falta de líneas de transición.

Hay una edad en la vida, la juventud, que es la edad de todas las actividades. Se creería, pues, que es difícil tener la ocasión de observar en ella los efectos de la inacción; pero desgraciadamente no es así.

Muchos son los jóvenes que descuellan por su fuerza, y el desarrollo de su sistema muscular; pero muchos también, y ojalá no sean los más, tienen un sistema muscular muy pobre, y muestran muy poca afición á desarrollarlo, preparándose á ser débiles y valetudinarios en la edad adulta, incómodos y decrepitos en la vejez.

La debilidad de los músculos de la columna vertebral no permite que ésta se conserve derecha: se inclina adelante ó á los lados. Si la inclinación lateral no es más visible es por el artificio de los sastre, que igualan la altura de los hombros con almohadillas de distinto espesor. La asimetría resultante de estas incurvaciones laterales, así como la joroba, que resulta de la inclinación hacia adelante, se acentuarán en la edad madura para llegar á ser una deformación en los últimos años de la vida.

El poco desarrollo de los músculos del pecho limita muchísimo los movimientos respiratorios. La expansión de las vesículas pulmonares resulta entonces insuficiente para ventilar sus cavidades con las corrientes purificadoras del oxígeno, para expulsar el aire respirado ya. Á los inconvenientes de la poca respiración sobre la nutrición general, se agrega el de la preparación, en ese aire confinado del pulmón, de un medio ambiente muy favorable para la evo-

lución de muchas bacterias enemigas del hombre, especialmente los bacilos de la tuberculosis.

El pecho sumido y los hombros levantados, á consecuencia del poco vigor de los músculos respiratorios, dan por resultado la disminución de la cavidad del tórax, hasta el punto de dificultar el funcionamiento del corazón, en ese espacio demasiado estrecho para él. Las palpitaciones del corazón de los adolescentes y los jóvenes, que se producen en esas circunstancias, son manifestaciones de una hipertrofia pasajera casi siempre; pero más de una vez podrán dejar en pos de sí un vicio orgánico irremediable del corazón.

La pobreza de los músculos de los brazos y las piernas reducen á la ejecución de los pocos movimientos indispensables la utilidad de esas poderosas palancas de la locomoción y el trabajo. Ella será la causa de que se ponga en ridículo, por su impotencia, el joven que quiera emprender algún trabajo, hacer una larga caminata, saltar un foso, montar un caballo brioso, etc.; de que no sea capaz de librarse solo, ó de librar á alguno de sus semejantes, de un accidente imprevisto por medio de un esfuerzo oportuno y vigoroso de sus músculos y su voluntad.

En muchos adultos la falta de ejercicio se manifiesta ostensiblemente por el andar pesado, el aire de gravedad impuesto, no tanto por las exigencias de la edad seria y las conveniencias sociales, como por la blandura de las carnes fofas, el talle grueso y el abdomen abultado por la grasa acumulada en las paredes del vientre y en los epiploones. Estas personas no pueden acelerar sus movimientos lentos y acompasados, ni modificar el ritmo solemne de sus pasos sin cansarse. ¡Y esto sucede precisamente cuando se tienen aptitudes para soportar todas las fatigas: cuando el cuerpo debiera conservar su agilidad y esbeltez, cuando el hombre dispone de toda su fuerza muscular, en el vigor de la edad!

No es necesario ser adivino, ni interrogar á esos señores, para conocer el por qué de su aspecto importante: comen mucho y trabajan poco. Muchos de ellos no figuran entre los combatientes de la

lucha por la vida; son herederos ricos que viven de los esfuerzos de sus antepasados; son rentistas ó jubilados, á quienes el largo reposo hace perder los beneficios de la fortuna ó de la posición adquirida por sus esfuerzos de otros tiempos.

Estas personas no precisan del médico; no son enfermos todavía, pero se preparan á serlo. Están predestinados á enfermarse, en cuanto una conmoción física ó moral venga á perturbar el equilibrio poco estable de sus funciones orgánicas. Un susto, un golpe, una caída, una desgracia cualquiera, una infracción del régimen habitual serán fácilmente soportadas por un hombre fuerte, trabajador, que disfruta de una salud normal; pero no sucederá lo mismo con estos predispuestos á la adquisición de tantas enfermedades, para quienes esos mismos accidentes serán el punto de arranque de los estados mórbidos más variados, más penosos y tenaces.

¡ Y luego, cuán pronto ven llegar la vejez, con todos sus achaques! Se diría que la pereza prepara y favorece la atrofia senil.

La atrofia parcial de los músculos que debieran funcionar activamente se extiende á todos los demás, inclusive al corazón, cuyas fibras contráctiles y rojas son reemplazadas por las fibras rígidas y blancas del tejido fibroso. Se esclerosa el corazón y los vasos; los pulmones están incapaces de absorber el oxígeno suficiente; el hígado se detiene en su obra de destrucción de los venenos orgánicos; los riñones no pueden desempeñar su papel importante de depuradores de la sangre, y hasta la piel se arruga, se seca, y experimenta tales cambios en su estructura, que cesa de ser uno de los grandes órganos de la respiración y la excreción. No es, sin embargo, la causa principal, la arterio-esclerosis, lo que más llama atención en estas cosas de vejez anticipada. Lo que más preocupa á los que se ven envejecer es el color de los cabellos, que se vuelven blancos; por eso es que en lugar de oponerse á la invasión del proceso senil con la actividad, el ejercicio, y una vida higiénica se acude á las tinturas, que devuelven al cabello su color casi natural. El procedimiento es más sencillo, y sería recomendable, si

se pudiese generalizar á todos los órganos, que envejecen; si se hubieran inventado afeites para rejuvenecer y volver á su estado primitivo á los pulmones, al corazón, á los riñones y al hígado. El sabio profesor Arata nada nos dice de ellos en su interesante y muy completo artículo sobre los cosméticos, que ha publicado en esta revista.

BARTOLOMÉ NOVARO.

(Concluirá.)

EL SOCIALISMO Y EL DERECHO CIVIL ⁽¹⁾

SUMARIO : Consideraciones generales. — I. Las doctrinas socialistas y sus teóricos contemporáneos. — II. El socialismo y la propiedad. — III. El socialismo y la familia. — IV. El socialismo y la herencia. — Conclusión.

Señores :

Ya que me ha tocado clausurar en vuestro curso toda la enseñanza del derecho civil, me parece que debo corresponder á esta fortuna inmerecida dirigiendo en la última conferencia una mirada de conjunto sobre la materia, procurando indagar — aunque sea el esfuerzo tan considerable — cuáles son las transformaciones que podrían alterar en el porvenir los antiguos fundamentos en que reposa nuestra ciencia.

Habréis observado muchas veces con sorpresa, en el curso de vuestros estudios, que los principios del derecho civil permanecen todavía inalterables, mientras las otras ramas de la ciencia jurídica han sufrido en nuestro siglo revoluciones profundas. El derecho constitucional se ha renovado, puede decirse, por completo. El dogma popular ha sustituido, en toda la humanidad civilizada, al derecho divino de los reyes, y para responder á las exigencias de la

(1) Lección de clausura del Curso de Derecho Civil en la Facultad de Derecho.

nueva doctrina, la teoría y la política práctica han perfeccionado la forma representativa de gobierno que, á pesar de su antecedentes en el pasado, es una verdadera novedad de nuestros tiempos. La ciencia penal es atacada en sus mismos fundamentos por una filosofía que tiene un concepto distinto de la responsabilidad humana, que procede con diverso método y que pretende, en consecuencia, modificar las deducciones aceptadas de la vieja escuela. Y si el derecho comercial, porque es una rama desprendida del derecho civil, descansa aún sobre los mismos principios, nadie ignora que el desarrollo de las relaciones mercantiles y la facilidad inesperada para el cambio internacional de los productos, han exigido la creación de nuevos resortes y de instituciones y de prácticas que eran hasta ahora completamente desconocidas.

Mientras tanto, el que estudia el derecho civil observa que la misma filosofía preside siempre á la organización de la familia; que hay una sola teoría fundamental de las obligaciones, que en todos los códigos existen derechos reales y contratos nominados, y que los bienes de las personas se transmiten por la muerte á sus herederos que siempre son los parientes más cercanos.

Nuestra ciencia aparece, entonces, puramente tradicional. — En el conjunto de sus instituciones particulares y de sus preceptos nada se encuentra, por hoy, que pueda llamarse verdaderamente nuevo. — El soplo de ninguna extraña filosofía ha logrado alterar aún el cuadro jurídico del sabio emperador romano.

Apenas podría decirse que, bajo el régimen político inaugurado por la Revolución francesa, desaparecieron de las leyes civiles los últimos privilegios y fueron sustraídos los derechos privados á los avances del poder y á la voluntad omnímota de los reyes; pero la reforma pertenecía propiamente á la esfera del derecho público, y esas modificaciones ligeras no importaron un cambio fundamental en los principios de la ciencia civil. Al contrario, parecía que con esas últimas conquistas el derecho privado hubiera obtenido toda la perfección posible y que el código de Napoleón sería en adelante el

modelo definitivo de la legislación civil — prescindiendo naturalmente de sus desvíos y contradicciones, porque las leyes no son, señores, mero objeto de placer artístico, y no es posible esperar que la distribución de sus preceptos se trace nunca con la armonía y la regularidad con que se dibujan los caminos de un jardín.

Sin embargo, en la época contemporánea, por la observación de los fenómenos sociales más recientes y con el oído atento á las nuevas doctrinas que han surgido en Europa y que ya se difunden por América, se puede conjeturar que la inmutabilidad del derecho civil se encuentra, por fin, amenazada. Hay ahora una teoría ó más bien muchas teorías que aspiran á suprimir las desigualdades de la sociedad moderna y que pretenden reconstruir, para lograrlo, sobre bases más justas el antiguo edificio del derecho. Si el socialismo llegase á prevalecer, en la mayor parte por lo menos de las formas concretadas hasta ahora, es indudable que las sociedades futuras tendrían que reformar totalmente la ciencia civil, y que habrían desaparecido de ella las instituciones que ahora constituyen sus fundamentos y sus pilares primordiales.

¿Qué podría, en efecto, subsistir de toda la armazón presente en las relaciones de familia si, en vez de ser el matrimonio su base ineludible, viviesen los hombres y las mujeres en una promiscuidad confusa? Qué quedaría de la patria-potestad y de la tutela, si los padres hubieran de entregar sus hijos al Estado? Sin el dominio perpetuo y exclusivo ¿qué sería de los contratos, ni cuál derecho sobreviviría á la propiedad, que es la madre de todos los derechos? ¿Y sobre qué fundamento, en fin, se podría entonces apoyar un sistema hereditario?

Ya veis, pues, que también ahora se cierne sobre el derecho civil el peligro de una gran revolución.

Y puede ser que exista, entre su pretendida reforma y las transformaciones que han sufrido y sufren las otras ramas del derecho, una íntima relación, y que el socialismo no sea extraño á la revolución política que realizó la democracia, ni á la filosofía posi-

tivista que campea en el derecho. La síntesis no se ha hecho todavía, ni se hará probablemente, hasta que estos movimientos se hayan proyectado en el plano de la historia; pero muchos de los que han investigado las causas de los fenómenos actuales, se inclinan á creer que sea el socialismo una prosecución de la reforma democrática ó que haya surgido estimulado por las ilusiones que produce el régimen de la igualdad política.

Se olvida, me parece, al pensar así, que la igualdad de hecho, al contrario de ser un grado más que la igualdad de derecho, es su negación rotunda. Más exacto sería decir que el socialismo significa una reacción sobre las conquistas democráticas para moderar las desigualdades que han producido, como debía necesariamente suceder, la exaltación de los derechos del individuo y el desarrollo sin trabas de las aptitudes de cada uno.

Si los propagandistas de la Revolución francesa hablaron alguna vez de la igualdad de bienes, fué porque la confundieron con la igualdad de los derechos, ó, si se quiere, porque creyeron que bajo el régimen de la libertad política habrían de nivelarse todas las fortunas. Precisamente en el momento mismo en que una clase considerable — que otras llaman ahora, para distinguirla bien, el *cuarto estado*, — ha podido comprender que el nuevo sistema constitucional no la había independizado de este otro déspota, el capital, que acrecienta el régimen de la libre concurrencia, es cuando ha ensayado nuevas reivindicaciones para trastornar la sociedad ó devolver al Estado el poder formidable y tutelar de las antiguas monarquías. Y aunque es verdad que las autoridades públicas modernas tienen muy diverso origen : con todo, esta vez las muchedumbres están del lado del poder contra los defensores de la libertad individual.

Todavía si se buscara el vínculo que liga al positivismo con la reforma social, tal vez se encontraría que, mientras el uno niega el albedrío en los dominios de la especulación abstracta, la otra aspira á realizar una igualdad de hecho, sujetando el desenvolvimiento de las condiciones individuales bajo la regla común de un nivel uni-

forme. Y aún puede ser que estudiado prolijamente este rasgo de semejanza se llegara á la conclusión de que una propaganda deriva inmediatamente de la otra, ó de que ambas tendencias están aliadas para demoler esta organización moderna que se ha levantado sobre las bases de la filosofía individualista y liberal.

No es mi ánimo, sin embargo, emitir aquí una opinión ni dilucidar ahora estos problemas. Ya que he sentado los preliminares que reputaba necesarios, voy á entrar al estudio directo del asunto que he elegido para cerrar vuestras clases: un análisis, en rápidas palabras, de la doctrina socialista y de sus alcances en los dominios del derecho privado.

I

El socialismo es más bien una aspiración que una doctrina, y por eso es tan difícil determinar sus contornos con exacta precisión.

Algunos hombres de espíritu científico se han esforzado por encontrar una teoría que abarque todas las ideas y reuna á todos los seres que se confunden en la misma esperanza, pero, hasta ahora, sólo la aspiración es, en verdad, común y varían con cada secta y aun con cada escritor los procedimientos para llegar á ella y para reconstruir la sociedad en el futuro. Hoy mismo que las corporaciones obreras tienden á unificar su acción y que la guerra social parece inminente, las doctrinas carecen, sin embargo, de formas geométricas y firmes; tienen todavía los contornos irregulares é indecisos de las nubes dispersas que anuncian las tormentas.

Un diario de Paris, *Le Figaro*, abrió hace algún tiempo un concurso para obtener su definición exacta, y el jury designado confirió el premio á la siguiente: « El socialismo es un conjunto de aspiraciones y teorías que tienden á establecer entre todos los hombres, por diversos medios de coerción legal, la mayor igualdad posible de riqueza ó de miseria ». Ahora bien, á pesar de la latitud de sus tér-

minos y de la vaguedad de las palabras empleadas, esta definición no es completa porque considera solamente al socialismo de Estado y prescinde del que se propone transformar la organización social.

Me interesa particularmente distinguir bien el uno del otro, porque aquél no llega hasta el recinto del derecho privado; permanece en el círculo económico y se limita á modificar la idea corriente del Estado. Ese socialismo — que comunmente se denomina *reglamentario* — no es incompatible con la estabilidad de las instituciones actuales, aunque convenga con las otras sectas en que la sociedad moderna se mantiene en un equilibrio inestable y en que es necesario buscar el remedio á las profundas desigualdades de la época presente. Pero, en vez de hacer la guerra á todo lo que existe y de soñar con reconstruir la humanidad sobre vagas utopías, se conforma con suprimir en el orden económico el régimen de la libre concurrencia y con pedir, según los diversos matices, una reglamentación más ó menos restrictiva de la libertad individual.

Aunque existen distintas especies dentro del género común, la más importante es la que propiamente se denomina *socialismo de Estado*, que anhela la intervención de los poderes públicos para reglamentar los relaciones entre el capital y los obreros, fijar la duración del trabajo y el minimum de los salarios, cerrar á los niños y á las mujeres la boca de las minas y la puerta de las industrias insalubres y pesadas, ofrecer ocupación al que no la encuentra, y moderar, en una palabra, á nombre de la sociedad, todas las injusticias de la fortuna y de la suerte.

Esta forma especial ha surgido en Alemania, á favor del entusiasmo que despertaba el estado único y poderoso que nacía, y reunió desde sus comienzos á buen número de adeptos. El mismo príncipe de Bismarck afilióse á sus principios, aunque con ciertas salvedades; y, más que por convicción, para consolidar, sin duda, por este medio la autoridad incipiente de su regio protector.

Fué su verdadero fundador el generoso y apasionado Fernando Lassalle, que dió por primera vez fuerza positiva y práctica al

clamor, inarticulado todavía, de las clases proletarias, pero que mantuvo en los límites de su nación al movimiento obrero, y que fué siempre extraño á las exageraciones del comunismo y á las brutalidades de la anarquía. Tampoco la índole elegante de sus gustos personales le habría permitido abrazar la causa de los reformadores más audaces; pues mal podría renegar de la sociedad un hombre que vivía siempre en medio de sus brillantes halagos, que se rodeaba en su casa de todas las comodidades y los refinamientos de la civilización moderna, y que atravesaba los salones de la alta sociedad tejiendo y destejiendo intrigas amorosas.

Lassalle no podía ser sino lo que en realidad fué, una especie de caudillo político del partido proletario; y aunque llenó la Alemania de brillantes y elocuentes panfletos que muchas veces trascendieron la frontera, no llegó jamás á trazar el cuadro preciso de una teoría científica. Su libro, *Capital y Trabajo*, la más importante de sus obras, es un arma de polémica, escrito con virilidad y con vehemencia; pero es tan cierto que no contiene una doctrina clara que los críticos de nuestros tiempos no han podido comprenderlo bien, y de dos autores contemporáneos, Villey lo trata de colectivista y Bourdeau lo llama el fundador del socialismo de Estado.

Me parece, sin embargo, que su ideal podría condensarse en el establecimiento de asociaciones cooperativas de producción comanditadas por el Estado ó, lo que tanto vale, la *estadización* de la sociedad.

Á esta forma se debe también referir—aunque vengan de orígenes distintos—el socialismo que se denomina «de la cátedra» y el que se llama socialismo cristiano. El primero predica la mayor amplitud en las atribuciones del Estado y justifica por el razonamiento las restricciones necesarias á la libertad del individuo; lo pregonan en Europa una pléyade de jóvenes profesores desde las tribunas de la enseñanza que —si hemos de creer á D'Amicis— «en más de un país, con mayor ó menor restricción de ideas, son en grandísima parte ya suyas».

El segundo, que ofrece variedades, como la religión en que se funda, lo sostienen — sin decirse empero socialistas — muchos prelados venerables de la Iglesia de Roma y pastores insignes de las sectas disidentes que le han prestado en diversas ocasiones el prestigio de su elevado carácter. El esclarecido arzobispo de Westminster, cardenal Manning, Keteller, obispo de Maguncia, Gibbons, arzobispo de Baltimore y otros príncipes de la Iglesia de Cristo se han detenido en presencia de las reivindicaciones del obrero moderno, han procurado hallar un remedio á sus congojas crecientes y apoyar en los Libros santos el fundamento de las reformas necesarias.

Como al principio algunos fueran demasiado lejos, el ilustre pontífice de Roma se apresuró á tratar el problema en célebres encíclicas y poniendo en ellas las inspiraciones de su fe cristiana y su infinita caridad, concluyó por afirmar que ninguna de las calamidades presentes subsistiría si se practicara en el mundo, como Dios lo dijo, la virtud de la beneficencia por los poderosos, y se infundiera en el alma de los desheredados la gracia celestial de la paciencia. « Cuando estas verdades se conocen — dice la *Rerum novarum* — fácilmente se reprime la hinchazón de ánimo de los ricos, se levanta el abatimiento de los pobres y se doblegan los unos á ser benignos y los otros á ser humildes ».

Pero viniendo luego á soluciones más humanas, el Papa, que reniega del comunismo y de los procedimientos revolucionarios, reclama que los poderes políticos atiendan al ruego de los proletarios y contribuyan á moderar con su intervención y con sus leyes las voracidades á veces demasiado crueles del capital.

En realidad, pues, la cátedra, la Iglesia y los socialistas de Estado llegan á una conclusión semejante; pero, como lo indican sus orígenes y su naturaleza, divergen profundamente en los procedimientos.

La tribuna didáctica es meramente doctrinaria; la Iglesia pide á las autoridades públicas el ejercicio de la caridad social, fomenta, en el orden privado, las asociaciones de obreros católicos, sobrios y su-

misos, y, aunque desconoce el derecho de obligar á todos los hombres á vivir en una comunidad forzosa, reclama del poder temporal el reconocimiento de las corporaciones religiosas de monjes que han puesto voluntariamente en común sus riquezas, imitando el ejemplo de los fundadores lejanos del cristianismo; entretanto, el socialismo de Estado se compone de partidos políticos que pretenden, ya por la violencia, según la opinión de los unos, ya usando de las franquicias del sufragio universal, según el consejo de los otros, llegar á constituir autoridades públicas, representantes de los proletarios y encargadas de realizar sus aspiraciones.

Dentro de cada especie hay otra vez, naturalmente, mil variedades pero que participan siempre de uno de estos tres caracteres: doctrinario, religioso ó político.

Pero, además de estas formas puramente reglamentarias, hay, señores, otro socialismo muy distinto y que nos interesa más estudiar, porque si su programa reformista llegase á predominar, nada quedaría de las instituciones del derecho privado en las sociedades del futuro. Es el socialismo verdadero y temible que ha logrado seducir en todas partes á las corporaciones obreras y que les ha dado una organización amenazadora bajo una bandera común. Ha vencido en los congresos alemanes al partido nacional y político de Lassalle; las *Trade-Unions* de Inglaterra no pudieron resistir su empuje y han evolucionado lentamente hacia el socialismo internacional y comunista. Ya, por fin, los discípulos de Carlos Marx, el apóstol del colectivismo, constituyen por sí solos la *Asociación internacional* de los trabajadores, que cuenta con doce millones de afiliados en veinte naciones diferentes.

Esta escuela, histórica y filosóficamente, mira la cuestión social como una lucha de clases. Sus directores espirituales desprecian las rivalidades políticas, religiosas ó de raza como móviles de las guerras humanas, porque para ellos todas las contiendas de la historia no son sino otras tantas luchas de clases separadas por intereses económicos: desde las primeras rivalidades entre patricios y

plebeyos — los antiguos partidos políticos de Roma — hasta la gran Revolución francesa en que cruzaron sus armas la burguesía y la nobleza. El mismo carácter tienen todavía, para ellos, los antagonismos entre la clase triunfante desde 1789 y el proletariado, cuyo triunfo debe ser, entonces, próximo ó remoto, pero irrevocable y fatal.

Sin embargo, aunque respondan á la misma doctrina científica, no son uniformes tampoco las ideas de todos los que participan de la tendencia colectivista, y también aquí sería menester considerar sectas diferentes. La más importante es, sin duda, la que reconoce á Marx por su profeta, sobre todo porque su carácter militante la presenta como un peligro más ó menos lejano para la paz y la tranquilidad de las naciones.

Desde luego, sus rasgos característicos son el internacionalismo y la colectividad. Aspira á suprimir las fronteras y borrar del alma humana el sentimiento de la patria. El mismo Marx ha dado la consigna en un manifiesto que redactó con Engels, su invariable amigo y colaborador, en 1847, á nombre de los socialistas alemanes, y que terminaba con unas palabras que han hecho célebres los acontecimientos de nuestros días: « Trabajadores de todos los países, uníos ! » — Á la inversa, pues, del socialismo reglamentario, en vez de fortificar las autoridades públicas, quiere la supresión completa del Estado, y que los hombres se distribuyan en colectividades libres, independientes de la fuerza y de las leyes del poder político.

Además, predica el colectivismo, la propiedad común de todos los medios de producción para suprimir el capital y el salariado.

En general, su programa y los planos que sus técnicos presentan para el edificio futuro, hacen de este socialismo un adversario irreconciliable del derecho civil. Esa vida común á que aspira, llevada como en vastos cuarteles, no permitirá ciertamente que sobre el matrimonio repose la familia, habrán desaparecido la propiedad individual y todo sistema hereditario, y, con ella, los estímulos que

despierta el amor á los hijos. He ahí los problemas en que más adelante voy á detenerme.

De todos modos, esta doctrina ya merece cierta consideración porque le ha dado formas científicas un hombre de extraordinario talento, y que reunía á su saber profundo una iniciativa fecunda y raras aptitudes de organizador político. Es Marx quien ha sabido motivar con razonamientos científicos la aspiración inconsciente de las muchedumbres asalariadas y, en un libro llamado *El Capital*, que es el evangelio del colectivismo moderno, ha expuesto la doctrina en torno de la cual hoy se agrupa el proletariado universal y donde van á buscar inspiraciones y argumentos los continuadores de sus audaces propagandas. Era este mismo hombre el que soñaba con la organización de los obreros, la realizaba en su propia nación, hacía en París ardiente propaganda, era el espíritu director y el alma de la primera *Internacional*, reunía sus diez congresos y los trasladaba de Ginebra á Bruselas, de la Haya á Nueva-York, de una á otra ciudad, siempre huyendo de las persecuciones. Y cuando, después del último de Ginebra, en 1872, la asociación se dispersa anarquizada por múltiples tendencias, él no pierde la fe en el porvenir y trabaja nuevamente sin reposo por inaugurar la segunda era del colectivismo orgánico.

Pocas veces se reúnen en un hombre tan variadas y extrañas aptitudes; por eso ha podido él solo, dar al movimiento social de nuestra época, su unidad, su fuerza y su luz.

Además de este colectivismo amplio, hay otro restringido que se denomina *agrario*, porque se conforma con poner en comunidad el dominio de los campos. Enrique George, el teórico del *Labor party* americano, piensa, como los antiguos fisiócratas, que todo valor tiene su causa en la naturaleza y que, socializando la tierra, se realizaría la igualdad en todas las corrientes que surgen de este origen común y fuente primera de todos los bienes.

Y por último, sin ofrecer un modelo de reconstrucción más ó menos racional, sin preocuparse de ello tampoco, por odio nada

más á todo lo que existe, aparece una secta infernal, el anarquismo, que no distingue ni patria, ni instituciones, ni personas, porque todo lo confunde en una misma iracunda maldición. No es difícil esta vez determinar los perfiles de la doctrina y señalar sus propósitos. Son adversarios suyos, lo mismo la propiedad que la familia, que la religión, que el Estado, que todo lo que es humano sobre la faz de la tierra. Su programa consiste en aniquilarlo todo, sin conmiseración ni diferencias, y los medios que reconoce como lícitos son aquellos que más pronto y más seguramente lleven á la matanza sin piedad, los que enciendan por todas partes la llama del incendio universal.

«El anarquista, dice Bakounine, fundador de la doctrina, en su *Catecismo revolucionario*, está revestido de un carácter sagrado. No debe tener intereses personales, ni propiedad, ni sentimientos; todo en él está absorbido por un objeto único, un pensamiento único, una pasión única: la Revolución. Ha roto con todo el mundo civilizado, con las leyes, los usos, la moral. Es su adversario implacable; sólo alienta para destruirlo. No tiene más que una ciencia: la destrucción. Para eso, y nada más que para eso, estudia la mecánica, la física, la química y tal vez la medicina y observa con el mismo designio los hombres, los caracteres y todas las condiciones del orden social. Desprecia y odia la moral presente; para él es moral lo que favorece el triunfo de la Revolución, y todo lo que la detiene es inmoral y criminal. Entre él y la sociedad hay lucha y lucha á muerte, incesante, irreconciliable. Debe prepararse á morir, á soportar la tortura y á matar con sus propias manos á todos los que detengan la anarquía ».

Por otra parte, nada de programas para el futuro; el mismo Bakounine ha hecho esta terrible y sublime declaración: « Todos los razonamientos sobre el porvenir son criminales porque impiden la destrucción total, y traban la marcha de la Revolución ».

Un autor ha comenzado con estas elocuentes palabras el capítulo que dedica á Bakounine y sus obras: « Cuando el Dante desciende

los círculos del infierno y llega á lo más profundo de la ciudad sin esperanza, se encuentra allí frente á frente con el espantoso soberano de los ángeles rebeldes:

L'imperator del doloroso regno.

Así, cuando se penetra en las últimas capas del socialismo revolucionario, se encuentra á Bakounine. »

Pues bien, yo no creo que el Lucifer del poeta florentino sea más grandioso, más proporcionado y más lógico que este eslavo terrible, huído de los presidios de Siberia, que vino á propalar en el occidente de Europa sus doctrinas, y que tiene toda la responsabilidad moral de las acciones de esa secta abominable, que en estos últimos años ha llenado de espanto al mundo con sus odiosas tragedias.

II

El derecho de propiedad es el blanco principal de los ataques socialistas, y, aunque con diversa energía, lo combaten todas las doctrinas conocidas : el comunismo puro, de una manera irreconciliable; parcialmente el colectivismo total ó fragmentario, y por indirectas vías las doctrinas moderadas que preconizan el socialismo de Estado.

En definitiva, puede decirse que toda aspiración socialista tiende á borrar ó á restringir los efectos del dominio. Pero el comunismo de falansterio que pretendía igualar la situación de todos los hombres, cualesquiera que fuesen sus aptitudes y sus esfuerzos, era de tal manera contrario á la naturaleza humana y al progreso social, que ha sido del todo abandonado en nuestra época y sus sostenedores se han plegado á las doctrinas del colectivismo moderno. La nue-

va teoría reduce, es cierto, la comunidad á los medios de producción y reconoce á cada cual el resultado de su trabajo y el derecho á gozar de sus ahorros; pero como estos ahorros no pueden destinarse á la reproducción, se aplicarían entonces solamente á la adquisición de artículos de lujo ó á procurar al obrero sobrio una lícita holgazanería. Y de tal manera reducida, la propiedad individual es siempre insostenible dentro del sistema.

Por eso Marx — á cuyo excepcional talento no podía escapar este resultado — se esforzó en su obra por combatir la legitimidad de las fortunas del presente. Él sabía que una vez derribada la organización propietaria nunca más resurgiría.

Desde luego, el fundador del colectivismo contemporáneo atacaba el régimen económico de la época, que hace, según él, cada vez mayores las diferencias y favorece la división de la humanidad en dos categorías: un pequeño número de poderosos y una inmensa multitud de proletarios. Para demostrar la ilegitimidad de la organización *capitalística*, parte del principio que aceptaron Adam Smith y Ricardo: el trabajo es la única fuente del valor. Y entonces se pregunta, ¿cómo es que los obreros que proporcionan todo su valor á los artículos, se quedan con las manos vacías mientras el capital se enriquece sin cesar? Es porque los trabajadores no poseen los medios de producción y necesitan vender su trabajo al capital que los posee y explota su condición más favorable. El trabajo se ha convertido, pues, en un *valor de cambio*, sujeto en consecuencia á las alternativas de la ley general de la oferta y la demanda.

Sobre estas bases funda Marx su célebre teoría del *excedente*.

En el estado económico actual, un obrero que trabajara seis horas habría ganado todo lo necesario para su subsistencia; pero el capital le exige, en cambio de un salario mínimo, catorce y aún diez y seis horas de trabajo. Roba, entonces, al obrero, dice, todo el excedente, y todavía este excedente se acumula al antiguo capital y lo acrecienta para continuar engrandeciendo la inicua expoliación de los proletarios indefensos.

Además, bajo el régimen funesto de la libre concurrencia, el que produce más barato es el único que puede subsistir. Si un empresario obliga á trabajar sólo diez horas á sus operarios y otro empresario vecino los ocupa doce, éste producirá sus artículos á menor precio y aquél caerá necesariamente vencido en la contienda. Entonces, para defenderse en esta lucha desigual, tendrá que exigir nuevos esfuerzos de sus obreros, y esta competencia en que ahora se encuentran las industrias conduce, por una pendiente fatal, á la miseria y á la extenuación de los operarios.

Á estos reproches económicos Marx agrega un cargo histórico, para completar su demostración de que las fortunas actuales deben su origen á las espoliaciones del capital y á los abusos del pasado.

La propiedad de los medios de producción, que hoy se reconcentra en pocas manos, fué colectiva en su origen y sólo la transformaron en un derecho individual las civilizaciones griega y romana, que el mundo moderno ha continuado. En los pueblos primitivos, el suelo se cultivaba en común y se explotaba de la misma manera por las tribus. Más tarde, durante la Edad media,—por cuya organización social muestran los colectivistas una profunda simpatía,—cada hombre se adhirió á un fragmento del suelo que fuertes derechos gravaban en beneficio común. Luego vino la evolución de que ha surgido el mundo actual; los bienes de los conventos eclesiásticos fueron confiscados en el siglo xvi; en el siglo siguiente los estados dilapidaron entre las manos de los favoritos los dominios públicos; la propiedad feudal se convirtió así en bienes de la burguesía y los grandes y medianos propietarios acapararon lentamente los fondos de la comuna.

Sobre estos pilares, en apariencia tan formidables, ha apoyado Marx sus grandes reivindicaciones contra la actual distribución de las fortunas. Todo es ilegítimo, todo es contrario á la justicia, y es menester derribarlo todo para dar lugar á una organización que se funde en la equidad y en el derecho verdadero.

No voy á rebatir las razones económicas del apóstol colectivista,

aunque sus contradictores de la ciencia las tildan de falsas con holgura; pero sí debo decir que sus argumentos contra la propiedad no son fundamentales; que son, al contrario, puramente de ocasión. — Aceptados, sólo llevarían á reconocer que el abuso ha sido algunas veces el origen de los derechos, y, sin justificarlos, se le ha podido responder con acierto que es menester ahora ponerlos al amparo de la prescripción, esa *patrona humani generi*, que decían los antiguos autores, si no se quiere producir en la sociedad moderna una confusión indescriptible.

En el libro de Marx ha quedado por demostrar que la propiedad colectiva sea superior y más legítima que la propiedad privada, — si bien es verdad que su obra no fué concluída y tal vez nos reservara para los tomos subsiguientes la prueba de esta tesis. En nuestra época, otros la han abordado por él, y la nacionalización del suelo ha encontrado, especialmente en Inglaterra y en Estados-Unidos, ardientes sostenedores teóricos que han agregado á la prueba histórica de Marx en favor de la propiedad colectiva, motivos de filosofía y de derecho natural. La tierra, han dicho con desenfado, no puede ser *res nullius*, susceptible de ser ocupada y poseída exclusiva y eternamente; es una cosa común, la cosa común por excelencia. Es, además, el instrumento de trabajo indispensable de todo el género humano, y cada hombre debe tener, si no un derecho de goce individual sobre el suelo, por lo menos una participación, directa ó indirecta, sobre el goce del suelo.

Estas afirmaciones, que no han sido demostradas, desconocen la ocupación y el trabajo que son los fundamentos de la propiedad individual. «El hecho de la ocupación primera, dice Leroy-Beaulieu, constituye un verdadero derecho; no solamente la historia, el consentimiento universal, una especie de concesión recíproca así lo quieren, sino la razón misma y la equidad. Sin el derecho del primer ocupante y de la transmisión voluntaria ó hereditaria, la humanidad caería en el caos. El derecho del primer ocupante representa á la vez un hecho natural, la simple posesión, y un esfuerzo persis-

tente de la voluntad, un trabajo, pues para ocupar ha sido necesario defender, para defender eficazmente ha sido necesario, en los tiempos antiguos sobretodo ó en los países nuevos, residir, explotar, cultivar. Una propiedad, en esas edades rudas, que hubiera sido abandonada por el primer ocupante, no habría tardado en ser invadida y tomada por otro.»

Si la ocupación, así entendida, es la base de la propiedad de las cosas naturales, de la materia prima, por decirlo así, ó, en otras palabras, de los instrumentos que á la producción suministra la naturaleza, el trabajo inconfundible y directo, es sin duda, el origen, la causa y la razón de la propiedad de la naturaleza modificada. El que transforma una cosa le imprime el sello personal de su esfuerzo y debe pertenecerle el aumento de valor que adquiere. « Hasta el pájaro se sabe dueño del nido que ha trabajado laboriosamente para criar en él á sus hijos y ningún otro viene á arrebatárselo, á menos que pase un ave de presa, algún bandido de la gente volátil ».

Ya se ocupen ó se transformen las cosas naturales, se engendra siempre un derecho y en ambos casos hay trabajo, en último análisis, y el derecho es idéntico: la propiedad.

Si se desconocen los derechos que derivan de la ocupación, se llega á desenlaces inadmisibles porque, desde luego, nadie iría á desarrollar el progreso en las regiones abandonadas, sin el estímulo de gozar del suelo que incorporara con su esfuerzo á la obra de la producción universal. Además, ya no habría donde apoyar la soberanía de las naciones sobre sus territorios; y si se suprimieran las fronteras internacionales, como á muchos les arrastra á sostener la lógica, cualquier habitante de las estériles regiones del África central podría reclamar con igual derecho que nosotros el ópimo fruto de las pampas argentinas.

Por otra parte, negar el resultado del trabajo humano á quien lo realiza, vale tanto como cerrar el camino á todos los progresos.

Si dais el mismo valor á los objetos que han requerido el mismo tiempo para producirlos, matais el desarrollo de las aptitudes so-

bresalientes desde que en nada se apreciaría ni la perfección más acabada de la obra, ni la celeridad en realizarla. Y si las buenas condiciones durmieran en cada uno, por falta de aplicación provechosa, ya no se transmitirían tampoco por herencia, y la especie humana caería en una horrible postración — cada vez más horrible.

Algunos católicos que se han embanderado en el socialismo y otros socialistas que han procurado atraer á los católicos, se afanan por buscar apoyo en las palabras del Señor, que á todos ofreció, sin diferencias, el sustento de la tierra. El mismo León XIII les ha respondido : « Porque decir que Dios ha dado la tierra en común á todo el linaje humano, no es decir que todos los hombres indistintamente sean señores de toda ella, sino que no señaló Dios á ninguno en particular la parte que había de poseer, dejando su determinación á la industria del hombre y á las instituciones de los pueblos ».

Si ahora nos separamos un momento del terreno jurídico para no considerar sino las ventajas que de una ú otra clase de propiedad resultarían para el progreso social, es indispensable reconocer las preferencias que merece el dominio individual. No se ha demostrado que la propiedad haya sido colectiva en los orígenes. Más bien parece que las tribus primitivas no fijaban los derechos de cada uno sobre el suelo mientras vivían de la caza y de la pesca, aunque tuviera, sin embargo, entonces cada cual un derecho exclusivo sobre sus arcos y sus flechas. Sólo más tarde, cuando alcanzaron mayor progreso, cultivaron la tierra y entonces fué subdividida. Pero, aun cuando se lograra poner en evidencia que fué colectiva en los orígenes la propiedad del suelo, nadie negaría que el régimen antiguo ha sido abandonado.

La evolución se habría operado del colectivismo á la individualidad, y, bajo este sistema, es que se han obtenido los inmensos progresos de la humanidad en los últimos siglos. Volver á la organización del pasado importaría un retroceso, que en el estado actual del mundo traería la estagnación de las conquistas de la ciencia y de los progresos de la industria.

El prurito de combatir á algunos propietarios y herederos ociosos no merece el grande sacrificio de quitar á los hombres el estímulo del interés, ese mágico acicate que los ha llevado á perforar las montañas, á descubrir mil secretos misteriosos, á precipitar incesantemente el andar de las máquinas, y á sujetar á su imperio las fuerzas de la naturaleza más rebeldes y más desordenadas.

Y la esperanza que alimentan algunos socialistas, de concluir con los delitos, borrando á la propiedad del catálogo de los derechos civiles, no prueba sino cuán grandes son los sentimientos que despierta en el alma humana el anhelo del dominio individual. Y cuántos progresos, cuántos adelantos deben esperarse de un impulso que lleva al hombre á arrostrar la deshonra y los presidios! Las pasiones que desata y la violencia con que las remueve son, precisamente, la medida de su grandeza y de su fuerza.

Creed que ninguna civilización podrá sujetar á la vigilancia del poder el trabajo individual para compensar, con un criterio que nadie ha revelado todavía, el esfuerzo con el resultado. Creed y confiad, en fin, señores, en que civilización alguna, por materialista que sea, llegará á suprimir jamás — aunque no escape al espionaje del gendarme socialista — esa sublime indolencia de la invisible reflexión intelectual que se mece en los ensueños de la creación artística, porque sus obras excelsas, cuando no llevan el pan á los labios, ennoblecen y perfuman la vida.

III

El socialismo revolucionario no se detiene en la supresión de la propiedad porque no es posible, naturalmente, abolir una institución tan vinculada á las otras que forman el organismo del derecho privado, sin alterarlas también. Y aunque muchos de sus doctores rechacen con energía la necesidad de reformar al mismo tiempo la

familia, los más lógicos no vacilan en aceptar esta consecuencia inevitable del sistema.

Marx y Engels indicaron ya, en el famoso manifiesto de 1847, la supresión del matrimonio como uno de los puntos capitales del programa. Para ellos, la unión del hombre y la mujer, como hoy la reglamentan las leyes y la practican las costumbres, que reposa sobre el capital y la adquisición propietaria, no es otra cosa, además, que una poligamia disfrazada, pues no contentos con disponer de los hijos y de las esposas de los proletarios, los burgueses, sin contar con la prostitución pública, encuentran su principal placer en seducirse recíprocamente sus mujeres legítimas.

Es verdad que las obras posteriores de Marx son menos radicales, y que Engels ya no era tan revolucionario en el prólogo que redactó para una edición de este mismo manifiesto en 1883; pero en parte alguna se encontrará que los jefes del colectivismo se hayan retractado de sus declaraciones primitivas. Así lo han comprendido sus sectarios cuando proclamaron en los congresos de Gotha y de Erfurt la conveniencia de emancipar á la mujer de sus yugos presentes, para elevarla á una igualdad absoluta de derechos con el hombre.

Ahora mismo, en la época contemporánea, Liebknecht, el más ortodoxo de los discípulos de Marx, que pidió y obtuvo en el Congreso de Halle la reforma del programa de Gotha, afirmó, en vez de abandonarla, esta aspiración colectivista, y Bebel, otro jefe prestigioso del partido socialista demócrata alemán, ha publicado un libro, *La Mujer y el Socialismo*, para sostener la revolución de la familia moderna.

No es dado, pues, dudar de que las ideas de los colectivistas sean adversas á la conservación del matrimonio. Lo consideran, al contrario, como uno de los mayores males de la sociedad actual. Ellos afirman que los burgueses no se unen siguiendo la inclinación de sus sentimientos, sino para constituir una asociación de capitales en que para nada entra el propósito de formar á los hijos

bastardos del interés, que nacerán de una unión hipócrita y mezquina. Por eso el vínculo del matrimonio tan á menudo se relaja y el divorcio es cada día más frecuente. Al fin, el hombre y la mujer quebrantan la fe jurada, el uno por el hetairismo, la otra por el adulterio.

En todo caso, la mujer se encuentra siempre en una situación inferior, en vez de gozar, como la naturaleza le da derecho, de los mismos privilegios que el hombre. Es una esclava. La veis abrazar el cristianismo, esa religión que ofrece consuelos al desventurado y donde se cobijan todos los miserables que esperan su redención futura. Las leyes le niegan la amplitud de los derechos, y la organización económica le cierra la puerta del trabajo. Las ciudades se llenan de prostitutas, seres abyectos é infelices que han desfallecido en el vicio porque no encontraron el pan honrado en otra parte.

Ahí están el divorcio y la prostitución, cada vez más espantosos, pidiendo á gritos la emancipación de la mujer y la libertad sin reatos del amor.

Así razonan y, más ó menos, así se expresan los modernos socialistas, en sus apreciaciones sobre la familia contemporánea. Sin duda, una escuela social que aspira á suprimir la propiedad tenía que llegar á la conclusión de disolver el matrimonio y arrancar sus hijos á los padres. La propiedad y la familia son instituciones tan estrechamente vinculadas, que no es posible tocar la una sin reformar la otra. La posesión de los bienes lleva á los hombres á constituir su hogar y las necesidades de los hijos son, recíprocamente, los estímulos más fuertes para el trabajo. La perpetuidad del dominio se hermana con la perpetuidad de la familia; con ese vínculo se ligan los padres á los hijos y se enlazan unas con otras las generaciones sucesivas.

Si quitamos á cada cual el derecho de equilibrar sus recursos con sus gastos y libramos al poder social, en vez de dejarla á las necesidades, la medida del esfuerzo, habremos hecho completamente imposible la organización de la familia.

El colectivismo sólo puede haber llegado á concebir la absurda quimera del amor libre, por la concepción materialista que tienen sus creadores de la historia, y por el falso pensamiento de que la evolución de la especie humana no admite restricciones y puede reservarnos en el porvenir todas las sorpresas.

Sin embargo, el matrimonio no es una institución *burguesa*; no ha sido tampoco una creación del Cristo; lo ha conocido el paganismo y los jurisconsultos romanos lo legislaron lo mismo que nosotros: monogámico y perpetuo. Está bueno buscar ejemplo en las otras especies animales cuando haya razón de semejanza, pero si no respetamos las diferencias nos exponemos á caer en la identidad. Que el matrimonio, como nosotros lo reconocemos, base de la familia moderna, es la unión natural del hombre y la mujer, lo están revelando las costumbres incesantes desde los siglos más remotos y los mismos estudios de fisiología y de moral.

Es indudable que la especie humana se transforma, y que seguirán mudando lentamente las ideas y los sentimientos de los hombres, pero la evolución tiene un límite infranqueable en el orden moral, lo que constituye la esencia del alma, de la misma manera que ninguna transformación física podría quitar, por ejemplo, al ser humano el sentido de la vista.

Todos somos hijos, esposos, padres ó hermanos, y sabemos que esos afectos de la familia, que tan raras veces faltan en el corazón del hombre, son los más enérgicos resortes para el bien y las llamas que conservan el calor de la existencia. Hombres sin familia han sido los que en las filas avanzadas de la anarquía realizaron horribles atentados, mientras que Marx, el profeta mismo, apesar de sus simpatías por el amor desordenado, no deseaba abandonar, sin duda, aquel tierno y honesto hogar de Londres, donde se refugió en las persecuciones y cuyo calor buscaba en las horas ateridas del desencanto.

IV

Casi no es necesario decir que el socialismo mira con aversión al derecho sucesorio, desde que procura derribar los dos pilares en que se funda : la propiedad y la familia.

De ahí que los socialistas no se afanen mucho por buscar contra las sucesiones argumentos y motivos especiales ; consideran, con acierto, que, sin fortunas, ya no habría fortunas transmitidas por herencia. Aun los colectivistas reconocen que puede, dentro del sistema, aceptarse que sucedan los hijos en el trabajo ahorrado de los padres. ¿ Qué importa permitir el derecho después de haber cegado sus fuentes ?

Sin embargo, en los congresos de los últimos tiempos, el partido obrero ha votado la supresión de la herencia, pero como uno de los medios de llegar indirectamente á la expropiación de los capitalistas. Así, en el de Gotha, hay un principio que reclama el establecimiento de impuestos progresivos sobre las sucesiones, en consideración del monto de la herencia y el grado de parentesco de los herederos.

Pero este voto está de antemano cumplido en todos los países civilizados, aunque sin llegar, naturalmente, como lo desearían los colectivistas, á la absorción completa del caudal. Nada se opone á gravar las transmisiones hereditarias, como también se gravan las transmisiones entre vivos, en que la cosa y el precio representan el trabajo de ambas partes contratantes. Y nada obsta tampoco á que las contribuciones sean más elevadas, cuando los que vienen á recoger la herencia son personas que no tuvo en vista al adquirir sus bienes el *de cuius*.

En este orden de ideas, me parece, como lo he dicho en conferencias anteriores, que es razonable,—para moderar en lo posible las

desigualdades que provocan las reivindicaciones socialistas,—hacer más amplios los derechos del Fisco sobre las herencias transversales y reducir la familia hereditaria al segundo grado, en vez de dilatarla, como el derecho francés hasta el duodécimo, ni como el derecho argentino hasta el sexto grado de la línea colateral.

He ahí la síntesis de mi pensamiento que he expresado otras veces delante de vosotros, y al que, por lo tanto, no necesito dar aquí nuevo desarrollo.

Antes de terminar, quiero defenderme de la censura que merecerá de algunos la idea de cerrar con este asunto vuestras clases. Bien sé yo que son de índole conservadora las instituciones universitarias, y tampoco niego que sea el socialismo una aspiración confusa que se resiste todavía á entrar en los moldes precisos de la ciencia.

Pero, si no creo que pueda la cátedra embanderarse con ligereza en las propagandas revolucionarias, ni detenerse á escuchar el rumor de las agitaciones callejeras, tampoco me parece que deban las universidades permanecer con la cara siempre vuelta hacia el pasado, sin dirigir alguna vez la vista á las necesidades del presente y á las incertidumbres del porvenir.

Además, es insensato llamar utopías á las ideas, cuando llegan á preocupar el espíritu de los filósofos y el ánimo de los príncipes; cuando insignes pensadores ponen al servicio de las nuevas doctrinas su inteligencia y su saber, y se afanan por conciliarlas con la ciencia; cuando las religiones reabren el Libro sagrado, buscando en los divinos consejos un freno para las impaciencias y un alivio para los dolores; cuando 20 millones de seres humanos tienen en los labios la misma imprecación y en el centro de la civilización universal se acercan, se organizan y ponen en peligro la estabilidad de las naciones. Entonces, es insensato llamar locura á tales ideas.

Al contrario, la experiencia de la historia nos enseña que algo debe haber de verdadero y de justo en el fondo de una aspiración que tiene en sí misma fuerza bastante para marchar contra la corriente

de las persecuciones, que apasiona á los hombres hasta el delirio, que ha suscitado fanatismos y ya cuenta mártires.

Tal vez sea el Estado moderno demasiado frío, mero « poder de represión », como Engels lo llamaba, que contempla indiferente la lucha del fuerte con el débil, y tampoco se conmueve cuando el fuerte ha vencido á su adversario y se ensaña con su cuerpo derribado y lo aniquila. Puede ser que sea necesario rectificar el límite entre la libertad y el poder, y trazarlo por donde van la misericordia y la solidaridad humanas. Encierran una gran verdad, en mi concepto, y una previsión genial estas palabras de Carlyle : *La libertad requiere nuevas definiciones.*

No sé lo que vendrá. Puede ser que la organización económica llegue á modificarse, que se suprima algún día el régimen moderno de la libre concurrencia y que también lleguen á dilatarse considerablemente los lindes del poder social; pero si instituciones hay que atraviesen todas las tormentas para reaparecer intactas en la sociedad del porvenir, esas serán las instituciones seculares del derecho privado. Sobre ellas se romperán, por más impetuosas y violentas que sean, las agitaciones socialistas, como se quiebran, cuando las levanta la tempestad, las olas del mar en las rocas eternas.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA.

MARINAS Y PAISAJES AMERICANOS

(Continuación)

DE YUCATÁN Á MÉXICO

Después de otros dos largos días de mar,—desde Progreso y Mérida,—cuando el capitán del *Engineer* me enseña en la punta de su antejo, un poco al sud de la proa, el festón gris perla que remata en el nevado pico de Orizaba y es el estribo de la gran meseta de Anáhuac, cuéstate algún trabajo recordar que *vuelvo* á tocar en México. ¡Son tan poco mexicanos esos bravos yucatecos que, sin desgarramiento, acabo de dejar! En hora prevista y acaso próxima, junto con el primer crugido del bastidor constitucional que disimula apenas la dictadura de Porfirio Díaz, bastarále á Yucatán condenar el paso estrecho que por Tabasco le sujeta á la fábrica federal: quedará suelto, á manera de pabellón aislado—de arquitectura un tanto original. Más que á México, es á Guatemala que adhiere fuertemente, como el Río Grande al Uruguay.

Entre Mérida y Veracruz, no hay por ahora más vía de comunicación que la marítima. Ahora bien, como vínculo de nacionalidad tal conexión es en extremo laxa y deficiente. En sociología, lo mismo que en física, el agua es mala conductora de calórico.

Los griegos confundían *istmo* y *estrecho* bajo una sola designación. No tenían el concepto vasto de la nacionalidad. Un archipiélago no forma una patria. No llegó nunca á la unidad la misma Grecia

continental, con sus costas acuchilladas por senos y promontorios, sus golfos obstruidos de sirtes é islas múltiples, centinelas avanzadas de las rivalidades y dialectos locales. El líquido elemento, tan complaciente para el tráfico y las colonizaciones, conserva las distancias y se opone á la intimidad política. Dos provincias no están reunidas sino separadas por el mar: *Oceano dissociabili*, decía Horacio. El canal de San Jorge ha influido más que otras causas históricas,—acaso dependientes de la física,—para que Irlanda quedase infinitamente menos inglesa que la asimilada Escocia. Á despecho de la proximidad y las tradiciones, la Sicilia no responde plenamente al estremecimiento nacional: permanece siciliana, y el canal de Mesina es una solución de continuidad. Así entre nosotros: con hallarse á diez horas de Buenos Aires, Montevideo es otro mundo, el *extranjero*, á pesar de un intercambio bastante activo de destierros políticos. Si, en las horas de fiebre aventurera, hubiésemos echado un ferrocarril sobre Abra Pampa y la Quiaca, el sud de Bolivia sería hoy más argentino que la Banda Oriental. Lo que articula, en efecto, y emparenta á los grupos humanos, es el suelo resistente, el vertebrado esqueleto terrestre que guarda como una adquisición definitiva el rastro de cada progreso realizado, donde cada nueva etapa de la caravana puebla un desierto y terraplena un vacío de civilización.

Por otra parte, el Yucatán no es mexicano, ni por la raza probablemente tolteca— ni por la lengua local— maya—ni por la historia antecolonial ó moderna. Siempre conquistado, nunca asimilado, se ha valido de cualquier tentativa unitaria del gobierno central para cortar la amarra federativa y hacer rumbo aparte. Á ratos, suele salir al mundo, que poco se cuida de ello, una república de Yucatán cuya existencia, legalmente comprobada, duró una vez hasta ocho años, lo que es sin duda edad provecta en estas Américas centrales! (1) Hasta sucedióle al dicho y dichoso país considerarse muy vas-

(1) Una duda cruel : durante sus entremeses de autonomía ¿ pertenece Yucatán al centro, ó al norte de América?

to para una sola nación. Según la conocida ley de reproducción de los organismos inferiores, la república se partió en dos, sin dolor: el Estado independiente de Campeche, ilustre en la tintorería, se puso también á intentar su ensayo leal, aovando á toda prisa su correspondiente Constitución « campechana ».

... ¡ Dios mío ! qué interesante y ameno sería todo ello, visto de cerca y estudiado con amor ! En Mérida, con estos ojos « que la muerte cerrará », he recorrido — oh ¡ rápidamente ! — una *Historia política del Yucatán*, en dieciseis volúmenes compactos y todavía inconclusa, faltando lo mejor ! Pero ¿ dónde está el Meilhac iniciado y erudito, el Halévy convencido, capaz de cantar dignamente la Gatomaquia de estas democracias hispano-calientes ?

En los tiempos de sus caravanas libertinas, la región era pobre y rendía poco jugo en el trapiche federal. Las cosas han cambiado, merced al henequén, cuya fibra es incomparable para la cordeleería. Su exportación se ha decuplicado en pocos años; el pasado, los solos Estados Unidos han absorbido por diez millones de dollars del textil yucateco, destinado principalmente al agavillado del trigo en el Far-West. Pero tal éxito ha despertado la infalible competencia. Mis amigos no dudan del triunfo y miran con desdén las jarcias y maromas de Bahamas ó Filipinas. Parece, en efecto, que la pita yucateca deriva su excelencia de la misma aridez del suelo: si es así, no hay peligro, siempre que nuestra Rioja no entre en la lid !

La administración maternal de Porfirio Díaz no podía asistir impasible á este empelechamiento de « Cendrillón ». Al punto, ha decretado derechos enormes *contra* la exportación del henequén: es su manera de alentar la industria nacional. Después de sendas protestas, los contribuyentes ha tenido que ceder, según costumbre.

Pero, si la población yucateca estaba ya cansada con el yugo azteca, no parece que el nuevo impuesto tenga la virtud de hacerla descansar... Aztecas, toltecas, yucatecas: bien sospecho que para mis lectores toda esta micrografía ha de quedar algo confusa, fun-

diéndose los matices en la riqueza del consonante. Pero, deben creermelo bajo palabra: un abismo separa á unos y otros,—un abismo que he cruzado en dos días de navegación.

Con este preámbulo, sólo quise explicar por qué, al desembarcar en Veracruz, parecíame, como á Hernán Cortés, pisar por vez primera el suelo mexicano.

VERACRUZ

Para ser justo, habré de decir, desde luego, que Veracruz lleva á Colón la ventaja enorme de ser, en lugar del principio, el término definitivo de mi accidentada travesía: por lo demás, tan repelente y siniestro como aquél, — con la decrepitud por añadidura, y algo que revela no sé qué convicción mayor, qué arraigamiento más incurable en el abandono pantanoso y la incuria malsana.

Al paso que vamos entrando en la rada abierta y casi vacía, la famosa fortaleza de San Juan de Ulúa emerge de su islote madre-pórico. Los españoles la declararon « intomable »: sin duda habrán mudado de parecer desde que ha sido tomada por todo el mundo. Da pena su estado de deterioro actual, y nos preguntamos qué fragmento sólido de esa ruina podría dar pretexto á otro bombardeo. Una tierra baja, hacia el sud, es la isla de Sacrificios, el « Jardín de aclimatación » de la intervención francesa que pobló su cementerio más copiosamente que todos los sacrificios humanos de la barbarie azteca. La « Villa rica de la Veracruz » alarga en la playa arenosa y palustre sus casas de azotea y desteñidas cúpulas. El primer aspecto es mezquino y desmedrado, pero el segundo es peor. En mi desdén francés de la geografía, me imaginaba á la ciudad con su puerto de fama secular, como á otro Valparaíso, ó, por lo menos, un Callao en plena actividad comercial, á pesar del clima insalubre: me encuentro con cinco ó seis buques

fondeados (1), delante de un villorrio húmedo y silencioso. Las estadísticas más mexicanas declaran un tráfico anual que es la sexta parte del de Montevideo; es por mucho el primer puerto de México, que cuenta doce millones de habitantes. La marina de guerra está allí representada por dos avisos de modelo anticuado, *Independencia* y *Libertad* (naturalmente!), que se herrumbran en el fondeadero, con su cañoncito de popa, arremangando la nariz. Su aspecto de incuria hace sonreír á nuestros oficiales ingleses. Á pesar del toque de corneta que prodiga su llamada, tres ó cuatro marineros desbragados, en la cubierta del *Independencia*, se persiguen y juegan á empujones. Esta pequeña escena abre perspectivas sobre la disciplina de á bordo...

Después de las visitas reglamentarias, dos botes atracan á nuestro *Engineer*. No soy rencoroso: prodigo los enérgicos apretones de mano á mis guardianes (*A slice of bacon, sir?*), y me largo con mi petate. En el trayecto, pregunto á mi botero — un gran diablo negro de piel flácida y como acardenillada — si la fiebre amarilla sigue prosperando en Veracruz? « Ah! no, señor, respóndeme consolante y satisfecho: sólo hay vómito negro!... » Como se ve, la cosa varía de especie y quedo muy tranquilizado. Desembarco en un pequeño muelle, entre una docena de negros ó mestizos, sin mucha baraunda. Mi botero es también esportillero, carrero, etc., con más oficios que faenas; se ofrece para llevar mi equipaje á la estación, esta tarde: requisito indispensable para poder tomar mañana el tren de México! Mi carrero-piloto, al ponerme al corriente, se expresa con admirable corrección, acaso superior á la de los *sacalaguas* limeños! Ante este *cicerone* con aptitudes de Cicerón, tengo que velar sobre mi estilo y envainar mis *vení* y *ché* argentinos. Cuando el purismo desaparezca de Salamanca, volveremos á encontrarlo en el morro de un negro, bajo un portal de Lima ó México.

(1) Movimiento anual: 139 vapores, 52 barcos de vela, formando un total de 270.000 toneladas.

En el resguardo, tengo que esperar el beneplácito de un grueso personaje que, en su uniforme descolorido y pasado, redacta su correspondencia: mi baqueano me informa en voz baja que ese es el gran jefe! Al fin, se levanta el alto funcionario y preside personalmente á la apertura de los baules. Es severo, meticoloso, inquisidor; sus manos gordas atropellan mis ropas y papeles: un instante, se ha complicado la situación, á causa de una botella de pisco... Con gran trabajo aplaco á mi galoneado cerbero; al cabo me deja libre de poner mis cosas en orden, en la calle cenagosa y sin aceras. Ha llovido esta mañana, lloverá esta tarde: en la atmósfera gris y mal enjugada, vagan siempre algunas gotas disponibles que se asientan acá y allá. Me pongo en marcha hacia el *Hotel Universal*, detrás de mi carriola: queda á dos pasos, me afirma mi guía; por otra parte, no se divisa un carruaje en todo el malecón.

El aire húmedo y el cielo bajo forman un ambiente pesado que, desde luego, fatiga el pecho y relaja los tejidos. Con aprensión invencible, se cree, se siente que se respira el miasma y la anemia. Compréndese demasiado cómo, después de algunas semanas, el forastero debilitado busque y no encuentre su pasada energía: ha descendido á la miseria fisiológica del indígena, sin adquirir su relativa inmunidad contra las endemias mortales. El enfermo ha de perder pie en seguida, y el empobrecido organismo buscaría aquí, más vanamente que en Panamá ó Guayaquil, la reserva de fuerza indispensable para la reacción... Durante la intervención francesa, las guarniciones sucesivas de Veracruz se fundían como cera: hubo de apelarse á los africanos y criollos de la Martinica.

El aspecto de la ciudad es miserable y decadente: ningún carácter «propio» — sobre todo en el sentido francés de la expresión; evoca la parte más vulgar de otras conocidas poblaciones hispano-americanas, — algo así como el arrabal de Malambo en Lima, ó el de Ultra Mapocho, en Santiago. Al llegar al hotel, situado en una pequeña plaza sombreada y enlosada, pregunto por el «centro» de Veracruz, el barrio elegante y concurrido: estoy en él ¡es eso!

Las eternas casas con saliente balcón de madera y ventanas de obscuras celosías, pero sin la nota pintoresca del Pacífico: se adivina que no hay nada detrás que merezca ser visto, á guisa de un tupido velo sobre una cara fea. Las calles en declive tienen su arroyo central lleno de cieno y hierba. Las lepras de humedad se pegan en las paredes, en los balcones, hasta en el papel de las habitaciones. Las inmundicias llenan las calles, y, por todas partes, de los techos, de las cornisas, de los umbrales, nubes de buitres negros, de zopilotes enormes bajan á la calle para llenar su oficio esterco-rario. Véselos abatirse sobre los montones de basura, hundir en los detritos sus inmundos cuellos pelados, y volarse luego, repletos, pesados, gordos como rufianes, para asentarse en la barandilla del balcón donde, un minuto después, una mujer posará sus manos pálidas. Háse conservado religiosamente la innoble tradición colonial que delegaba en buitres y cuervos la limpieza urbana: un reglamento los manda respetar, bajo pena de multa. Los zopilotes representan una corporación, una institución municipal. Y pululan, pareciéndome su desparramamiento, su infección visible y semoviente, mil veces peor que la inerte suciedad. Una *fadeur* nauseosa de hospital y cementerio se desprende de los edificios: un vaho de sutil podredumbre que llena las calles, se insinúa en las casas, se infiltra en los cuartos, penetra horriblemente las ropas y hasta las sábanas. Lo arrastro conmigo por doquier, á pesar de toda mi agua de Colonia; me repugna la fragancia de las flores en la Alameda y ansío aspirar una acre fumigación desinfectante, un ambiente de agua fenicada...

Vago por los empedrados; visito, por descargo de conciencia, la « Casa municipal », algunas iglesias, y hasta la estación del Ferrocarril Mexicano. Faltan ¡ ay! doce horas para el tren libertador! Un chaparrón me arroja á una librería, compuesta de una docena de textos escolares, novelas españolas y otras tantas pizarras. Descubro un ejemplar del *Teatro crítico*, roído de moho—nunca tendrá más que el estilo del autor!—y caigo en el conocido artículo de *Los españoles americanos*, donde se explica que en ellos « amanezca

más temprano el discurso, por la mayor aplicación y continuada tarea de la juventud ». ¡Excelente Padre Feijoo!...

Enfrente de la tienda se alza una iglesia restaurada: « San Francisco! » me dice el baratillero con satisfacción. Y cruzo la calle, movido acaso por la vaga reminiscencia inconsciente de otro San Francisco que, ahora, se dora ya en la memoria con el resplandor imaginativo de lo pasado, de lo desvanecido, de « lo que pudo ser », como murmura con tristeza inefable el simbólico é inquieto Rossetti:

Contémplame : mi nombre es *Pudo-ser* ;

También me llamo *Nunca, Es-tarde, Adiós!* (1)

Desvarío aparte, compruebo que la iglesia es tan poco original como su nombre. Es la sempiterna «arquitectura» recargada y pintoreada del frailismo colonial, con sus capillas en escaparate, sus altares relucientes de oropel y, dominando el retablo, un gran Cristo sanguinolento, que comba en la cruz su torso púdicamente envuelto en un calzón de bordado terciopelo, y lleva, en contorno de su rostro de yeso, bucles de doncella, « tirabuzones » de verdad, cortados en una frente de veinte años y ofrecidos como *ex-voto* de penitencia ó gratitud.

El hotel está regido por españoles, pero servido por criollos : naturalmente, rezuma incuria y desaseo. Tengo que librar batallas por conseguir una silla entera, una tohalla casi limpia, una almohada al parecer intacta. Pero la mesonera acude en auxilio de su mozo y me desarma en un pestañeo. En Veracruz—lo mismo que en Burgos ó Toledo—nunca he podido resistir á la ingenua filosofía española : á la patrona maciza y jovial que se para, puesta en jarras, delante de mí y, sin inmutarse por mis protestas y « franchuterías », raja

(1) DANTE-GABRIEL ROSSETTI, *The House of life*, xcvi :

*Look in my face ; my name is Might-have-been ;
I am also called No-more, Too-late, Farewell !*

mi indignación con esta salida : *Pero, hijo de mi alma, vamos á ver !...* Quedo aturdido y acabo por reir. — Como en el patio — pues es preciso comer, á pesar de los zopilotes : un negro enjambre de moscas acribilla la mesa y me espera de pie firme ; no hay arbitrio que las espante y caen en el sitio, como la guardia de Waterloo. Tomo el partido de sepultar mi pan bajo el mantel, mi vaso bajo un plato y así, con ayuda del mozo que esgrime una pantalla, pruebo algunos bocados, sin mirarlos demasiado.

La fonda — *the leading hotel*, dice mi guía yankee — da sobre la Plaza mayor, que es también el paseo público, enfrente de la catedral. Rebosa de follajes y flores, y su contorno rectangular está enlosado de mármol : es el lujo y el orgullo de la población, el « Santa Lucía » de Veracruz. Los « veracruzificados », hombres y mujeres, habituados al cascote de sus aceras, no pueden agotar la sensación deliciosa de resbalar en las losas : es una moda elegante el caminar allí arrastrando los pies, como quien patina, — y desde mi cuarto abierto, después de media noche, seguiré oyendo la enervante resbalada. Á la tarde, los buitres aportan en bandadas y se forman en filas sobre la cúpula y los campanarios, como canónigos en cabildo : su espesa franja negra cubre balaustres y cornisas. Otras aves oscuras silban, pían, graznan insoportablemente en los follajes ; no se percibe una nota dulce, un arrullo de tórtola. Parece que en Veracruz cualquier belleza natural se presentase desviada, degenerada, pervertida. De las flores abiertas, de las verdes espesuras se escapan los efluvios de fiebre y el miasma mortal ! Las aves que en otras parte son la nota alegre y juvenil de la naturaleza — algo así como la obra inútil y encantadora del séptimo día — no están aquí representadas sino por sus especies innobles ó displicentes : mirlos y urracas, que parodian el canto del ramaje, cuervos y zopilotes repugnantes : los *croque-morts* de la ornitología !

Después de dos ó tres vueltas en la plazuela, quedo varado en un banco, — tan enervado por la volátil cencerrada, que veo lle-

gar sin un estremecimiento la banda municipal, blindada de cobre, cubierta de galones y entorchados... Por supuesto que, para hacer juego con lo demás, habría de ser intolerable. De ningún modo; su desafinar no es intermitente, como el de otras bandas pretenciosas, sino homogéneo y diré metódico; los ritmos se alargan con languideces criollas que, para un repertorio de *palomas* y *zapateados*, están en situación. El mismo repertorio es una muestra de gusto relativo, en esta latitud: temía « selecciones » italianas ó « perlas de salón ».

El « Todo-Veracruz » ha invadido la Alameda, á remolque de los trombones; se desarrolla lentamente en torno de los naranjos y magnolias, bajo la cruda luz que entornece los follajes. Damas y caballeros visten telas claras, llevan flores en el ojal, en el seno, en el cabello; se respira un ambiente capitoso de jazmines. Muchos jóvenes parecen raquíticos, achaparrados; al verlos arrastrar la pierna, me ocurre que, para algunos, el patinar en la losa puede ser el esquema elegante de un vago reumatismo ó de la ataxia próxima. Las muchachas son menudas y frágiles, no feas en general, ni mal emperejiladas, merced á la ausencia de imitación « parisiense »; algunas, bonitas, á despecho de su busto liso y su espalda estrecha donde cae una trenza maciza; un encanto mórbido se desprende de su pintada palidez. No pocas, sin duda, están convaleciendo y, después de la siesta desmayada, han recobrado para la noche un poco de vida facticia y alegría *falote*.

Todo este pequeño mundo enfermizo ríe y juega durante una hora en los perfumes y la música. Los grupos tararean ó esbozan la habanera ejecutada, desbordantes de entusiasmo: con razón la guía señala esta función al aire libre, entre los *characteristics* de Veracruz! (1) Pero lo que arrebató al público, es la *Marina* sentimental y cursi que la concurrencia entona á media voz. Oigo este grito irresistible y farmacéutico en una boca de mujer: ¡*Qué ja-*

(1) *There is music, usually in the evenings, on the main plaza.*

rabe! — Son sinceros ; experimentan ante ese ideal para horteras y esa tristeza de romanza la misma sensación estética que otros ante el *allegretto* de la séptima Sinfonía. Siendo el efecto idéntico, aunque procedente de causas tan diversas ¿quién decidirá en cuál hay mayor dosis de convención?... Y, desde mi alcoba, por la abierta ventana donde la velada luna llena me rememora el tragaluz del camarote, sigo las voces jóvenes que suavizan y *algodonan* las quejas desgarradoras de un pistón frenético: *En las alas del deseo mi ilusión la ve flotar !...* Me duermo á medias en mi catre de lona, al compás de la mecedora canción, y, no sé cómo, atraviesa mi sueño el afeitado espectro de esa Inés de las Sierras, evocada y fijada por Teófilo Gautier en uno de sus esmaltes inalterables :

*Nodier raconte qu'en Espagne
Trois officiers, cherchant un soir
Une venta dans la campagne...*

EL ANÁHUAC

Después de una noche pasada en claro, bajo el ilusorio mosquitero, estoy en pié al rayar el alba, impaciente por tomar el tren de México. En la sala de espera, oigo protestar contra el madrugón : sin duda, otros poseen una « virtud dormitiva » que triunfa del calor y de lo demás. Por mí, habríamos partido tres horas antes, perdiendo la vista de los alrededores de Veracruz, con sus médanos y charrales salpicados de infectos pantanos, donde algunos *jacales* techados de palma me traen recuerdos de la tierra. Bastaba abrir los ojos después de Soledad, para saludar de paso el Camarón de gloriosa y patética memoria (1). El tren de la Compañía mexicana es

(1). El 1° de mayo de 1863, una compañía del regimiento extranjero (62 hombres) se defendió en esta hacienda un día entero contra 2000 mexicanos. Quedaron *tres* hombres ilesos que al fin « capitularon con los honores de la guerra », y recibieron la cruz de la

bastante confortable, con su lujoso Pullman americano, — sólo que no hay nada de comer ni beber: almorzaremos en Esperanza, hacia el mediodía. La vía está admirablemente construida, y el camino hace olvidar todas las abstinencias: es propiamente una maravilla!

La subida comienza á partir de Soledad; el ambiente se aligera, y, en el júbilo universal de la mañana, la naturaleza tórrida oculta su aspecto hostil y sólo ostenta su belleza. Cruzamos puentes sobre arroyos tributarios del Atoyac, vamos trepando por entre la roca viva, con no sé qué prisa por escapar de los lazos de esas « tierras calientes », cuyo abrazo es funesto como el amor de Circe. La vegetación de la zona ardiente revienta aún en las quebradas, intacta y omnipotente, á esta altura de 1500 pies; los cañaverales y cafetales extienden sus cuadrículas de verde más tierno en los valles y laderas. Alternan con los triviales plátanos y palmas, los altos helechos y los izotes de latas rígidas; todavía estallan las orquídeas junto á los follajes oscuros de guayacos y caobas, y se mezclan á las flores rojas de los tulíperos. Pero esta naturaleza excesiva parece ablandarse para la despedida, y purifica su caricia malsana la brisa de las montañas próximas.

Enfilamos el túnel de Chiquihuite y, en seguida, un puente metálico de 330 pies corta la pintoresca cascada de Atoyac. Aquí es donde principia la verdadera ascensión, sobre rampas de cuatro por ciento, subiendo curvas que parecen insensatas, por entre paisajes espléndidos. Un orgullo humano hincha el corazón delante de tanto prodigio realizado, — sobre todo al recordar que esta parte de la línea ha sido construida en medio á las revueltas, hace más de treinta años. En la delantera y trasera del tren, acaban de uncir dos poderosas locomotoras Fairlie para trepar la terrible escalera de Orizaba y Maltrata. Entusiasma verlas acometer la ruda tarea con su jadeo formidable y rítmico, arrebatando por arcos declivios de

Legión de honor. Durante la ocupación, cada vez que pasaba allí un destacamento francés, los tambores tocaban marcha, los soldados presentaban las armas y los oficiales saludaban con la espada. Hay un monumento costado por el gobierno mexicano.

cien metros de radio, el tren articulado que retuerce sus vértebras entre la muralla de granito y el abismo : se tiene gana de aplaudir!

Subimos y giramos sin tregua alrededor del cambiante panorama. Primero se contempla el paisaje en alta perspectiva, luego se le corta á nivel, para volverlo á ver todavía, desde el recodo superior, proyectado horizontalmente, á guisa de relieve topográfico. Durante media hora, el mismo sitio se presenta sucesivamente como montaña, meseta y valle profundo. Desde Atoyac hasta Córdoba, en veinte millas de trayecto, se sube de 1500 pies á 2800 sobre el nivel de Veracruz. Continúa la subida de la rampa abrupta por entre ese paisaje de hechizamiento. Cruzamos la honda y ancha torrentera de Metlac sobre un puente de acero que forma un cuarto de círculo de ciento veinte metros de radio y tres por ciento de grado, á una altura de 92 pies sobre la sima. El valle encantador de Orizaba, al pie de su pico nevado y resplandeciente, marca la entrada en las tierras templadas. La ciudad, blanca y alegre, se divisa, bajo su velo matinal de gironada bruma, en su marco de espesa verdura, donde los robles y nogales se mezclan ya con los últimos esplendores del trópico. La lucha está empeñada entre ambas naturalezas; pero es la nuestra, la buena y sana vegetación alpestre, la que está pronta á vencer... En la estación, me ofrecen mangles, pomarosas, granadinas que saben á tunas demasiado fragantes... No; basta, decididamente : creo que por algún tiempo no me harán falta...

Seguimos la marcha, y á poco, en Maltrata, un enjambre de indiecitas frescas nos invaden con ramilletes de gardenias y violetas, nos cargan de canastillas llenas de peras, cerezas, albaricoques y fresas perfumadas. Me echo encima, la boca llena de agua, cual delante de un envío delicioso de la patria. ¡Qué desayuno! Se come más y más, se compra todavía, se hace provisión de flores y frutas; las banquetas del pullman se convierten en puestos de mercado... Ahora, en la subida que continúa, la montaña ostenta la riqueza agreste de los Alpes y los Pirineos : erguidas encinas de follaje calado, olmos macizos, esbeltos alisos, abetos oscuros, desplomados

en los declives y, más arriba aún, la pirámide aguda de un gigantesco ciprés. El aire fresco nos trae efluvios resinosos y salubres. ¡Cuál se dilatan mis pulmones europeos, lejos de esas travesías debilitantes, de esas emanaciones perversas del ecuador! ¡Cómo se aspira la salud, el gozo de vivir, en el seno reconfortante de esta naturaleza septentrional! Es ésta la verdadera madre de la humanidad civilizada, la nodriza robusta y dura — y no esa querida criolla, con sus caricias llenas de traiciones, sus siestas lánguidas y enervantes, ladronas de virilidad!

Por todas partes, campos cultivados, aldeas de techos rojos en torno de los pintados campanarios; vacas y ovejas manchan alegremente las pendientes; los potros galopan en las praderas, la crín al viento: y ante esa fiesta de la tierra fecunda, esa plácida y eterna geórgica de la zona templada, un *Salve magna parens* vaga en mis labios, que se dirige á otras comarcas americanas, donde este espectáculo no es un accidente, — las que reservan á la Europa del siglo veinte sus campos de promisión.

Prosigue la ascensión; franqueamos por instantes claros arroyuelos que trazuman de las paredes de granito, cortadas á pico y ya jaspeadas de musgo, con ramitos verdes y azules en sus grietas húmedas. Ahora empieza á sentirse frío; andamos por la nubes; la roca desnuda desgarrá á trechos el humus delgado. Pero la vida vegetal no desfallece aún: lucha y se transforma antes de sucumbir. Los pinos y hayas tenaces se engrapan en la piedra, se retuercen sobre los helados torrentes, como para resistir al llamamiento vertiginoso del abismo. El espectáculo reviste una grandeza indecible que aplastaría nuestra infimidad, si no se mirara siempre la valiente locomotora casi humana que sigue trepando, dominando la sojuzgada naturaleza, en su desdén soberbio de las quebradas y precipicios que atraviesa sobre un alambre! Se siente la embriaguez del libre espacio y de la altura, hasta que el próximo túnel da breve tregua á la vista fatigada; pero, al pronto, una vislumbre de tronera parece vagar sobre la máquina, crece rápidamente, ahuyentando

las tinieblas como humareda, y el día claro resplandece de nuevo sobre un leñador que hunde su hacha en un tronco, un hato de cabras desgranado en la falda, un indiecito que arrea su burro y nos mira pasar con sus ojos tranquilos... Pero los grandes árboles se espacian más y más; la hierba rasa y los arbustos mezquinos anuncian la vecindad de los nevados y volcanes. Ya parece que toda fuente de vida vegetal esté agotada, cuando en Boca del Monte, cerca de la cumbre, á 8000 pies, un último bosque de coníferas colosales surge á orillas de la vía, arrojando una suprema nota triunfal, á manera de un *morituri* de gladiadores que ostentan su orgullo y sus músculos en el instante mismo de sucumbir. Son las sorpresas de la sierra tropical.

En Esperanza, estamos al borde del Anáhuac, cuya altiplanicie se prolonga hasta México. Los maquinistas desenganchan las locomotoras Fairlie, y, durante el almuerzo, pienso que en seis horas hemos recorrido la escala vegetal que va desde la zona tórrida hasta las cumbres alpinas. También es aquí donde los trenes que se cruzan canjean su escolta de seguridad,—pues es cosa muy sabida que el bandolerismo no existe en México, desde el advenimiento de Porfirio Díaz !

Surcamos ahora la altiplanicie de Anáhuac con su limitado horizonte que, hasta México, forma un circo moviente de serranías. Alrededor del alto Popocatepelt, cuya nevada cumbre se esfuma en las nubes, los cerros menores apiñan sus grupos parduscos, como un rebaño en torno de su pastor. El tren sigue rodando hacia la montaña cercana sin alcanzarla jamás, cual si transportara consigo la oblonga meseta. La extensa llanura está muy poblada; á derecha é izquierda de la vía, los caseríos se suceden hasta las primeras ondulaciones de la falda; los campanarios rompen la monotonía de los cultivos: campos de centeno, maíz, cebada. Algunas haciendas son construcciones macizas, de gruesas murallas grises coronadas de miradores, cuyo aspecto participa del *bordj* argelino y del castillo feudal. Los indios hormiguan en otras labranzas, prontas para la

próxima siembra. Á trechos, parches de aive, verdes juncales en las cañadas, que me traen á nuestra frontera de Santa Fe... Pero, ante todo, esta es la región del maguey : durante leguas y leguas, el agave productor del pulque alarga interminablemente sus hileras de dardos agudos, plantadas al tresbolillo. — No hablemos ligeramente de esta bebida nacional, tan necesaria para el pueblo mexicano como la cerveza para el germano, y tan simbólica como el soma de los antiguos arios. Desde el distrito de Apam, el Munich indígena, diariamente, se le despacha á México en trenes especiales. Un imponente cuadro de Obregón, más reproducido que la imagen de Guadalupe, consagra esta borrachera patriótica : desde su trono imperial de alta gradería, el Gambrinus azteca, profusamente emplumado, apura la primera copa del néctar divino : aquello se intitula LA INVENCION DEL PULQUE, como si dijéramos la « Invención de la Santa Cruz », — y no es para mí flaca satisfacción, el que mi *gusto* concuerde con el de un pueblo entero, al declarar sin ambaje que la pintura es tan sabrosa como la bebida — y recíprocamente.

La lluvia ha comenzado en Esperanza y seguirá hasta México. Naturalmente, me libro del polvo, que es el flajelo del Anáhuac ; pero el frío se acentúa, pues, desde Lima, me he acostumbrado á dejar el sobretodo en el bagaje. No hay nada que ver entre la tierra gris y el cielo gris, nada que leer, fuera de un papelucho de Veracruz que me sé de memoria, desde el editorial hasta los avisos del montepío... Dirijo la palabra á mi vecino más apetitoso : resulta un viejo mexicano tartamudo, sordo á medias y « liberal » á enteras, que me toma por español y se deja caer á brazo partido sobre los franceses de la intervención. Me divierte infinitamente, y, por momentos, temo que lo sospeche. Me enseña el antiguo camino real que ahora costeamos, donde un azteca de traje antecolonial camina descalzo tras de su asno, y, con sonrisa entre infernal é idiota, me explica cómo pasó por aquí de fuga el cuerpo de Lorencez, después de su derrota ante Puebla. El rechazo fué muy real ; en cuanto á la fuga, es tan cierta que, después de descansar dos días en los Álamos, casi

bajo el fuego del fuerte Guadalupe, esperando vanamente á los vencedores que no intentaron salir, el general Lorencez estuvo á punto de recomenzar el ataque. Pero tiene razón el inválido, lo mismo que los otros: 5000 franceses llevando el asalto á una ciudad fortificada de 75.000 mil almas, defendida por los 12.000 mil hombres de Zaragoza, bien artillados y parapetados tras de sus murallas: era partida igual y debíamos vencer! Y es por eso que el comandante Lefebvre, algunos días después, batía *à plate couture* al victorioso Zaragoza, cerca de Aculcingo, con el regimiento 99 de línea, haciéndole mil prisioneros; y que más tarde, Bazaine, —de quien todo puede decirse, menos que no era valiente hasta la locura— con dos regimientos y su 3° de zuavos que nunca le abandonaba, puso al ejército de Comonfort en plena derrota, en San Lorenzo, cerca de la misma Puebla...

Esos tristes recuerdos de historia, y otros más trágicos aún, me persiguen hasta la estación de Apizaco, donde arranca el ramal para Puebla. La lluvia sigue cayendo; el tren se ha llenado de mexicanos. Muchos jóvenes « decentes » visten el traje nacional: la corta chaqueta de torero que deja ver el cañón del revólver, largo como un trabuco, el ajustado calzón con su hilera de botones metálicos, el enorme sombrero cónico con su grueso cordón plateado. Se disfrazan de « charros », á manera de los porteños que volvían de la estancia con el poncho y la bota, hace medio siglo! Instintivamente, me siento ante un anacronismo. ¿Será por ello que, al punto, me desagradan tanto esos falsos « piratas de la sábana », de aspecto melodramático y aire de fachenda, que soportan tan dócilmente á don Porfirio?

El cielo bajo y anegado hace ya el crepúsculo en el wagón; me envuelvo en el *zarape* que he comprado á un buhonero y, desde mi rincón, miro melancólicamente las charcas del camino, rumiando esa lúgubre historia, esa « gran idea del reino » que me hostiga sin cesar. Han debido nuestros pobres soldaditos recibirlos más de una vez en su espalda y en su rancho, estos aguaceros que

traen la fiebre! — y sin que jamás un reflejo de gloria legítima, una llama de sentimiento patriótico recalentase el vientre vacío y el cuerpo aterido:

Petit pioupiou,

Soldat d'un sou,

Qu'as-tu rapporté du Mexique ?...

¡Qué cosa podía traer el soldado, de esta aventura ambigua, tan obscura en su origen como en su real propósito, á no ser el hábito del merodeo y del desorden, la tendencia ó el derecho de despreciar á sus jefes, — todo lo que, más tarde, contribuirá á preparar el desastre final? — El ejército asistía á las desavenencias de las autoridades civiles y militares, á las competencias codiciosas entre refugiados mexicanos y agentes franceses, á esas organizaciones de « contraguerrillas » que recogían bajo la bandera de la Francia la espuma de la filibustería internacional, á esas cacerías matrimoniales de los Dono, Bazaine, Saligny: á esa lucha de intrigas entre sus generales y los Almonte y Labastida—clericales de salón y oficiales de antesala, prontos á vender á sus aliados como entregaron á su país, y que empujaban á Maximiliano por el camino fatal de Querétaro.

¡Pobre diablo de emperador en comisión, traído como un accesorio en los furgones del ejército extranjero! Hoy nos parece imposible que semejante empresa haya germinado en cerebros y corazones sanos — y todo se achaca á la alucinación de Napoleón ó á la corrupción de Morny, olvidando que hombres como Michel Chevalier — una inteligencia y una probidad — que conocían á fondo á México y los Estados Unidos, apoyaron con vehemencia la funesta expedición. — He leído, en no sé qué casino ó club del Pacífico, un artículo de Claudio Jannet (1) en que se emite este pensamiento « profundo » bajo una forma un tanto romántica: Napoleón III *releve le trône d'Iturbide sur la tête de Maximilien.* ¡Un trono sobre la cabeza! Debía de ser

(1) *Revue des Deux-Mondes*, marzo de 1893.

muy incómodo, por momentos, y bastaría á justificar su anunciada abdicación. Y ello, que no era sumamente fuerte, esa cabeza de Maximiliano! Bueno, generoso, iluso, sin mucha inteligencia ni carácter, era de esa semilla de archiduques y generales áulicos que, desde Jemmapes hasta Sadowa, han dejado en la historia un reguero de derrotas.

Su muerte fué digna de un Habsburgo. Con todo, malogró su salida, como su entrada. Quisiéramos encontrar en ella menos resignación cristiana, no sé qué resumen altanero y despreciativo que fuera un castigo y una lección : un ancho escupido al rostro del traidor, un latigazo en plena faz del indio que se vengaba como verdugo después de no pelear como soldado : la palabra suprema y vengadora que acreciera nuestro aprecio sin atenuar nuestra piedad...

De repente, el nombre de Otumba que suena en la noche barre todos estos recuerdos contemporáneos, evocando otras imágenes más altas y lejanas. ¡Hernán Cortés! No era la voluntad ni la energía lo que faltaba al que se batió aquí, há cerca de cuatro siglos! Con todo, su alma heroica y ruda de conquistador había también sufrido la víspera su hora de flaqueza humana. Cuéntase que lloró, durante la agonía de la *Noche triste*, bajo el ciprés que la tradición enseña en Popotla, por estas cercanías. Era fuerza partir, abandonarlo todo después de tenerlo todo conquistado, escaparse en las tinieblas, á raíz del inmenso desastre, abriéndose la retirada á través del país sublevado. Entonces el jabalí detuvo la fuga, hizo frente á la jauría furiosa (1), y, á fuerza de audacia y desesperada intrepidez, repuso su fortuna. — Y es un privilegio fugaz del forastero, esta evocación de un pasado lejano y de una epopeya bárbara, por la sola virtud de nombre lanzado en la obscuridad, durante el *calderón* de tres minutos de la locomotora...

Á las ocho, en la noche cerrada y bajo la lluvia, llegamos á la es-

(1) Es la misma expresión de Bernal Díaz : « Y con qué furia los perros peleaban »!

tación central de Buena Vista. No reprocho á México el carecer de encanto en tales circunstancias. Estoy tiritando y casi rendido; temo que el zarape de Puebla haya llegado algo tarde. Mi vecino, el liberal galófobo, se despide de mí con esta advertencia siniestra : *¡Cuidado con el tifus de México!* — ¿Cómo, todavía?

P. GROUSSAG.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

POLÍTICA ELECTORAL

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL ENTRE EL GENERAL MITRE Y EL DOCTOR IRIGOYEN

Accediendo á instancias nuestras, los señores general don Bartolomé Mitre y doctor don Bernardo de Irigoyen nos han comunicado los originales de las cartas que van á leerse, autorizando su publicación. Creemos que despertarán vivo interés, así por la personalidad de sus firmantes como por la misma materia discutida.

Es muy sabido que, lejos de perseguir temas de actualidad, la *Biblioteca* consagra sus páginas á trabajos de historia, ciencia y literatura, manteniendo su modesta propaganda en la serena región de las ideas. La benevolencia con que ha sido acogido nuestro esfuerzo no puede sino incitarnos á conservar su índole á esta publicación, dejando que otros se ocupen de lo que *pasa*, para dedicarnos por entero á lo que *queda*. Pero, en el caso presente, juzgamos que por rara excepción se concilian ambas tendencias. Al interés que siempre despierta una elevada discusión entre hombres ilustres, se une aquí la importancia del problema estudiado con sinceridad igual, si bien con criterio distinto. Los conceptos que formulan

ambos estadistas, por lo mismo que se expresan en el abandono del estilo confidencial, encierran enseñanza para lo futuro, á par que caracterizan un momento solemne de la historia contemporánea. Nada más cierto, en estas democracias, que la antigua máxima : « hoy es el padre de mañana », puesto que sus evoluciones sucesivas, con producirse regulares y rítmicas, responden á la esencia é ideal de su plan orgánico. Por lo demás, las circunstancias á que se refieren estos documentos viven en todas las memorias, y basta resumirlas en pocas palabras para nuestros lectores del exterior.

El otoño de 1891 señala en verdad una hora crítica de la historia argentina : el paroxismo de esa presidencia tremenda que necesitó hacer orden precario con el desorden triunfante—y espera todavía á su juez imparcial. En los tres meses que median entre la vuelta del general Mitre y la renuncia de su candidatura, puede decirse que se jugó día á día la suerte del país, sin que, por momentos, acertaran los espíritus más serenos á fijar el rumbo que seguía la nave entre el cielo sin estrellas y las olas ingobernables. La convención cívica del Rosario había designado al general Mitre y al doctor Irigoyen para la futura presidencia : era la solución instintiva del patriotismo. Todo peligro parecía conjurado. El 18 de marzo llegaba de Europa el candidato « nacional », siendo objeto de una ovación popular indescriptible. Al día siguiente, el general Roca, en nombre de su partido, manifestaba públicamente su adhesión, y se inauguraba el Acuerdo. Pero, casi en la misma hora y en los extremos opuestos del campo político, asomaban síntomas de una fermentación latente ; por una parte, un grupo de generales del ejército organizaba un núcleo de resistencia antimitrista, por la otra, el comité cívico rechazaba el acuerdo, y poco después (12 de abril), estallaba un manifiesto del doctor Alem que producía la escisión del partido revolucionario. Con todo, se mantenía intacta, en apariencia, la solución electoral. Dueños de las situaciones provinciales los partidos unidos, bajo las garantías de orden y pres-

cindencia prometidas por un Presidente que las haría cumplir, podía contarse con el triunfo asegurado y en cierto modo legítimo, contra todas las amenazas y violencias de la fracción cívica que, desde el cisma, se apellidaba « radical ».

Hasta principios de junio, como se ve por los documentos presentes, y á pesar de ciertas reticencias perceptibles, subsistía aún la combinación Mitre-Irigoyen. Pero ¿cómo se realizaría la doble elección? ¿Habría de suprimirse la lucha, reemplazándola por una ficción más ó menos legal que importara una mera ceremonia de investidura, ó, al contrario, convenía aprovechar las garantías acordadas restableciendo el mecanismo del sufragio popular en los comicios? Tal es la cuestión, secundaria en la apariencia (puesto que se iba á un resultado conocido), pero en el fondo primordial, que se discute en estas cartas, por los dos hombres políticos más directamente interesados en la solución.

Sea cual fuere la parte de « ecuación personal » que inconscientemente desvíe á cada uno hacia su propia fórmula, no es discutible que ambos quedan fieles á sus antecedentes: el doctor Irigoyen, al encarecer la necesidad de poner en movimiento el aparato constitucional, siquiera por esta vez funcione de vacío, á modo de rueda loca; el general Mitre al mantener el carácter excepcional de su candidatura, dadas las circunstancias críticas porque atravesaba el país. Si está evidente la sinceridad de uno y otro, no menos que su altura de miras y su despreocupación personal, con todo es permitido señalar en la interesante controversia el matiz que proviene de las tendencias partidistas. Cuando el general Mitre afirma que « la República no se encuentra en condiciones electorales » no sólo ahora sino « hace por lo menos tres períodos presidenciales », nos parece que emite una opinión exagerada y *parcial*—es decir *partidista*; ambas expresiones son sinónimas. No nos parece que pueda sustentarse históricamente la tesis de que (para tomar el ejemplo más tópico) la lucha presidencial del 74 fuera menos ardiente y popular que la de 1868.

Nadie, por cierto, admitirá que la República se encontrara entonces — ni se encuentre ahora — en perfectas «condiciones electorales». Al sufragio universal podría aplicarse la célebre definición de la felicidad: *es una desgracia más ó menos consolada*. Toda elección es más ó menos ilegal; es cuestión de grados. El general Mitre tiene y conserva la gloria indisputada de no haber impuesto á su sucesor; pero, ello reconocido y proclamado, no podemos aceptar que sean «condiciones electorales» aquéllas de 1868, en que los candidatos Alsina, Urquiza y aún Elizalde (por medio de Taboada, candidato á la vicepresidencia) echaron en la balanza el peso compacto de sus feudos respectivos—sin contar con un solo voto en los demás (1). Ello se parecía bastante á esas partidas de *écarté* entre jugadores harto expertos, en que, infaliblemente, el que es mano vuelve el rey. En una federación, las condiciones de una elección legal no dependen única ni principalmente del gobierno central; y si, entre nosotros, suele suceder lo contrario, es porque, en realidad, no somos ni seremos una república federal. — La verdadera tesis del general Mitre hubiera podido ser otra, pero él no la debía formular, ni es momento de indicarla en estas páginas.

Pensamos que la doctrina del doctor Irigoyen es la más sana y racional, no sólo en absoluto, sino en las mismas circunstancias angustiosas que se invocaban para combatirla. En política como en fisiología, el solo gesto de un acto es sugeridor del acto mismo y conduce á su real ejecución. Aunque la lucha electoral no entrañase dudas ni peripecias, convenía á todas luces llevar al pueblo á los comicios y reanudar su educación constitucional. Ese ensayo de lucha casi ficticia era el mejor estímulo y preparación para el libre ejercicio de los derechos políticos y el funcionamiento legal de los partidos. Ahora bien, este funcionamiento es indispensable, siquiera se ejecute imperfectamente, y á costa de fraudes parciales ó violencias

(1) Sarmiento alcanzó una escasa mayoría, merced al bloque indiviso de Buenos Aires que Alsina le cedió como cosa propia.

pasajeras. Todo es mejor que la abdicación cívica, madre de los despotismos. El vicio incurable de los « acuerdos », fuera de tender á una verdadera emasculación política, reside en su impotencia para dotar de vida robusta á sus propias creaciones. Todo gobierno surgido de esas combinaciones nace huérfano de opinión, y está condenado á vegetar á la sombra de protectorados inestables, que concluyen por batirse sobre la espalda del protegido. Para el buque velero, el peor enemigo no era la tempestad, sino la calma completa, que consumía los víveres y acentuaba más y más el peligroso desequilibrio de la estiba.

Otro grave inconveniente de las coaliciones es su inmoralidad política : traicionan la ley del sufragio universal, puesto que significan una mayoría obtenida por la unión de dos minorías, y conducen fatalmente al monopolio de los empleos y comisiones. Tienen, por último, á perpetuar la vida parasitaria de esos subpartidos y grupos casi siempre personales, que son la rémora ó el escollo de las instituciones republicanas.

En una república no deben existir sino dos partidos ; con el tercero, como ha sucedido en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, comienza el falseamiento del gobierno libre. Por todas esas razones, la lucha electoral, apasionada y ardiente, aun con un *mínimum* inevitable de abusos ó excesos, es buena y sana. Es necesaria : agrupa en dos masas compactas á los partidos ; impide la formación de círculos disidentes, obligando á los ciudadanos á pronunciarse por una ú otra solución, y, sea cual fuera el resultado, inviste al elegido con la autoridad imponente de una sanción popular.

¿Qué habría sucedido si, cumpliendo el voto nacional (que seguramente interpretó en una hora dada la convención del Rosario), hubieran ascendido al gobierno de la República los dignos candidatos que, ahora, *se consolent entre eux*, y someten al juicio público su pacífica contienda doctrinaria? Muy aventurada sería cualquier conjetura. Cuando más, es permitido creer que se hubieran ahorrado á la República algunas revueltas y zozobras, y que, presidiendo todavía ahora

nuestros destinos el general Mitre y el doctor Irigoyen, la incógnita del inminente problema electoral estaría despejada, ó poco menos. ¿Qué hubiera sido del partido radical, privado del influjo moderador que no ha bastado á constituirle; qué del nacional, protector nato y *sub conditione* de otro partido cerrado que, semejante al clerical, no gusta de compartir el poder sino cuando no lo detiene?

Preferimos no seguir pisando este terreno movedizo y, antes de escuchar la palabra de los dos ilustres repúblicos, concluir sobre una reflexión optimista. Al fin, las cosas son más sabias que los hombres: después de tantos errores y convulsiones estériles, encontramos al país curado de su largo marasmo económico, exento ya de preocupaciones internacionales, confiado en un ejército cuya fuerza se decuplica al apoyarse en el concurso patriótico de las nuevas generaciones, y, por último, examinando con frialdad, sin que la pretensión parezca excesiva, la posibilidad de reasumir espontáneamente ante el mundo la plenitud de su crédito, como un anuncio certero de su nueva y más sólida prosperidad. ¿Qué mayor indicio de haber alcanzado ya la República el período de los pueblos adultos, en que el progreso nacional se independiza poco á poco de la tutela gubernativa, y no necesita el país emancipado más que el orden garantido y la buena administración? Será un gran signo para la Argentina, el día en que, casi única entre todas las repúblicas hispano-americanas — hasta ahora gobernadas, es decir dominadas, por un soldado vencedor ó un caudillo prestigioso, — puedan contestar prácticamente á la pregunta de James Bryce: *Why great men are not chosen Presidents?* ostentando en la presidencia á medianías tan perfectas como Garfield ó Mac Kinley!

Confidencial.

Buenos Aires, 5 de Junio de 1891.

Señor Teniente General don Bartolomé Mitre.

Mi distinguido general y amigo :

Creo corresponder á las amistosas manifestaciones con que Vd. me ha favorecido, exponiéndole ingenuamente mis opiniones, respecto del procedimiento que se insinúa, para resolver la cuestión electoral.

Vd. piensa que si la Union Cívica no llega á un acuerdo con el círculo convocado por el señor Igarzábal y otros señores, no debe asentir á que su nombre figure en la próxima evolución electoral; y si ésta fuese su resolución definitiva podría quedar contrariada la Convención del Rosario, en los patrióticos propósitos que la indujeron á proclamar á Vd. candidato de la Unión Cívica para la presidencia de la República.

Declinando Vd. el voto de aquella asamblea, será indispensable convocarla para que se pronuncie sobre su renuncia, y quedaríamos envueltos en incertidumbres de orden diverso, exponiendo la integridad de la Unión que contribuimos á fundar y cuyo programa sostenemos como expresión de principios y de aspiraciones nacionales.

Al regresar á la República, Vd. manifestó el anhelo de que un acuerdo patriótico suprimiera la próxima lucha, librando al criterio de los partidos aquel pensamiento y, si fuera aceptado, la incumbencia desancionar los medios de hacerlo efectivo.

Si, como creo, la inteligencia que doy á las palabras de Vd. es exacta, estamos llamados á reflexionar, si los arreglos pueden iniciarse sobre la base estrecha de los nombres, ó si es posible llevarlos al teatro claro de los principios.

Á mi juicio, las discusiones en este terreno ofrecen la ventaja de aproximar las opiniones, mientras las controversias sobre nombres,

que tienen á veces significaciones diversas, apasionan y dividen más y más, cuando los círculos llamados á conferenciar están aún bajo los resentimientos de una revolución que les impuso irreparables sacrificios.

Creo, General, que el acuerdo insinuado no se extenderá á eliminar, ni en la forma ni en el hecho, las elecciones indispensables en nuestro sistema político. Importaría suprimir la lucha, entendiendo por ésta las falsificaciones de los partidos, las intromisiones de los poderes oficiales, y los abusos que han sofocado en diversas épocas el voto de la Nación, y habría ciertamente previsión en eliminar esa conculcación de la verdad y de la ley.

Pero las elecciones tranquilas, requeridas para la organización del gobierno y para nuestro crédito institucional, lejos de encubrir peligros públicos, producen expansiones legítimas y sometimientos consistentes ; y pienso que si el acuerdo se promoviera para garantizar, al presente, los derechos que la Constitución confiere á los ciudadanos, y preparar una elección presidencial verdaderamente legal y libre, tendría el asentimiento del país.

Presumo que la Unión Cívica adheriría á esta fórmula, y que el partido oficial no la rehusaría. porque no es de esperar, en estos dias de triste prueba para la República, resista el cumplimiento de los primordiales preceptos de nuestra Carta fundamental.

Aceptada con sinceridad la idea, sería fácil establecer los compromisos para hacerla efectiva, entrando naturalmente en primer término la buena fe y la honradez política, sin las que toda conciliación es fugaz y todo convenio insubsistente.

La forma que indico facilitaría la solución, apartándola de una esfera complicada, y uso deliberadamente esta palabra, porque bajo la apariencia reducida de disidencias sobre nombres, se encubren cuestiones de preponderancia más ó menos conformes con la índole del sistema que nos rige. Suprimiría los retraimientos que impone á muchos ciudadanos el recelo de ser sospechados de sumisiones desairadas, y, permitiendo la participación de los círculos que no han

iniciado trabajos, y de los ciudadanos que aún no se encuentran afiliados en programas determinados, daría por resultado un gobierno de concordia, puesto que el escrutinio representaría la decisión nacional.

De este modo estableceríamos un precedente digno para todos, y disipando las inquietudes de la actualidad, prepararíamos los ánimos para extender el acuerdo, si es posible, á las combinaciones que se insinúan, ó para que todas las opiniones se manifiesten en la órbita de la ley.

No desconozco las observaciones que pueden formularse: dirán algunos que la esperanza de una elección libre es ilusión propia de espíritus candorosos, y recelarían otros que las agrupaciones electorales alteren los nombres proclamados. No rechazo como imposibles ambas objeciones, pero pienso que, comprometidos el Presidente y sus Ministros á garantizar la abstención de las influencias oficiales y el respeto á la libertad electoral, como medio de serenar las zozobras dominantes, no defraudarían las esperanzas públicas ni la fe de la palabra empeñada; y reputo improbable la sustitución de la candidatura de Vd., proclamada por la Unión y aceptada por la opinión. Pero si contra esta presunción se levantaran otros nombres y alcanzasen el sufragio de los pueblos, no se contrariaría, seguramente, el desprendimiento de Vd.; y en cuanto á mí, consigno con agrado en esta carta que, como tuve oportunidad de significarle á Vd., daré sin violencia por clausurada mi vida política con actos que no me hagan desmerecer de la consideración nacional.

No debo disimular á Vd., General, que pesan en mi espíritu otras consideraciones. La opinión en la mayoría de las Provincias, está bajo la presión de una política intransigente y depresiva, inexplicable en este siglo de discusión y de luces. El derecho de votar, las libertades políticas, las puertas de los establecimientos de crédito, los respetos sociales: todo se niega con obstinación á los ciudadanos que resistieron los desaciertos de la pasada administración. El plan que propongo iniciaría en la República una política reparadora, y

la preparación de una elección libre importaría devolver ya, y sin aplazamientos, la autonomía á las Provincias, las garantías á los ciudadanos, inspirar moderación á los gobiernos y dar días tranquilos á la República.

En oposición á esta perspectiva despejada, recelo que las combinaciones de nombres, por respetables que sean, no corrijan ni modifiquen el sistema de fuerza que impera en el Interior como medio normal de gobierno, y que la aparente aceptación de aquéllas sirva á calculos estrechos, para continuar absorbiendo la vida pública con detrimento de las instituciones y de la autorizada moral que debe investir el gobierno.

No es difícil, por otra parte, que la opinión en el Interior, recibiendo con indiferencia arreglos de perspectiva insegura, ó lejana para ella, se apartara del movimiento electoral. Si ese retraimiento se produjera, los círculos oficiales quedarían árbitros de la elección, y el resultado de ésta carecería del prestigio y de los favores de la popularidad.

La Unión Cívica propenderá, á mi juicio, en la esfera constitucional, á la modificación de sistemas incompatibles con la razón de esta época, y no creará que puede ofrecer á sus aliados en el Interior, como única conquista de sus esfuerzos, la esperanza de que al terminar el año 92, se inicie en el orden federal la política levantada y recta que el País reclama en todas sus secciones, como ineludible exigencia del presente. Creo que hay conveniencia para los mismos que gobiernan, en que la libertad y el derecho imperen en toda la República, y que esto es lo único que puede asegurar el reposo de esta sociedad.

Permítame Vd. asegurarle que las pretensiones personales no agitan mi espíritu. En nuestras últimas conversaciones, tuve oportunidad de recordar que decliné el honor de ser propuesto para la vice-presidencia de la República en la elección del Dr. Avellaneda, más tarde en la del general Roca, y que, en enero, rehusé las indicaciones con que en el mismo sentido me favorecieron ciudadanos

respetables que no forman en las filas de la Unión; y Vd. se sirvió manifestarme que conocía la espontaneidad con que ha surgido últimamente mi nombre.

Derivadas nuestras candidaturas de una convención popularmente elegida, yo no procedería correctamente, retirando la mía sin anuencia de aquella asamblea. Pienso que ha podido procederse así, cuando las designaciones provenían de círculos más ó menos amplios, pero que actuaban bajo la influencia de los mismos candidatos. Sin embargo, estoy dispuesto á concurrir á mi eliminación personal si se resuelve reemplazarme con otro ciudadano que invista la significación que la asamblea del Rosario dió á mi nombre, asociándolo en segundo término al de Vd. Si procediese de otro modo, propendería á destruir la homogeneidad de la combinación proclamada y cuya conservación es de interés nacional, y correspondería mal á los que me honraron con su voto, defraudando el pensamiento político que tienen de llevar á las urnas una verdadera conciliación entre los partidos nacionalista y autonomista que componen la Unión.

He manifestado á Vd. ingenuamente el resultado de la reflexión que he prestado á este asunto, y me permitiré agregar que la Unión Cívica es, á mi juicio, una fuerza poderosa en la República, rodeada de los prestigios de la opinión, y que conviene mantener íntegra, para que sirva de base á una época de reparación que el País ardientemente reclama. Bajo la influencia de esta convicción, mis votos son porque se estrechen esos vínculos, forjados al calor de justísimos movimientos populares y cincelados en la primera convención electoral que ha tenido la República.

Pronto tendré el agrado de saludar á Vd. y de reiterarle las consideraciones con que me suscribo

Su att. serv. y amigo.

BERNARDO DE IRIGOYEN.

Confidencial.

Buenos Aires, Junio 6 de 1891.

Señor Doctor don Bernardo de Irigoyen.

Mi distinguido doctor y amigo:

Recibo su estimable de ayer en el mismo día en que va á discutirse en la dirección de la Unión Cívica la actitud que debemos asumir en presencia de las cuestiones políticas que nos ocupan, y precisando más el punto, cuál es la política á seguir respecto del acuerdo en la cuestión electoral, que es la cuestión del día.

Empiezo por donde Vd. termina: la cohesión de la Unión Cívica.—Bien sabe Vd. lo que he hecho, no sólo para mantener su integridad, sino también su unidad moral.—En este sentido he hecho todos los esfuerzos posibles, y estoy dispuesto á agotarlos, aunque comprenda que en el camino en que aquélla marcha, será difícil mantener esa cohesión con un rumbo fijo que nos conduzca á una solución definitiva, en el orden electoral primero, en el orden gubernamental después.

Merced á esto la cuestión electoral se ha ido simplificando, hasta el punto de levantar los partidos la bandera de parlamento, y ponerse al habla para buscar y encontrar la solución nacional que el país reclama en las condiciones en que se encuentra.

Piensa Vd. que el acuerdo no se extendería á eliminar ni en la forma ni en el hecho las elecciones indispensables en nuestro sistema político, y que ello importaría, entendiéndose por supresión de la lucha las falsificaciones de los partidos, la de las intromisiones oficiales y los abusos que han sofocado en diversas épocas el voto de la Nación. Así lo entiendo yo también, y pienso que el acuerdo de los partidos es el único que puede producir este resultado inmediato, como punto de partida de una nueva vida institucional.

Si he comprendido bien su pensamiento, el proceder que Vd. indica para arribar á un acuerdo, es la lucha misma, si bien la lucha pacífica, con las garantías necesarias para interrogar el voto verdadero de la mayoría. Si así fuese, en ese punto diferiríamos. Para realizar su plan, sería necesario que la República se encontrase en condiciones electorales, y bien sabe todo el mundo, que hace por lo menos tres períodos presidenciales que ella se encuentra fuera de esas condiciones.

Es por esto que, al aceptar mi candidatura, eliminé esa posibilidad ideal y me coloqué en los dos extremos: ó solución nacional por el común acuerdo de los partidos, ó, en caso de imposición oficial, lucha en reivindicación del sufragio popular. — Alcanzado lo primero, lo segundo no tiene razón de ser. La lucha está suprimida de hecho.

Es por esto también, que he declarado que mi nombre no sería, en adelante, bandera de lucha, y que aún prescindiendo de mi candidatura, trabajaría siempre decididamente por la política del acuerdo, á fin de formar un gobierno de concordia, valiéndome de las palabras que Vd. emplea en su carta, buscando el mismo resultado por otro método.

Mi anhelo sería que en el acuerdo triunfase en su plenitud la fórmula de la Convención del Rosario; y bien saben todos, como lo sabe Vd., que por lo que respecta á su persona, tiene su candidatura mi más decidida adhesión, y le consta también lo que en el sentido de mantenerla he hecho. Pero, hablando de esto con Vd. y el Dr. del Valle, Vd. manifestaba que su persona y su candidatura no sería obstáculo á una decorosa inteligencia de los partidos sobre la base de una candidatura que, sin revestir carácter de personalismo, mereciera el voto de la opinión como solución nacional.—Á esta fórmula genérica hemos llegado, y esto es lo que tiene que resolverse por el común acuerdo.

Por lo que á mí respecta, no hago cuestión de mi nombre ni de mi candidatura, y estoy dispuesto á eliminar ésta, toda vez que no

revista el carácter de solución nacional, único en que la he aceptado.

Estoy decidido á no dar á mi país, en las angustiosas circunstancias que atraviesa, una sola hora de inquietud por causa mía; y si no puedo ser una solución, estaré al servicio del orden y de la paz que es en estos momentos una necesidad imperiosa.

Si no se puede hacer una elección regular, menos se puede hacer una revolución, que aún siendo posible acabaría por arruinar al país, empeorando su situación, así en lo político como en lo económico.

Al proceder así y pensar de este modo, soy consecuente, como Vd. lo reconocerá, con las declaraciones que he hecho de un año á esta parte, al iniciarse el movimiento político que nos ha traído á la situación en que nos encontramos.

Como comprobante de esto, deseo que conserve en su archivo las dos cartas de que le adjunto copia (1). Una de ellas la conoce Vd.; la otra es la contestación. Estamos en el momento en que se va á empezar á definir cuál será la respectiva actitud en consecuencia de los propósitos contenidos en esas cartas.

Hemos de tener pronto la ocasión de vernos y comunicarnos con más extensión nuestras ideas, entrando á otras consideraciones con la franqueza y la cordialidad de siempre. — Mientras tanto, me es agradable reiterarle la consideración con que me suscribo

Su atento servidor y amigo.

BARTOLOMÉ MITRE.

(1) Se trata de una carta del doctor Alem y de la contestación del general Mitre.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

Lecciones de Filosofía general, por el doctor E. J. WEIGEL MUÑOZ

Se atribuye á Richelieu aquel chiste fúnebre: « Me bastarían seis renglones del hombre más honrado, para hacerle ahorcar ». Muy lejos estamos de perseguir el « ahorcamiento » del señor Weigel Muñoz — aunque sólo fuera en efigie universitaria — pero no es dudoso que bastaría la lectura de su dedicatoria al doctor Eduardo Costa, ante una junta de Sorbona, para hacerle condenar á la última pena filosófica. El mismo *dedicado* y cómplice, á fuer de ex-ministro de Instrucción pública, no se escaparía de cantar la palinodia, por haber cometido la imprudencia — en que probablemente no incurriera su primo don Laureano — de nombrar profesor de filosofía general sin conocerle, á quien, por confesión propia, ni en la calle vió la asignatura. Nos dice el agraciado: « El Dr. Costa hizo una injusticia pero no un ingrato ». Y por cierto que tales sentimientos le honran; pero, á la juventud estudiosa y al país, lo que más importa no es que un ministro despierte gratitudes particulares, sino que no cometa injusticias de orden y alcance nacional.

Para fundar nuestra sentencia, respecto del autor de estas *Lec-*

ciones, no serían necesarios los seis renglones de Richelieu: su solo título sería bastante. Sin afirmar perentoriamente que no exista — fuera de la obra fantástica de Azais—un tratado clásico con el título de *Filosofía general*, confesamos que no lo conocemos, y agregamos que tampoco tenemos noticia de existir tal asignatura en las Facultades alemanas ó francesas. Ello se comprende sin demostración: la filosofía es *general* por definición, siendo « la ciencia de las ciencias », y entonces la presente redundancia equivale á decir: v. g., *álgebra matemática*, ó cosa por el estilo. Se nos dirá que tal es el título oficial de la asignatura, pero la razón no es filosófica. Del libro impreso no es responsable la Facultad sino el autor; si éste diera en el lapso, ha podido y debido enmendarlo, tanto más cuanto que sabría muy bien que, en la mente académica, el postizo adjetivo no tenía más alcance que realzar la dignidad de la materia! Sin duda por existir ya la filosofía *rasa* en la enseñanza secundaria, no ha parecido mucho que, en la superior, se la ascendiera á « general ». Sólo falta ahora que en la Facultad de humanidades — de que es académico el autor de estas *Lecciones* — tengamos un curso de filosofía « mariscal ». Ahora bien, alguna vez que se ha empleado el doble vocablo, — fuera de la bibliografía y sólo en gracia de la brevedad — se ha dado á la expresión « Filosofía general » el sentido de filosofía « primera » y, como dice Balmes, « fundamental »; la *reine Philosophie* de los alemanes — ó sea la metafísica. No necesitamos decir que el señor Weigel Muñoz, enemigo mortal de las « abstracciones », no ha consagrado una sola de sus XXXVI lecciones á la metafísica; de suerte que, en último análisis y concediendo á la insólita designación un carácter didáctico que no reviste, resulta que la presente obra de todo tiene menos de filosofía general. No obstante, el autor hace metafísica sin saberlo — en el sentido de Voltaire — como vamos á tener el pesar de demostrarlo, si bien sin insistir demasiado en la demostración, porque, lo repetimos, no queremos la muerte del pecador.

Volviendo de pasada al prefacio de las *Lecciones*, basta su lectura para presentir que la obra no puede ser buena. Reservemos la forma realmente deplorable, con su mezcla de ingenua desenvoltura y énfasis pretencioso (1) — si bien creemos, como Mirabeau, que no puede pensar con fuerza y exactitud quien escribe ridículamente; — no entremos en el análisis, siquiera breve y fragmentario de la obra: preguntémonos sencillamente si, en 1896, es admisible, es tolerable que en la Universidad de Buenos Aires se hilvanen *au jour le jour* textos de enseñanza informes y mal nacidos, por profesores improvisados que nos declaran « no haber encontrádoslos adecuados sobre la materia », siendo así que los fabrican maleando á los que en todas partes corren impresos ?

« Al cabo de treinta y cinco años de enseñanza, dice Janet al comenzar su *Tratado elemental de filosofía*, hemos creído hacer una obra útil para los juvenes... ». La diferencia de los criterios con que se juzga la competencia requerida para tal empresa, señala el valor de los estudios respectivos y el rango que con esta práctica tienen que ocupar los nuestros en el mundo universitario. En Chile, Brasil, México y los mismos Estados-Unidos, los textos clásicos de materias generales son en su mayoría traducidos ó adaptados. Allí—como aquí hace treinta años — se tiene la modestia de comprender que sólo puede hablar y escribir *ex catedrá* de una materia, quien haya hecho de ella su estudio exclusivo y prolongado (2): y como no existen regularmente en América, profesores como

(1) Casi no hay página — aun entre las que parecen traducidas de autores extranjeros, Ribot, Fouillée, Letourneau *e tutti quanti* — en que no salgan á relucir figurones ó candideces como las siguientes: « el balaste didáctico de la enseñanza » (pág. 3); « la Grecia antigua... esa *Bella Helena* (Offenbach!) de la Historia Universal » (10); « Pitágoras fué matemático, músico y orientalista » (13); « Locke no fué solamente un gran psicólogo, sino un pensador » (32); « un melómano demuestra su gusto al expresar su desagrado » (238); etc., etc. Terminemos sobre esta perla sancho-panzesca: « Es evidente que, en este instante, estoy destilando el *bife* (sic) y el vino de mi mesa! » (69).

(2) LACHELIER, *Revue Philosophique* (1881): « L'enseignement de chaque professeur n'est pas différent des études qui occupent toute sa vie. »

Wundt, Kuno Fischer, Bain, Ribot, Fouillée y veinte más, de preparación enciclopédica y aplicación constante, se admite que es más conveniente y «patriótico» adoptar sus libros magistrales que plagiarlos clandestinamente y desfigurarlos con pésimo criterio. En la Argentina pensamos de otro modo. Sea; vamos, pues, á examinar rápidamente, como es derecho y deber nuestro, lo que en tan difícil y vasta materia da de sí la improvisación. *Et nunc, ad laborem!* como exclama el autor en su latín de Molière.

Declara en el prefacio que su «Filosofía general» es un curso «tan especial» (sic) que comprende «más y menos que un curso de filosofía», y ello porque «se detiene demasiado en los problemas de la responsabilidad, del criterio legal y de los organismos colectivos». Á este respecto exagera su crimen:

Gresset se trompe, il n'est pas si coupable...

En realidad, es apenas si roza estos problemas. Los «organismos colectivos» ocupan dos ó tres páginas en que las trivialidades conocidas alternan con las inexactitudes (1). Lo propio acaece con el «criterio legal», fuera de no pertenecer á la materia. En cuanto á la responsabilidad, muy lejos de detenerse en ella, el autor la escamotea como problema filosófico; en la breve lección que le dedica, las vaguedades corrientes y las citas jurídicas se sustituyen, fuera de sazón, al examen de la libertad moral, al formidable enigma del albedrío apenas mencionado. Ya vimos que en esta «Filosofía general» se prescindía de la despreciable meta-

(1) Una muestra (p. 310): «La ciencia jurídica está íntimamente conexiónada con sus congéneres: la Historia, que equivale á la reproducción de la vida de las sociedades pasadas, y la *Antropología* ó estudio del hombre en las edades prehistóricas, es decir, desde hace unos 100.000 siglos, á juzgar por los restos encontrados en los terrenos miocenos de la época terciaria!» Aunque fuera exacto lo del hombre «mioceno» (ni en el plioceno se ha encontrado hasta hoy), es de preguntarse: ¿qué «conexión íntima» podría tener el hallazgo de ese mamífero con el Derecho positivo?

física (1); comprobamos ahora que, en este curso preparatorio al Derecho, la lógica sólo ocupa *dos* lecciones y *tres* la moral teórica y especial... ¿Qué contienen las treinta restantes? Una reseña pintoresca de la historia de la filosofía, y sobre todo una psicología que merece, sin duda alguna, ser tenida por una tentativa originálsima, pues con prescindir casi en absoluto del análisis de las operaciones intelectuales, se extiende en consideraciones biológicas, embriológicas y... frenológicas!

No podemos ser sospechosos de hostilidad contra las ciencias experimentales, y, así en psicología como en lógica, sabemos cuán vana é ilusoria resultaría toda especulación que no se fundara en los descubrimientos modernos y sus admirables métodos. No es, pues, en nombre de Cousin, que declaramos absurda la presente enseñanza, sino en nombre de Spencer y Mill, de Helmholtz y Wundt, de Taine y Claudio Bernard. No existe obra alguna de esos maestros donde las teorías de la « vida intrauterina » se consideren parte de la psicología. En hora buena que se describiera el sistema nervioso (2). Pero los problemas de la biología general, aunque se tuviera competencia para exponerlos, no pertenecen á la ciencia del alma. Hay más: el examen de las diversas hipótesis sobre la vida—vitalismo, animismo, etc., —entran en el dominio de la cosmología racional, y por eso decíamos antes que el señor Weigel Muñoz hace metafísica sin saberlo. Decididamente, no salimos de Molière.

Lo que puedan valer esas rapsodias pseudo-científicas, frangolladas por un profano, no necesitamos evidenciarlo. El autor que—

(1) El señor Weigel Muñoz ignora que esa quimera escolástica y anticuada es enseñada por esos mismos psicólogos experimentales que sólo conoce por Ribot. Lotze en Göttingen, Kuno Fischer en Heidelberg, Wundt en Leipzig, enseñan metafísica, lo propio que Fouillée y Lachelier en París. H. Spener ha dado la metafísica del evolucionismo, y el mismo Taine la declara legítima (últimas palabras de *L'Intelligence*): «*Ici nous sommes au seuil de la métaphysique, á mon sens elle n'est pas impossible.*»

(2) En cambio el autor da un diagrama de la columna vertebral que describe «hasta el *coxis* ó pequeño hueso *rabiforme*» (sic)! En correcta etimología, «rabiforme» significa «parecido á la rabia».

como veremos — no parece haber leído á los grandes filósofos, ni á los autores modernos que, como Wundt, cita á brazo partido, ha tomado á diestra y siniestra en los manuales y « estudios » de revistas, sin método ni crítica, fórmulas no pocas veces incoherentes y contradictorias. Por ejemplo, engañado por la analogía de las palabras, cree (pág. 68) que existe relación entre la famosa « lucha por la vida » de Darwin — combate real de las especies por la supervivencia — y el « conflicto vital » de Claudio Bernard que, como es muy sabido, sólo expresa la fuerza evolutiva del individuo (1). Sometidas al análisis, casi todas las lecciones darían lugar á comprobaciones idénticas : las márgenes del ejemplar, con que el autor nos ha favorecido, resultan estrechas para las rectificaciones. Baste sólo una consideración final para revelar su preparación en estas materias. En un libro de psicología, dictado y publicado en 1896, expone gravemente la frenología de Gall, con sendos diagramas y descripciones de las casillas ! Ha quedado en el mundo un palpador de « protuberancias », y es el catedrático de filosofía de la primera universidad argentina. No necesitamos decir á nuestros lectores que el obscuro problema actual de las localizaciones cerebrales — que, según el mejor *compte-rendu* del Congreso psicológico de Londres de 1893, « parece retroceder en lugar de adelantar » (2) — no toma en cuenta la frenología de Gall y Spurzheim, que nada tuvo de científico, como que se fundaba en una correlación quimérica entre el cráneo y el cerebro, desconociendo sus inventores hasta las funciones primordiales de la sustancia gris. Su mismo nombre no se cita ya

(1) Uno de los rasgos amenos de estas *Lecciones* es su conclusión habitual : « Es tarde, señores : tengo pocos minutos para explicaros el sistema de Kant... ¿Qué es la vida? La solución del problema no cabe dentro de los minutos... ». Etc.— Es la « Filosofía del inconsciente », para hacer juego con la *Philosophie des Unbewussten*, de Hartmann.

(2) Dato característico : en el más reciente Congreso (de Munich) no se ha presentado trabajo especial sobre las localizaciones. Además, en Munich (septiembre de 1896) se ha resuelto cambiar el nombre de Congreso de *Psicología experimental* por el de « Congreso de Psicología », á secas. El primero (Paris, 1889), tomaba el título de « Congreso de Psicología fisiológica ». El progreso es visible : la ciencia es una y no necesita epítetos.

en los tratados, sino con una sonrisa y para apartarla de la discusión (1). Si el señor Weigel Muñoz hubiera leído á Wundt, cuyas doctrinas invoca á destajo, habría sabido á qué atenerse sobre el valor de la frenología (2) y nos hubiera ahorrado el ridículo de enseñar en nuestra Facultad, como novísima filosofía, desvaríos equivalentes á la alquimia y la cábala medieval.

Pero ¿qué mucho que desbarre de tal suerte en materias que le es disculpable ignorar — aunque no lo sea nunca discurrir de lo que se ignora — cuando en ese mismo resumen de las escuelas filosóficas, incurre en traspiés enormes que revelan completo desconocimiento de la historia y de la misma filosofía? Se dice que los musulmanes suelen abrir con su sable el Alcorán, seguros de encontrar en cualquier página una máxima de sabiduría. Del propio modo se puede proceder con las *Lecciones de filosofía general*, en la seguridad de dar con un error, una contradicción, una proposición trastrocada al traducirse de un autor extranjero, y expresada en un estilo afligente.

Desde la primera página, en que se nos dice que «saber es un verbo cuya raíz latina suministra la de la palabra ciencia» (3), hasta la última, en que se enseña que «la respetable Lógica aconseja á los jóvenes la incredulidad», no son sino afirmaciones gratuitas y yerros inconscientes. En la primera lección, fuera de lo citado, nos encontramos con esa trillada ley comtista de los «tres estados» que nuestro autor presenta como un dogma, ignorando que, además de falsa, pertenece á Turgot; y, á renglón seguido, deduce de ella que, «como ustedes ven», los principios morales de la humanidad civi-

(1) Véase: Dechambre, Charlton Bastian, etc. El señor Weigel Muñoz cree en la autoridad del español Cubi y Soler, compilador de un mamotreto en dos volúmenes, dedicado á Napoleón III y aprobado por el tribunal eclesiástico de Barcelona!

(2) WUNDT, *Psychologie physiologique*, I, V (pág. 231 de la trad. franc.).

(3) *Saber* deriva de *sápere* (con cambio de acento): tener gusto, saborear — y la etimología es una profunda definición. *Ciencia* deriva de *scire*, cuyo radical *skid* tiene el sentido de *hender*, *separar* y, por fin, *discernir*. Las dos raíces no tienen relación, como que corresponden á actos físicos de órganos tan distintos como la lengua y la mano.

lizada son inherentes á la naturaleza del hombre! — En la siguiente página (8 y 9), involucra, como él diría, los errores con la imitación, de manera que asistimos al *modus operandi* que reina en el resto de la obra; y esto merece párrafo aparte.

El señor Weigel Muñoz va á disertar sobre el origen de los cultos religiosos, « en tan buena compañía como la de Ribot en su crítica á Wundt ». Ribot, en efecto, resume así una hipótesis de Wundt (1) :

« Todos los cultos del Asia, aparte quizá la China, se han dirigido á los fenómenos eternos de la bóveda estrellada. La Caldea nos ofrece el culto del sol en toda su pureza. El Perú nos presenta un caso análogo en el Nuevo Mundo. Pero, lo que es digno de notarse y demuestra la influencia de la naturaleza sobre las concepciones religiosas, es que la religión caldea, al pasar de las llanuras desnudas y uniformes de las regiones del Eufrates á Fenicia y Siria, país fértil, cortado por ríos y accidentes del terreno, toma un carácter *terrestre*. La Mylitta babilonia se torna la diosa de la fecundidad entre los hombres y las bestias. Astarté, divinidad antagonista, preside á la guerra. Ya no es la fecundación y la destrucción producidas por el sol. »

Oigamos ahora al señor Weigel Muñoz :

« Pero debo hacer observar á ustedes... que todos los cultos asiáticos, con excepción del de China, han elegido por causas de los fenómenos inestables del mundo físico, á los *estables* del firmamento, con sus astros, planetas, *satélites* y *nebulosas*. — Los indos, los persas y los caldeos han tenido por teatro *comarcas tropicales* y *exentas de alteraciones terrestres*; pero los fenicios y los sirios, habitantes de países hidrográfica y orográficamente accidentados, han tenido que recurrir á *divinidades terrestres* como la diosa babilónica de la fecundidad, y Astarté que ha personificado el espíritu de destrucción. »

Se toma al desnudo el doble procedimiento de copia y alteración. Con salpimentarlo de palabras de su cosecha, que su inconsciencia juzga análogas, el imitador no se apercibe de que tergiversa el texto y extrae de Wundt y Ribot absurdos manifiestos. El escritor francés, con la prudencia del sabio, ha hecho preceder el pasaje citado con estas palabras: « Las diferencias (de los cultos) tienen por causa *el carácter de los pueblos*, la influencia de la natura-

(1) RIBOT, *La Psychologie allemande*, pág. 283.

leza externa, etc. : causas á menudo bien difíciles de separar ». — Volviendo á comparar los dos textos, se ve que todo lo subrayado, y puesto de su cuenta por el señor Weigel Muñoz, significa un cúmulo de errores—fuera del estilo maleado. 1° La noción de causa no está necesariamente ligada á las cosmogonías primitivas; 2° los antiguos asiáticos no divinizaron las nebulosas; 3° el único satélite que conocieran, lejos de ser *estable*, era y ha quedado como símbolo de la inestabilidad—*Luna instabilis*; 4° siendo los *indos* y los *persas*, arianos, y no semíticos como los caldeos y sirios, no hay que confundirlos, atribuyendo al medio lo que era efecto de la raza; 5° las *comarcas tropicales* como la India son tan poco *exentas de alteraciones terrestres*, que precisamente se ha atribuido á su aspecto formidable y á sus terribles cataclismos, el carácter excesivo de las religiones y civilizaciones *índicas* (1).

Ya tenemos el procedimiento: es así cómo se puede hacer desbarrar á Wundt, Ribot, Claudio Bernard y otros maestros, y cómo, con no poner en un libro una idea propia, con sólo trocar lo que no se ha entendido, se tiene que extraer un fárrago inconexo y plagado de errores, de los autores más exactos y los más altos pensadores. Sería tarea fastidiosa é interminable poner reparo en las innumerables trocatintas de un libro que no es sino un tejido de inconsistencias, hasta en esa primera parte histórica que sólo requería un poco de circunspección. Citaré algunas de las lindezas de las primeras lecciones: «El politeísmo griego ha sido pobre en conceptos metafísicos» (2). Atribuye á Tales «la famosa máxima» que es como el *trade-mark* de la filosofía socrática: *gnôthi seautón*; el «monoteísmo» socrático de la página 17, se vuelve en la 18 un «determinismo panteísta»; allí mismo, habla del «filósofo del *Academo*», tomando, como decimos en Francia, al Pireo por un hom-

(1) BUCKLE, *Civilization in England*, chap. II: *Comparison between Hindostan and Grecia*.

(2) FOUILLÉE, *Histoire de la Philosophie*, 31: «Les philosophes grecs nous étonnent encore par la profondeur de leurs conceptions métaphysiques».

bre; entre «los trabajos más trascendentales del filósofo de Estagira, figura su *Dialéctica*»; y no debeis ignorar que el mismo Aristóteles «formula» en veinte pasajes de las *Lecciones* «su máxima clásica: *nihil est in intellectu...*» (1) Por supuesto que no hay patraña legendaria, cien veces refutada, que no se recoja allí piadosamente: Carneades «pretendió lucir su habilidad en Roma, en tiempos que ejercía la censura el austero Catón, quien ordenó la expulsión inmediata del escéptico griego. Figúrense ustedes (sic) que, después de probar la necesidad de la justicia, comenzó Carneades un segundo discurso, *tendente á demostrar la inutilidad de ser justo!*» Figúrense ustedes! No hay una palabra de verdad en el relato: Carneades vino como embajador y salió airoso de su misión, en el año 155; en dicho año hacía 30 que Catón no era censor, y la doble conferencia del filósofo fué lo que llama Martha «una muestra de buena fe» que tuvo un éxito de entusiasmo. Todo lo demás es cierto.

Á propósito del estoicismo romano (pág. 24), después de mencionar «las obras de Epicteto», nos dice el autor con cierta solemnidad: «El estoicismo no tuvo en Roma célebres filósofos, pero tuvo grandes mártires: Lucrecia, *haciendo seguir á su vida la suerte de su virtud*; Junio Bruto, ahogando los instintos—*que ni los animales son capaces de sacrificar*—solamente (sic) por salvar á su patria; Virginio, hundiendo el puñal en el seno de su hija; Catón de Utica etc. etc.» No detallaremos todos los requisitos necesarios para escribir los renglones citados, desde su forma churrigueresca hasta su cronología fantástica (2), y daremos fin á esta desagradable tarea, trayendo, sin salir de esta misma lección, algunas referencias que se prestan á consideraciones de otro orden.

(1) Para probarnos victoriosamente que ha leído realmente á Aristóteles, debe el señor Weigel Muñoz señalarnos el lugar de sus obras donde se encuentra la fórmula empírica, renovada por Locke y refutada por Leibniz.

(2) Prescindiendo de las teorías modernas que rechazan como fabulosas esas tradiciones, recordemos que, según la cronología corriente, los ejemplos citados (salvo Catón de Utica que era platónico) son anteriores (509-449 A. C.) por dos ó más siglos á la fundación (300) del estoicismo, el cual no fué introducido en Roma hasta el año 80!

Después de retozar con esa gentileza bajo los pórticos de Grecia y Roma, el autor llega á la filosofía moderna y, desde luego, al cristianismo, cuyo advenimiento, según él, «coincidió» con el neoplatonismo alejandrino, y cuyo fundador «dedujo el dogma de la Trinidad del panteísmo indio, siguiendo las huellas de San Clemente »! En este punto, prorrumpe el señor Weigel Muñoz en estas exclamaciones: «¿Fué Cristo un cínico? ¿Fué Cristo un estóico?... ¿Fué Cristo un neo-platónico?...» (1) Aunque es justo decir que él se contesta negativamente—dando por cierto razones estupendas, no es posible dejar de criticar el desenfado muy poco científico con que un profesor manosea, sin necesidad ni competencia, nombres augustos y creencias seculares, que de ningún modo pertenecen al debate didáctico. Ya se trate de la historia, ya de la psicología, ya de la moral, el profesor se revela incapaz de aplicar el criterio científico—reverente y sereno—de un Renan ó un Taine á las ideas que se apartan del materialismo de trastienda. — No puede tratarse en estas páginas de defender la intolerancia religiosa; pero existe una intolerancia mucho más displicente que la católica, y es la que sólo se funda en la fatuidad y en la inconsciencia: la intolerancia del boticario Homais. Por otra parte, un profesor no se sienta en la cátedra para defender ó atacar creencias, sino para demostrar verdades y exponer métodos.

Sin ir más allá, en esta ligera revista histórica, de las *cuatro primeras lecciones*, hemos demostrado sobradamente que dicho libro carece de las condiciones más elementales y necesarias para una obra didáctica (2). No es, no puede ser eso, lo que la Facultad se ha propuesto enseñar; no admitimos que se obligue á nuestros hijos á torturarse el cerebro para introducir en él vulgaridades y false-

(1) La escuela del neo-platonismo alejandrino no fué constituida sino en el tercer siglo después de Jesucristo.

(2) Por falta de espacio, no hemos analizado las apreciaciones de los sistemas filosóficos, ni los capítulos dedicados á la lógica y á la moral, que, naturalmente, obedecen á la indole que hemos criticado y revelan la misma insuficiencia.

dades. — Y, sin duda, con motivo de esta crítica convencida y sincera, oiremos rebotar una vez más en nuestra coraza de indiferencia el *telum imbelle* de las vanidades heridas; se clamará contra la severidad excesiva de la apreciación. No se trata de saber si la crítica es severa, sino si es justa; y agregamos que, al juzgar á quien teniendo encargo de almas falta á su noble misión, la severidad no se distingue del deber. ¡Conmuévanse en buen hora las entrañas fariseas, pero que sea por esta juventud á quien, como el mal padre del Evangelio, damos una piedra cuando nos pide pan, enseñándole, en lugar del respeto de la ciencia y el culto de la verdad austera, las prácticas funestas que desmedran el presente argentino y retardan, si no comprometen, el glorioso porvenir !

P. G.

REDACTORES DE « LA BIBLIOTECA »

TOMO SEGUNDO

NICOLÁS AVELLANEDA (NOTAS Y FRAGMENTOS INÉDITOS).

Nació en Tucumán, el 1º de octubre de 1837; murió en alta mar, el 24 de noviembre de 1885. De antigua familia colonial, era nieto del primer gobernador de Catamarca é hijo de aquel Marco Avellaneda, ungido de la epopeya unitaria, cuya bárbara inmolación consagró la resistencia á Rosas, imprimiéndole sello nacional. Estudió en Córdoba, pero se graduó y estableció en Buenos Aires. Pobre, desvalido, ignorado, sin más apoyo que su talento virtual y su voluntad de acero, — flexible y elástica, — emprendió á los veinte años la conquista de la « gran aldea », á la sazón divorciada de la Confederación, más que por accidentes políticos, por contrastes sociales y económicos. Eran los tiempos crepusculares de Cepeda, y más que nunca parecía insalvable el abismo separatista. Entonces Avellaneda tomó la redacción del *Nacional*, y, desde su primer artículo, con su resolución tranquila, — el *suaviter in modo* que fué el secreto de su fuerza, porque los Catilinas de parroquia lo achacaron á timidez, — echó un puente sobre el Arroyo del Medio. El éxito del escritor fué inmediato y ruidoso como un triunfo oratorio. El estilo abillantado y sonoro ostentaba ya sus excelencias definitivas, con exuberancias juveniles de que más tarde se despojó. Junto al período ciceroniano, flotante como vistoso laticlavio, resaltaba el concepto lapidario, que, entre los prosistas argentinos, es su rasgo personal. Buscaba el aplauso y lo consiguió. El vulgo admiró la pompa rutilante; el grupo reducido saboreó la nitidez cincelada y rítmica de los pasajes más sobrios, el vuelo de la idea, la trama resistente de la argumentación. To-

dos sintieron el vigor secreto: el acero de Harmodio, oculto bajo el ramo de mirto. Los Ajax escapados de la Troya cisplatina, que obstruían la prensa y la tribuna, afectaron desdén por este Ulises retórico y sutil que les salía al paso. Modificaron su táctica, al ver rajadas por la bruñida espada sus corazas de cartón. El éxito del recién venido los exasperó: era la lucha por la vida! Inicióse luego la ruda campaña de negación y escarnio que, recrudeciendo con cada nueva victoria en la política y el parlamento, había de prolongarse hasta el fin. La mala fe no abdicó ante la evidencia: el odio se gasta; la envidia, jamás. Crecía el mérito á par de la fortuna; sólo el ataque quedó en su primer nivel — el nivel de esos famosos «tacones», que la caricatura hizo tan célebres como el mechón romántico de Disraeli! — Profesor concienzudo y abogado eminente, orador vibrante y eficaz, ministro dirigente de Alsina y Sarmiento, estadista, por fin, tan amplio como sagaz, cuya prudencia envolvió siempre en terciopelo su oportuna energía, y, con rara economía de gestos violentos, realizó los actos más graves de la historia contemporánea: — Avellaneda se impuso. No basta decir que dejó su rastro en cada peldaño de la subida: ensanchó con ocuparlos todos los puestos públicos. Muerto á los 48 años, nadie creerá que él recorriera su órbita total. Las facetas múltiples de tan breve cuanto excesiva actividad, más que aplicación, parecen derroche de fuerzas. No conoció el reposo fecundo de la mente, el generoso fructidor otoñal, en que el sol declinante clarifica la atmósfera y dilata los horizontes: cuando el combatiente de ayer, hoy juez del campo, vierte el raudal de su sabiduría. Aquí, el hombre superior necesitaría dos vidas: una para abrir el sendero virgen,

otra para guiarnos en él. Menos feliz que otros, éste se doblegó al medio día. De su figura de pensador, sólo nos queda el perfil. Orador en la prensa y literato furtivo en la tribuna, tuvo que engañar su sed artística mojando sus labios en el hueco de la mano, al pasar el río, como el guerrero bíblico. — Con todo, muchas piedras labradas por él entrarán en el futuro edificio argentino, y será suya la más alta de todas: la clave del arco nacional. — La integración de la nacionalidad es el pensamiento que da unidad grandiosa á su vida pública. En 1882, ante la Exposición que encarnaba el programa de su juventud realizado por su edad madura, pudiera entonar el *Nunc dimittis*, repitiendo la frase que, cual grabada en letras unciales, se destacó de su primer mensaje: NADA HABRÁ DENTRO DE LA NACIÓN QUE SEA SUPERIOR Á LA NACIÓN MISMA! Desde temprano, supo de experiencia que el único mal argentino es la anarquía, que se alimenta, abajo, de ignorancia, y arriba, de indisciplina: é impuso el doble remedio, con la fría decisión de la ciencia. Su presidencia climática, día nublado entre dos tempestades, fecundó el desierto y esterilizó el espíritu de rebelión. Las revoluciones intentadas después han nacido muertas: hasta la única popular, que resultó vencida en el Parque porque era sediciosa, y vencedora en el Congreso porque era legítima. Como el facón y el poncho del gaucho, el desacreditado alzamiento contra la autoridad queda de hoy más anticuado y caduco. Avellaneda ha sido el hombre de esa gran transición. Provinciano en Buenos Aires y porteño en el Interior, estaba predestinado á consumir la amalgama definitiva. Y fué la Capital! No á manera de la antigua estatua de Babilonia que tenía cabeza de oro sobre pies de arcilla, sino como el centro director y solidario de un organismo normal. La ley se limitó á sancionar lo existente: la evolución profunda por la cual Buenos Aires vino á ser la ciudad de los Argentinos, que todos conocen y aman por igual, como que la han transformado al transformarse, y tienen parte en la herencia indivisa. Y entonces, si es innegable que sea Avellaneda el gran factor, el demiurgo de esa obra magna esbozada en Pavón ¿quién

atacará su título más auténtico y valioso ante la posteridad? Ella dirá, podemos preverlo, que, por sus talentos y servicios, por su alto concepto del gobierno, que levantó á las regiones serenas y respetó como una aplicación del espíritu; por sus actos fecundos y sus palabras luminosas, Avellaneda es una gloria argentina y, entre los muertos contemporáneos, uno de los mayores obreros de su civilización. Llegará el día de la justicia plena; acaso esté cercano. Pero, será un triste testimonio del presente, el que nuestra incuria hiciere necesaria esa reparación tardía del porvenir!

MATÍAS CALANDRELLI (FILOLOGÍA AMERICANA).

Nació en 1845, en la provincia de Salerno (Italia), y siguió el curso de filosofía y letras en la Universidad de Nápoles; estudió después lingüística y literaturas orientales con los profesores Lignana y Kerbaker. Se dedicó á la enseñanza en su país hasta 1871, en que vino á la Argentina. Aquí ha ocupado sucesivamente los siguientes puestos (1872-1884): profesor de historia antigua, humanidades y filología clásica en la Universidad (Facultad de humanidades, de que fué académico y delegado); profesor de historia en el colegio nacional de la Capital; rector y profesor del colegio nacional de La Plata, hasta 1888. Además de un *Diccionario filológico comparado de la lengua castellana*, en publicación, es autor de varias obras didácticas y textos escolares relativos á las lenguas clásicas. Actualmente, es profesor en el Instituto libre.

LUIS M. DRAGO (ANTECEDENTES INSTITUCIONALES).

Nació en Buenos-Aires, el 6 de mayo de 1859. Se recibió de abogado en esta Facultad, en 1882. Hasta 1893, ha ocupado importantes puestos judiciales en la provincia de Buenos-Aires: juez de lo civil, juez del crimen, camarista, fiscal de Estado. Además de su colaboración en el *Diario* y la *Nación*, ha publicado varias obras de carácter jurídico y antropológico; *Colección de fallos en materia civil*; *Los Hombres de presa*, etc. Esta última ha tenido dos ediciones argentinas y sido traducida al italiano. Entre otros juicios favorables, ha merecido los de Lacassagne (*Archives de*

l'Anthropologie) y del eminente Tarde. Dicta actualmente una de las cátedras de derecho civil de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales. Dedicado á los estudios de antropología criminal, el doctor Drago tiene varios trabajos en preparación que saldrán á luz en la *Biblioteca*.

MARTÍN GARCÍA MÉROU (SARMIENTO POLEMISTA).

Nos llega de Washington, esta nueva producción del joven escritor (nació en Buenos-Aires, el 14 de octubre de 1862) cuyo nombre resuena en la América latina. Este fragmento es anuncio de un *Sarmiento* que será digno del *Alberdi* y del *Echeverría* tan aplaudidos; y con éste, serán ya 13 volúmenes de poesía, crítica, novela, historia y viajes, dados á luz antes de contar su autor treinta y cuatro años cumplidos. Es una producción enorme, dada, sobre todo, su excelente calidad, y sólo explicable por lo precoz del talento. — Sabido es que ha abrazado la carrera diplomática, recorriendo su jerarquía desde el puesto de secretario en Caracas y Bogotá, hasta los de ministro plenipotenciario en el Paraguay, Perú, Brasil y Estados-Unidos, donde reside actualmente. Todo el mundo celebra al poeta fluido é inspirado, al crítico sagaz en su benevolencia, al galano prosista de las *Impresiones*, al pensador de los ensayos históricos : es menos conocida la labor paralela del diplomático. Además de las cualidades personales de tacto y prudencia que le recomiendan, y no han influido poco para estrechar nuestros vínculos internacionales, García Mérou ha estudiado á fondo los países en que residiera, condensando sus observaciones en informes que, para provecho y enseñanza de todos, alguna vez se exhumarán. Fuera del *Sarmiento*, de que forma parte el fragmento publicado, tiene en preparación un cuadro de la literatura brasilera contemporánea, con cuyas primicias favorecerá la *Biblioteca*.

JOAQUÍN V. GONZALEZ («RECUERDOS DE LA TIERRA»)

Nació en la Rioja ; estudió y se doctoró en Córdoba con una importante tesis sobre derecho político. Diputado al Congreso, desde 1886, fué elegido gobernador de su provincia en 1889.

Renunció en 1891, y volvió á la Cámara, hasta el año presente. Ha sido profesor en la escuela normal de Córdoba y en la Facultad de Buenos Aires, donde, actualmente, dicta el curso de legislación de minas. Para concluir con lo didáctico, digamos que tiene en preparación un *Manual de la Constitución*, y es académico de la Facultad de letras. Como literato, Joaquín González ha publicado : *La Tradición Nacional* (1888), *Mis montañas* (1892), y, más recientemente, un volumen de *Cuentos*, obras todas que han merecido excelente acogida. Talento sincero y espontáneo, en su región deliberadamente circunscrita, el autor de *Mis montañas* es uno de los escritores más francamente argentinos de su generación. Con mayor abundancia y menos preocupación de la forma, González casi representa en prosa lo que Obligado en poesía. Es un gran elogio para ambos.

BERNARDO DE IRIGOYEN (CARTA SOBRE POLÍTICA ELECTORAL).

Nació en Buenos-Aires el 18 de diciembre de 1823. En 1844, ya doctor en derecho, fué á Chile como oficial de la Legación dirigida por D. Baldomero García. En 1852, el general Urquiza le confió una misión política al Interior, ingresando después en el Consejo de Estado que se creó por disposición del acuerdo de 1852. Abrió entonces su estudio de abogado que pronto alcanzó gran crédito y fama. En 1870, fué nombrado Procurador del Tesoro y vicepresidente del Crédito público. Senador de Buenos Aires en 1872, fué elegido vicepresidente de ese cuerpo, y convencional para la reforma de la Constitución. Desde 1874, ha sido sucesivamente: diputado nacional y presidente de la Cámara; ministro de Relaciones exteriores (1876) y del Interior (1877-78); nuevamente ministro de Relaciones exteriores (1881: tratado con Chile) y del Interior, durante la administración del general Roca, hasta 1885. Ha sido dos veces candidato á la presidencia de la República. Actualmente es senador (reelecto) por la Capital. Sería imposible analizar en breve espacio una vida tan llena. Limitémonos á consignar que el doctor Irigoyen, espíritu elevado y culto, es uno de los estadistas más

respetados de la América latina. Hábil diplomático y administrador irreprochable, orador elocuente y espontáneo, alma sin pasiones ni amarguras, vive rodeado del aprecio público sin contar un solo enemigo entre sus adversarios. Es una honra nacional.

ENRIQUE KUBLY (PROCESO HISTÓRICO DE LA MORAL).

Nos llegan muy tarde los datos biográficos relativos á este distinguido escritor oriental, autor de varios obras apreciadas; el fragmento publicado pertenece á un libro en preparación: *El espíritu de rebelión*, de que tendremos que ocuparnos oportunamente.

CARLOS RODRÍGUEZ LARRETA (EL SOCIALISMO Y EL DERECHO CIVIL).

Es hermano mayor — ha nacido el 22 de marzo de 1868 — del joven colaborador de la *Biblioteca* que ya conocen nuestros lectores. Después de cursar estudios preparatorios en el Colegio nacional de Buenos-Aires, ingresó en la Facultad de derecho en 1887. Coronó su carrera universitaria obteniendo las más altas clasificaciones de su curso y, además de pronunciar el discurso de colación, recibió las dos medallas de oro acordadas al mejor estudiante y á la mejor tesis inaugural (Tema: *Derechos hereditarios de la mujer casada*). El doctor Rodríguez Larreta ha colaborado en varias publicaciones políticas y especiales, dedicando con preferencia su clara inteligencia y su real talento de exposición á materias jurídicas y sociales. Actualmente es catedrático suplente (en ejercicio) de derecho civil en la Facultad.

ENRIQUE RODRIGUEZ LARRETA (ARTÉMIS).

Tiene veintitres años — habiendo nacido en Buenos-Aires, de padres orientales, el 4 de marzo de 1873. Ha sido un estudiante sobresaliente, así en el Colegio como en la Facultad de derecho. Ha terminado sus estudios profesionales, faltándole sólo la tesis inaugural. Desde niño ha leído y escrito de cosas literarias, ha hecho versos y pronunciado discursos: todo ello, con gracia elegante, fácil asimilación, y un discernimiento precoz — casi diríamos innato — de la belleza. Si no tiene pasado, el vasto porvenir es suyo. Será escritor;

ya posee el instrumento, y, en la fantasía griega que hoy publica, hay algo más que una promesa. Príncipe de la generación entrante, con Estrada y algún otro ¿tendrá esa energía persistente del esfuerzo, que retribuye y valoriza el dón gratuito del talento? Sigue estudiando contra la pendiente peligrosa de la fortuna y el medio frívolo: es un gran signo. Otro vemos en él, no menos presagioso: desdeña las hipérbolas de la camaradería que, semejantes á las tinturas para el cabello, sólo engañan á sus poseedores... El tiempo dirá; entretanto, le damos nuestro voto.

LUCIO VICENTE LÓPEZ (EL SALTO DE AZCOCHINGA).

Nació en Montevideo el 13 de diciembre de 1848; murió en un duelo el 28 de diciembre de 1894. Después de educarse en un colegio inglés de su ciudad natal, vino á Buenos-Aires en 1868 y cursó derecho en esta Universidad, graduándose en 1872 con una tesis sobre *Obligaciones divisibles é indivisibles*. Hijo y nieto de escritores, alumno predilecto del distinguido crítico D. Juan M. Gutiérrez, íntimo amigo de Cané: todas las influencias atávicas y ambientes le destinaban á la literatura, — más, quizá, que su idiosincrasia. Escribió, pues, en verso y prosa desde su juventud, á la sombra paterna; y, nombrado profesor de historia en la Universidad, quisieron las circunstancias que fuera su primer trabajo de aliento un texto de *Historia Argentina* (1878). Rasgo característico: la obra no reflejaba las cualidades ni los defectos del autor de *La Revolución*. Pero, dadas la ausencia de crítica y la analogía de la materia, la presunción era inevitable, y se atribuyó al padre, en dicho trabajo, una participación que nunca tuvo: era otro espíritu — exacto, informado, correcto, á manera de un Domínguez elegante. Un viaje á Europa (1880) completó la iniciación: sus *Recuerdos de viaje* afirmaron mercedamente su fama literaria y tuvieron en volumen el mismo éxito que las cartas al *Nacional*. Es su mejor libro, y, al tiempo de salir á luz *En Viaje*, de Cané, pudimos comparar las dos obras sin desfavor para una ni otra.

Entre tanto, López abría su estudio de abogado, que, con el tiempo — con

la actividad inteligente y el saber unidos á la probidad — había de ser uno de los más importantes del foro bonaerense. En 1884, ocupó la cátedra de Derecho constitucional en la Facultad, sucediendo á Estrada, y precediendo, no menos dignamente, á Del Valle en tan alta enseñanza. El mismo año fundó el diario *Sud-América* con Pellegrini, Gallo, Saenz Peña y algún otro; allí publicó *La Gran Aldea*, que tuvo en volumen mucho éxito de lectura, si bien fué diversamente apreciada. Es, en gran parte, una novela « de clave », llena de alusiones personales y croquis tomados del natural, como las de Disraeli, obedeciendo, por tanto, á un concepto « fotográfico » del arte, que juzgamos subalterno. No obstante, el libro quedará por algunos fragmentos excelentes : la conmovida introducción, los retratos rebosantes de vida, algunas escenas sociales con sus picantes diálogos — ese dón, por fin, el dón terrible del epígrama arpado que López disparaba con gracia infinita y que fué, sin duda, la gran delicia y la gran amargura de su vida. El sarcasmo es esa flecha fatídica que, aun lanzada á las nubes, volvía á su punto de partida, teñida en sangre. — López no fué querido sino de un grupo selecto ; era bueno, y su aguda ironía le hizo más enemigos que la maldad. ¡ Irritante injusticia ! Con ser quien era, personal y socialmente, entró tarde en la vida pública y por la brecha de una comisión ejecutiva. No conoció la sensación violenta pero indeciblemente sabrosa del triunfo popular : la ruda caricia del león, en que trasciende el zarpazo. Al fin, los ojos se abrieron á la evidencia : su actitud ejemplar en las difíciles funciones de Interventor en la Provincia, fundió el hielo de la inicua impopularidad ; la juventud universitaria calentaba el ambiente á su alrededor y su candidatura se venía imponiendo como un desagravio. Entonces cayó fulminado en plena madurez, en el umbral del vasto escenario donde iba á dar su medida. Sólo ese día supimos cuánto le habíamos amado !... No perturbemos otra vez con palabras violentas sus tranquilas cenizas... Ya que se vió morir, pudo templar la amargura suprema el espectáculo de todo Buenos-Ai-

res que, ante la tremenda noticia, rodeaba ansioso su hogar ; y, más feliz que Agricola, no tuvo que desear para su tumba lágrimas más abundantes ni sinceras : *et novissima in luce desiderare aliquid...*

BARTOLOMÉ NOVARO (INACCIÓN Y EJERCICIO).

Nació en Buenos-Aires el 4 de noviembre de 1846. Tomó parte en la guerra del Paraguay como subteniente del 3º de línea hasta después de Curupaití. A su vuelta ingresó en la Facultad de medicina, graduándose en 1875. El doctor Novaro ha desempeñado numerosos cargos profesionales y sido diputado nacional ; ha dictado en la Facultad las cátedras de histología y anatomía, como suplente, y de medicina operatoria como titular (1885-1890). Ha representado con brillo y autoridad á su país en varios congresos europeos y es miembro de importantes corporaciones científicas. Además de su tesis y numerosos estudios publicados en los periódicos ó en folletos, es autor de un *Tratado de patología quirúrgica*, muy apreciado por su primer tomo — único salido á luz. Preocupado de higiene y regeneración física, el doctor Novaro es gran propagandista de los ejercicios corporales, cuya causa defiende en este mismo número con saber y elocuencia.

CARLOS PELLEGRINI (TREINTA AÑOS DESPUÉS).

Nació en Buenos-Aires, el 11 de octubre de 1846, de madre inglesa y padre francés. Desde el colegio, imponiéndose á los unos, atrayendo á los otros, se destaca del grupo su exuberante personalidad : valiente, cordial, impresionable — con relámpagos de intransigencia autoritaria sobre un fondo de lealtad *nativa* (como se dice del mineral puro) y de franqueza jovial. Ha nacido *leader* ; y, lo que fuera el estudiante ó el soldado del Paraguay — el alegre alférez de « treinta años antes », — seguirá siéndolo el abogado, el orador parlamentario, el ministro y el jefe de Estado : ojo sereno guiando un arrojado ademán. *Qualis ab incepto*. Un piloto de tormenta, acaso descuidado en la bonanza, que recobra toda su sangre fría cuando la pierden los demás. Es rasgo de Avellaneda haber descubierto el *substratum* de

prudencia previsora y sagaz en que se asienta tanto atropello temerario. Por lo demás, su perfil leonino no revela sino la mitad de su alma: por bajo de la energía viril, corre el raudal de humana simpatía, y ello explica — como en Gambetta — su atracción personal, independiente del talento. *He is a man! take him for all in all*: con sus defectos, proporcionados á sus cualidades — como que son los huecos de sus relieves. Es intermitente, como todos los apasionados. Cuando joven, su pesar era que la « vela » no tuviera sino dos puntas para encenderlas á la vez. La madurez le ha calmado — un poco. Pródigo de su fuerza nerviosa, el enorme desgaste orgánico produce remitencias vecinas de la postración: entonces sube la oleada de desencanto y escepticismo: *omnia fui, nihil prodest*. Pero la tregua es breve; el arco vuelve á tenderse y se yergue de nuevo el luchador. Byron se comparaba al tigre, que no tiene sino el primer brinco. Así, Pellegrini: es espontáneo, es decir, repentista; la improvisación es su facultad suprema y su defecto mayor. Su percepción del conjunto es instantánea y casi siempre certera; cuando yerra, por haber descuidado un factor del problema, pasa *outré*, atropellando el obstáculo, para derribarlo, casi siempre. Byron se estrellaba en él: es la diferencia entre un poeta y un político. Sin duda que acentúan sus deficiencias, las complicidades del medio agitado y superficial, las mil absorciones parasitarias de la vida pública, que imposibilitan el largo meditar, la elaboración del pensamiento propio. Pero lo que daña al pensador que hubiera sido, aprovecha al estadista que ha querido ser. Entre tantos sopladores de frases huecas y enfermos de *aboulia*, vacilantes en el umbral de la acción, éste es varón de obra y voluntad. Cada discurso suyo es un acto; su oratoria trae oleada de fondo; su palabra vibrante tiene gestos visibles que amasan el hecho próximo. Así, en sus *in promptu* más azarosos, cuando parece, según el dicho vulgar, que sólo « pega en la herradura », tened por seguro que tal ha de dar en el clavo alguna vez, que lo incruste hasta la cabeza. — En suma, un hombre superior; con este precioso indicio de la superioridad, —

más rara en idiosincrasias meridionales, — que sigue creciendo después de la juventud. Como la vid, los seres elegidos no están en sazón sino entrado el otoño. Son los días de la madurez satisfecha y fecunda, en que toda la savia se transmuta en pulpa sabrosa y nutricia. Tal es, para él, la hora presente, que para otros marca ya el descenso. Está en su plenitud; trasuda talento por cada poro; después del estadista eficaz, se ha revelado y confirmado día á día el orador completo, cuyo verbo varonil, henchido de sentido y experiencia, llena sin esfuerzo el molde nuevo de cada cuestión. ¿No habremos de añadir, ahora, á la vista de las páginas arrancadas á su « indolencia febril » por nuestra insistencia, que ha dejado dormir en él á un escritor de raza, desigual y potente, — á la Sarmiento, — que el descuidado periodista de otros años dejaba apenas entrever? Lástima grande que prefiera ser orador. El orador vive de la improvisación, el escritor muere de ella.

ABEL J. PÉREZ (« LOURDES » Y « ROME »).

Nació este publicista y abogado oriental en Montevideo, el 16 de marzo de 1857. Estudió jurisprudencia en esa Universidad, doctorándose en 1882. Después de publicar poesías en periódicos locales, redactó el *Día* con los señores Campisteguy y Batlle. Tomó parte activa en la lucha presidencial de 1890, en favor de la candidatura del doctor Julio Herrera. Elegido diputado por el departamento del Salto, en 1887, ha seguido representando en la Cámara al distrito electoral de su nacimiento; ha sido miembro de las comisiones de presupuesto y legislación, ocupando algún tiempo la vice-presidencia. Se dedica con preferencia á los estudios de hacienda, en cuya discusión revela sólida preparación.

MATÍAS ROMERO (FILOSOFÍA DE LAS REVOLUCIONES MEXICANAS).

Nació en Oajaca (México) el 24 de febrero de 1837. Después de estudiar derecho en México, desempeñó en Washington el cargo de secretario de legación y volvió á su país para tomar las armas contra el imperio. Llegó al grado de coronel y fué jefe de Estado ma-

yor del general Porfirio Díaz. Nombrado ministro en Washington, durante la presidencia de Juárez, tuvo que abandonar su puesto por motivos de salud. En 1876, siendo senador, el presidente Díaz le confió la cartera de hacienda; volvió á la legación de Washington durante la administración del general González, y allí ha permanecido hasta el presente. El señor Romero es uno de los hombres más importantes de su país y goza de gran consideración en los Estados-Unidos. Ha publicado varias obras de carácter descriptivo y político: entre otras, la *Correspondencia de la legación mexicana durante la intervención francesa*, en 9 volúmenes.

DOMINGO F. SARMIENTO (MENDOZA EN 1829).

[Para no repetirse, después de diez artículos ó discursos consagrados al autor del *Facundo*, no cabe sino escribir un libro — ó una frase. La siguiente ha « salido » en francés — la lengua de la concisión — y tiene cien líneas! Es su única originalidad.]

Un homme s'est rencontré dans l'Amérique espagnole, qui, né et poussé au hasard dans un village perdu au pied des Andes, à vingt journées de voyage de Buenos-Aires ou de Valparaiso, les seules portes alors ouvertes à l'Europe civilisatrice, n'avait pu recevoir, d'éducation première, que les rudiments énoncés à genoux devant de pauvres frères franciscains: distribuant de la même main nonchalante la soupe boba du couvent, les médailles bénites et les taloches disciplinaires; qui n'avait eu sous les yeux, à cet âge des impressions indélébiles, d'autres exemples que le despotisme brutal des plus hardis, auxquels tous les attentats étaient loïsibles, que la soumission des plus faibles et la veule complicité du plus grand nombre ne demandant qu'à vivre à tout prix; qui avait connu trop jeune la pauvreté, mauvaise conseillère, l'indépendance de tout frein modérateur, — alors que l'appel du désir et du rêve monte du cœur houleux comme un chant de sirène; qui, pour sa soif inextinguible de culture et de savoir, ne trouvait sous sa main que des tomes dépareillés de vieilles histoires ou des récits de voyage; qui s'est vu emprisonné parce qu'il était honnête, poursuivi parce qu'il ne mentait pas, menacé de mort

parce qu'il ne voulait pas applaudir au pillage et au meurtre; qui a dû franchir la Cordillère et s'exiler, emportant avec lui son pauvre bagage d'émigrant; qui a connu au Chili les dédaigneux refus d'une oligarchie vaniteuse, et, comme Dante, appris d'expérience combien l'escalier du riche est dur à monter et quel goût de sel laisse à la bouche le pain de l'étranger; qui, alors, préféra aux lassitudes de l'âme humiliée les saines fatigues du corps, compagnes fidèles du bon sommeil et de l'oubli, et se fit capitaz d'une mine à Copiapo, vivant à l'air libre, parmi les rudes compagnons d'aventure qui le traitaient en égal; — jusqu'au jour où, tout d'un coup, poussé à écrire, il lança de premier jet le tableau le plus franc, le plus vivant, le plus neuf de ce chaos sanglant qu'était sa patrie, publia le meilleur livre sud-américain, et se trouva, à l'heure voulue, un journaliste lumineux et puissant, un éducateur à idées neuves et fécondes, un observateur du monde civilisé, plein d'originalité et de saveur, un diplomate improvisé, jeté par bonheur dans un pays fort, entreprenant et hasardeux comme lui, où il avait tout à apprendre et rien à oublier; qui, plus tard, arraché de son poste, par un coup de fortune unique dans l'histoire des envieuses démocraties, et porté sans le savoir à la première magistrature de son pays, put y déployer, à travers les résistances de l'esprit anarchique et les inerties plus fortes encore du laisser aller créole, ses facultés autoritaires et ses violences de bon gouvernant; qui, descendu du pouvoir aussi pauvre qu'il y était monté, redevint journaliste, cultivateur, homme à projets et entreprises; heurtant ses amis, décourageant ses ennemis, bataillant envers et contre tous, sans reconnaître les siens dans la mêlée; ignorant l'envie, la réserve, les égards, le ridicule; oubliant les injures subies autant que les bienfaits reçus, — s'oubliant lui-même pour ne songer qu'au bien et à la grandeur de son pays, — qu'il voyait souvent, du reste, là où ils n'étaient pas; toujours excessif, outrageux, indomptable; plein de l'instinct de sa supériorité et supportant en écolier les observations et les critiques justes; galopant à travers son hallucination incohérente de génie mal dégrossi; n'étudiant rien et devinant tout; plein d'obscurités, de

broussailles, d'admiration puériles, d'incorrections, de mauvais goût — avec des éclairs de génie qui, soudain, partaient sous ses pas, comme les étincelles sous le sabot d'un centaure : un être énorme et étrange, parfois sublime, critiqué, raillé, conpués pendant sa vie, et dont la mort lointaine arracha un long cri de douleur à tout son peuple, — cri si poignant, si vrai, si profond que l'écho s'en prolonge après des années, et qu'il reste le seul Argentin illustre dont l'oubli n'ait pas rouillé la mémoire et terni le nom glorieux!

FRANCISCO SEEBER (SUPRESIÓN DE LAS ADUANAS).

Nació en Buenos-Aires, el 15 de noviembre de 1841. Dedicado al comercio, pasó en Europa (especialmente en Hamburgo) parte de su juventud. En 1865, se incorporó al ejército del Paraguay, asistiendo al asalto de Curupaití con el grado de capitán. Después de su regreso, fué sucesivamente diputado á la Legislatura, vice-presidente de la Municipalidad, director y presidente de Ferrocarril del oeste, redactor de la *Libertad*, etc., etc. Nombrado Intendente de la capital en 1884, ha sido el iniciador de notables mejoras materiales y administrativas. Fundador de las empresas de las « Catalinas » y del *Bon Marché*, su incansable actividad no se ha limitado á estas gestiones esencialmente prácticas : ha escrito varios libros sobre materias económicas, administración, viajes. Ha conservado de su paso por el ejército, una marcada preocupación de los asuntos militares, que trata con información y competencia.

JOSÉ A. TERRY (TRATADOS DE COMERCIO).

Este publicista argentino nació en

Bagé (Brasil), el 31 de octubre de 1846, de padres argentinos emigrados. Estudió derecho en la universidad de Buenos-Aires, recibiendo el grado de doctor en 1869. Fué redactor de la *Prensa* desde su fundación, con los doctores Delfín Gallo, José C. Paz y Pellegrini ; después redactó la *Nación* con el doctor Lastra. Ha sido diputado y senador á la Legislatura de Buenos-Aires, diputado al congreso y, recientemente, ministro de Hacienda, durante la administración Saenz Peña. Estudioso y activo, dedicado especialmente á las materias económicas que domina como muy pocos argentinos, el doctor Terry es autor de un libro titulado : *La crisis y organización bancaria*, juzgado favorablemente en Europa. Con su *Memoria sobre enseñanza de sordo-mudos* ha contribuido á mejorarla en este país, reorganizando el Instituto con el doctor Rawson y otros.

ALBERTO WILLIAMS (ESTÉTICA MUSICAL Y CONCIERTOS SINFÓNICOS).

Nació en Buenos-Aires, el 23 de noviembre de 1863. Comenzó aquí sus estudios musicales y los continuó en París, como pensionado del gobierno, cursando en aquel Conservatorio las clases de piano, armonía y composición. Dos veces laureado, volvió á su patria con los más halagüenos testimonios de sus maestros Mathias, Frank, Guiraud, Godard. Compositor elegante y maestro excelente, el señor Williams es director del Conservatorio de Buenos-Aires y organizador de los conciertos sinfónicos que tanto han de influir en el desarrollo del gusto musical.

ÍNDICE DEL SEGUNDO TOMO

(SETIEMBRE-DICIEMBRE)

ENTREGA DE SETIEMBRE

CARLOS PELLEGRINI.....	Treinta años después.....	5
MARTÍN GARCÍA MÉROU...	Sarmiento polemista.....	20
FRANCISCO SEEBER.....	Supresión de las aduanas.....	39
BARTOLOMÉ MITRE.....	Orígenes de la imprenta argentina.....	52
EDUARDO SCHIAFFINO.....	El arte en Buenos-Aires.....	78
JOSÉ A. TERRY.....	Tratados de comercio.....	94
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos.....	111
ENRIQUE KUBLY.....	Proceso histórico de la moral.....	119
***	Documentos históricos.....	134
PAUL GROUSSAC.....	El litigio anglo-venezolano.....	144
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE OCTUBRE

DOMINGO F. SARMIENTO...	Mendoza en 1829.....	161
MARTÍN GARCÍA MÉROU...	El Brasil intelectual.....	168
ULRIC COURTOIS.....	El Acetileno.....	201
BARTOLOMÉ MITRE.....	El Libro de Bernal Diaz del Castillo.....	216
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y Paisajes Americanos.....	233
MATIÁS CALANDRELLI.....	Filología Americana. — Lule y Tonocoté.....	261
ABEL PÉREZ.....	Alrededor de <i>Lourdes</i> y <i>Rome</i>	277
LUIS MARÍA DRAGO.....	Antecedentes institucionales.....	299
P. G.....	La Paradoja de las « Ciencias Sociales ».....	309
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE NOVIEMBRE

NICOLÁS AVELLANEDA.....	Notas y fragmentos inéditos.....	321
BARTOLOMÉ MITRE.....	Lenguas americanas.....	349
E. RODRIGUEZ LARRETA...	Artémis.....	365
J. V. GONZALEZ.....	« Recuerdos de la tierra ».....	384
MARTÍN GARCÍA MÉROU...	El Brasil intelectual.....	401
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y paisajes americanos.....	431
ALBERTO WILLIAMS.....	Estética musical y conciertos sinfónicos (<i>continuación.</i>)	456
SANTIAGO LINIERS.....	Documentos históricos.....	466
***	Boletín bibliográfico.....	474
***	Redactores de la Biblioteca (interior de la cubierta).	

ENTREGA DE DICIEMBRE

LUCIO V. LÓPEZ.....	El Salto de Azcochinga.....	481
MATIÁS ROMERO.....	Filosofía de las revoluciones mexicanas.....	493
MIGUEL CANÉ.....	Sarmiento en París.....	517
BARTOLOMÉ NOVARO.....	Inacción y Ejercicio.....	543
CARLOS RODRIGUEZ LARRETA	El socialismo y el derecho civil.....	559
PAUL GROUSSAC.....	Marinas y paisajes americanos.....	584
BERNARDO DE IRIGOYEN....	Documentos históricos. — Un problema de política electoral.....	604
BARTOLOMÉ MITRE.....		
***	Boletín bibliográfico.....	618
***	Redactores de la Biblioteca y tabla de materias del cuatrimestre.....	631

